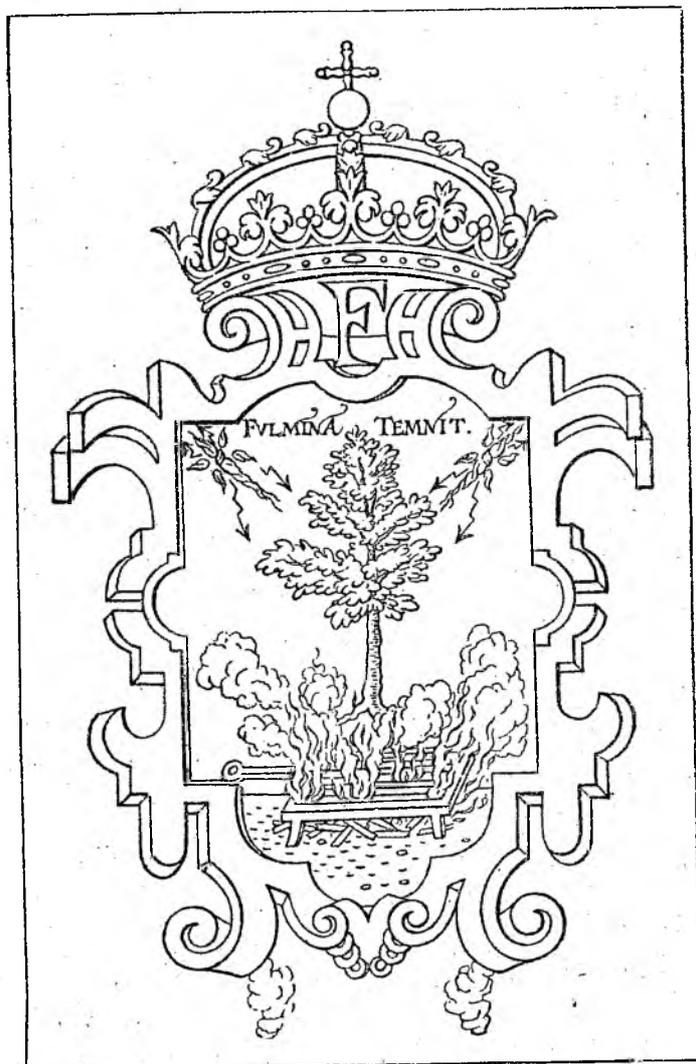


ESCORIAL



SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Editorial.....	315
ESTUDIOS	
P. LUIS GETINO: Neologismos y neologistas de nuestros días.....	323
RAFAEL CALVO SERER: En torno al concepto del Renacimiento.....	355
POESIA	
RAFAEL MORALES: Poemas del toro.....	391
ETTORE DE ZUANI: Caracteres de la literatura ita- liana contemporánea.....	401
HANS FRIEDRICH BLUNCK: Junto al dique.....	415
NOTAS	
De Focio a Stalin, por Pedro Cantero.....	439
La crisis de la conciencia europea, por Emiliano Aguado.....	451
Una edición de Gil Vicente, por Rafael Ferreres.....	456
LIBROS	
Jesús Pabón: <i>La revolución portuguesa (De D. Car- los a Sidonio Paes)</i>	463
<i>Valéry en quintaesencia, y Rilke en España: His- torias del Buen Dios</i>	466

Silverio Aguirre, impresor - Teléfono 30366 - Madrid

*De este número se hicieron 100 ejemplares
numerados para los suscriptores de honor.*

**DIRECCION Y ADMINISTRACION:
ALFONSO XII, 26
TELEFONO 14491**

MAS SOBRE ESPAÑA

QUE el mundo se halla en dolorosa crisis, anhelando desde el fondo de su alma una palabra que le devuelva la ilusión y el sosiego perdidos, es ya cosa demasiado evidente para quien tenga sus ojos abiertos a la verdad. El viajero de mirada sensible que recorra hoy Europa, descubrirá uno y el mismo humor dentro de todos los corazones que laten entre el Algarve y Murmansk: un humor delgadísimo y complejo, en el cual tienen su parte el dolor, una angustia resignada y severa, la heroica disciplina y un raro y silencioso anhelo de sentido y esperanza para la propia vida trabajosa. No importa que la guerra determine una oposición terca y agitada en el rostro de las almas; porque, con tener su estruendo, su estrago y su decisión tan terrible e inexorable importancia, más importancia tiene esa se-

creta analogía en el temple de los hombres europeos, cuando se les ausculta el centro de su más insobornable intimidad.

Esta es la coyuntura del espíritu europeo, en cuyo seno ha comenzado a sentirse en España, otra vez, el duro y exigente problematismo de su voz y su destino universal. La primera obligación del español que no quiera consumir su vida en la pura costumbre vegetativa o en una morosa e infértil casticidad consiste, pues, en entender rectamente este dramático giro de la Historia en que todos los humanos, querámoslo o no, andamos metidos. Algo se ha de decir en estas páginas sobre tema tan urgente, y con ello cumpliremos un menester para nosotros pluscuamnecesario, porque entre las más amargas deficiencias que desde hace dos siglos sufre el español está la de desconocer o malconocer el tiempo en que vive. Ahora será suficiente adelantar algunas reflexiones iniciales y elementales sobre este entrañable e inagotable problema del quehacer español.

Una cosa sabemos, por imperativo de nuestra Historia y exigencia medular de las almas que hoy rigen a España: que la empresa española ha de llevar en su intención y en su ambición, cualquiera que sea la diversa figura de sus ocasionales expresiones —políticas, sociales, científicas, etc.—, la verdad sobretemporal del Catolicismo. Mucho es esto en todo tiempo, por lo mismo que la verdad cristiana mana de donde el tiempo nace. Más aún es en el nuestro, porque este dolor de los hombres, esta desgarrada y sangrienta desazón en que todos nos hallamos sumidos, sólo hallarán triaca segura si el hombre aprende de nuevo a buscar para su existencia apoyo y esperanza indefectibles, creídos con viva fe religiosa; y no parece que el europeo pueda encontrar esa fe en cantera distinta de la cristiana. Pero, siendo

esto tanto, no lo es todo para un país que quiere y debe vivir en el flujo inquieto e inquietante de la Historia Universal.

No es todo, en primer término, porque sólo el poderío garantiza en la Historia la vigencia de las ideas. Sin un acto de armado poderío no serían hoy católicas Bélgica o Filipinas; sin el vigor militar de Maratón tal vez no hubiesen sido posibles los Diálogos platónicos. Esta táctica exigencia de poderío histórico es justamente la que obliga en cada instante a una decisión política y la que debe determinar el sentido de ésta. El norte de la decisión española en el actual sesgo de la política europea no debe ser —como tantas veces ocurre entre nosotros— una alienofilia o una alienofobia, casi siempre asentadas en la codicia o en el resentimiento, sino la respuesta a esta pregunta, tan permanentemente necesaria: ¿Cuál es el camino que mejor garantiza la libertad y el poderío de España, de esta España nuestra? Lo cual podrá parecerse al maquiavelismo en uso y en abuso desde que Maquiavelo habló; pero si se piensa que ese poderío va a servir a una empresa asentada sobre la ley eterna, entonces no es la táctica maquiavelismo, sino prudencia, virtud cardinal.

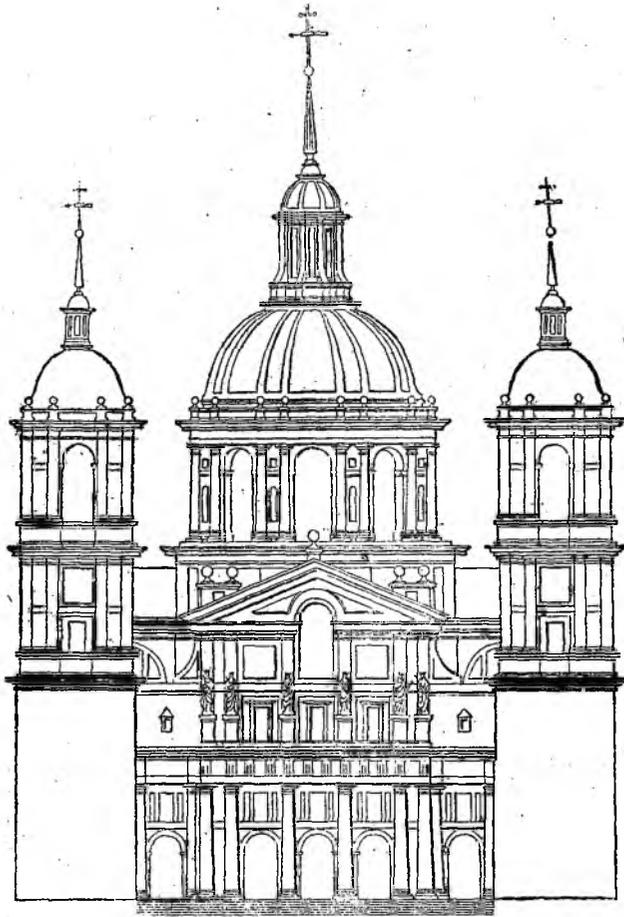
No es todo, por otra parte, la decisión de dar raíz y sentido católicos a las empresas españolas, porque tal intención sobre-histórica ha de especificarse en actos históricos concretos, y éstos toman su figura a través de un mudable acontecer. No es de igual figura la santidad cristiana de Santo Domingo de Guzmán que la de San Ignacio, siendo los dos santos de la vida activa y militante, ni es igual la política católica de Felipe II que la de Dom Sturzo, ni la sabiduría cristiana de San Agustín que la de Santo Tomás, ni ésta idéntica a la de Suárez, y mucho menos a la de Fenelón o a la de Newman. Por eso se advertía antes acerca de

la necesidad de conocer en sus yemas centrales esta ardua y contradictoria hora de nuestro existir.

Sea cualquiera, empero, el sesgo concreto que haya de tomar la acción histórica de los españoles, así por la necesidad de poderío como por obediencia al imperativo de actualidad, algo puede decirse de ella desde ahora mismo: que sólo a través de su ejemplaridad alcanzará eficacia en el grandioso juego de los destinos universales. ¿De qué nos serviría, a la larga, proclamar a los cuatro vientos que nuestra política es la más católica del mundo, si perdurase la injusticia social, si de la privación sólo redimiese el dinero y si nuestras Universidades quedasen en paupérrimos repetitorios de fórmulas consuetas o fosilizadas? Nuestra obra nos legitimará históricamente —y, en buena medida, también ante Dios— si los españoles sabemos hablar alto y hondo, con obras, amores y buenas razones, a la mente y al corazón anhelantes de nuestro tiempo; y si no pudiéramos ofrecer al mundo ejemplaridad política, social o intelectual, deberíamos reflexionar muy seriamente antes de decir que somos o queremos ser, como por derecho y apretado deber nos corresponde, adelantados de la civilización cristiana y ejecutores del mandato tremendo que a diario nos hace el recuerdo de un millón de muertos.

¿Es posible, entonces, que en el mundo pueda hablarse todavía de una “solución española”? Millones y millones de hombres, y singularmente los católicos europeos, la están esperando. Nosotros seguimos creyendo que sí; al menos si los españoles son todavía capaces de amor y de rigor, de heroísmo en lo excepcional y de heroísmo en lo cotidiano, de sustituir la codicia por la ambición, de renunciar a la nostalgia y a la inútil comodidad

de la fórmula hecha. ¿Es todavía tiempo de ello? Cada día y cada hora pasan lanzándonos una y otra vez a todos los españoles —así al político como al intelectual, al sacerdote como al hombre de industria— el venablo urgente de una prometedora e irrecuperable incitación.



Estudios

P. Luis Getino: Neologismos y neologistas de nuestros días. — Rafael Calvo Serer: En torno al concepto del Renacimiento.

NEOLOGISMOS Y NEOLOGISTAS DE NUESTROS DIAS

POR EL

P. LUIS GETINO

Diálogo entre el maestro Lorenzana, el arquitecto Villanueva y el topógrafo Cobos, que es, juntamente, director de un Observatorio.

COBOS.—Me extrañó que usted me pidiera hace días libros de mi especialidad. Me figuraba que un maestro en Teología no se dignaba ni echar una mirada sobre trabajos de Dactimetría, Goniometría, Taquimetría, Planimetría, ni siquiera sobre los que de Meteorología y Astronomía se ocupan; aunque esto ya me extrañara menos en un hermano de Alberto Magno. ¿Es que fué usted cocinero antes que fraile? ¿Es que tuvo usted vocación a mis carreras antes de meterse de lleno en la suya tan diferente?

LORENZANA.—Nada de eso. De ustedes no busco más que la piel, el sobrescrito, la nomenclatura. En mis años mozos no tuve la suerte de dedicarme a esas profesiones y ahora tengo los huesos duros para meterme a fondo en ellas. Me he de contentar con las etiquetas que sirven de fichero clasificador de tantas materias peregrinas.

COBOS.—¡Bueno; bueno! Déjese de modestias. Con esas etiquetas un poquito aclaradas vamos nosotros a todos los exámenes y oposiciones. Si conoce usted los nombres de nuestras asignaturas y lo que los nombres significan, no tendremos secretos para usted.

LORENZANA.—Regáleme los oídos cuanto quiera. Yo bien sé que entre los que dominan las palabras y los que dominan las ciencias va una diferencia tan grande que permite a estos últimos entregarse a la investigación que a los primeros es vedada. Lo que importa a nuestro propósito es que la nomenclatura científica se humanice todo lo posible, no poniendo barreras con su exagerado tecnicismo a la cultura popular, a la comunicación entre los hombres sencillamente curiosos y cultos y los hombres especializados.

COBOS.—El especialista, en el hecho mismo de declararse tal, se sobrepone a los demás o, por lo menos, se aísla en su torre marfileña, se deshumaniza, digámoslo así.

LORENZANA.—Mal hecho. A moderar esos extremos ordeno mis fatigas de hoy día, a humanizarle, a ofrecerle los recursos de nuestro vocabulario, procurando dulcificar el suyo.

COBOS.—Misión tan útil como ardua; tan ardua, que raya en lo imposible. En Francia, por presión natural del medio ambiente, hay que hablar en francés, inglés en Inglaterra, alemán en Alemania, lenguaje astronómico en los Observatorios, etc. Ahora está usted en uno bien modesto; pero no tendrá más remedio que oír hablar de asteroides de treinta clases, de astrolitos de muchas más, de cometas que jamás son nombrados fuera de estos lugares. Pues ya, si vamos a entablar conversación sobre la serie de instrumentos que manejamos, para estudiar esos lejanos mundos, tenemos que mencionar forzosamente muchas clases de telescopios, espectroscopios, espectroheliógrafos, espectrohelioscopios, estéreocomparadores, fotómetros, heliómetros, termostatos, et-

cétera, que no pueden ser de uso corriente. ¿Qué pecado hay en eso?

LORENZANA.—Al contrario, hay un mérito. No puede ponerse la menor dificultad a que en el campo de visualidad del telescopio, lo mismo en el del microscopio, se disponga de unos centenares de palabras específicas. El hecho de aproximar a nosotros estrellas cuyo diámetro se mide por millones de kilómetros y el de señalar micelas de millonésima de milímetro merece un reconocimiento de centenares de vocablos, a los que no les opondríamos nosotros más reparos para ser aceptados que el de la morfología anticastellana cuando la tengan tal. El asiento blando, la acomodación a nuestra lengua, que tiene ya una forma amplia y redondeada, que tiene ya un sentido sabroso, una fluidez y dulzura tan distintas de las demás lenguas, no permite que en ella se introduzcan, con pretextos científicos, palabras que la lleven a una degeneración, a un envenenamiento. Nuestra lengua es una rosaleda espléndida, que desde hace media docena de siglos aroma los vergeles hispánicos. Líbrenos Dios de que so pretextos científicos reguemos con ácidos las raíces que la nutren; porque desaparecerían sus aromas y su vistosidad. Pongamos espineras que cierren la entrada a toda mercancía que no juegue con nuestro numen literario.

COBOS.—Comprendo el veto de los buenos hablistas y buenos escritores a las palabras técnicas, a las palabras puramente científicas, que representan intereses aislados, que reflejan movimientos pasajeros de espíritu, estados transitorios, como son los de los progresos científicos, que se cambian como los guantes.

Lo nuestro, no; la materia de nuestro estudio, de nuestra observación, de nuestras pláticas, es materia de carácter universal e invariable de la que viven y platican todos los mortales. Los cielos cantan la gloria de Dios en todas partes. El sol, la luna, los planetas, los satélites, los cometas ahí están, a la vista de todos, no sólo proporcionándonos luz y calor, sino dándonos una idea

de la geografía celeste y sometiendo a la perforación de nuestros telescopios mundos y mundos, cuya constitución, cuyas trayectorias, cuyo peso, cuyas vibraciones nos llevan a estudiar la omnipotencia y resplandor y providencia del autor de todo lo criado. Nada hay en el mundo más digno de estudio, nada más general a todos los humanos, nada que con más derecho deba llevar el nombre consignado en el vocabulario nacional: el nombre de los cuerpos celestes y de los aparatos con que se les habrá de sorprender en sus órbitas misteriosas...

LORENZANA.—¡Ay, ay! ¡Qué chiflado está usted por sus Dulcineas astronómicas, meteorológicas, topográficas!... Especialidades son éstas como las demás, y, como ellas, tienen su vocabulario específico, que, por trascendente que sea, se queda sólo para los escogidos. Bien veo que siéndolo usted, será imposible hacerle caer del burro y mirar con frialdad el problema de las nomenclaturas universales. Cada profesional se forma su mundillo y prácticamente no admite otro. ¿No recuerda usted, cuando estudiaba el Bachillerato y aun las asignaturas de facultad mayor, que todos los profesores ponían su asignatura por encima de las demás?

COBOS.—Sí que lo recuerdo, y no deja de hacerme gracia y desconcertarme algún tanto.

LORENZANA.—Pues cuide de no ser ahora el que desconcierte y haga sonreír a los demás con sus exclusivismos científicos. Siempre debemos hablar para que nos entiendan, y hablar en público poniéndonos al alcance del público, que ignora el *argot* de todas las profesiones, menos una o dos que él cultive. A mi modo de ver, en el fondo de toda esa costumbre de hablar en *gringo*, como decimos, en lenguaje ininteligible, el médico a la cabecera de los enfermos, el químico en su laboratorio, el astrónomo explicándonos los misterios del firmamento, el teólogo revelando los atributos divinos, etc., en el fondo, digo, de ese

universal *esoterismo* hay un ansia de exhibicionismo científico, de prestigio y autoridad. Se habla al público, en primer término, para que acepte nuestras doctrinas, y para ello es menester que nos respete, que reconozca nuestra superioridad. Esa se la demostramos utilizando un lenguaje que él no puede alcanzar y que ha de ser, por lo tanto, o neológico o arcaico. El prestigio sobre el público se obtiene en gran manera con el exotismo y el neologismo, y a su juego hemos de aplicar la famosísima sentencia del Fénix de nuestros ingenios: *“El vulgo es necio, — y pues lo paga, es justo — hablarle en necio — para darle gusto.”*

COBOS.—No sea usted tan despiadado con los que enseñan, que haya necesidad de darles patente de farsantes...

LORENZANA.—No es farsa, no es comedia el amoldarse a los gustos del público, a sus exigencias corrientes. Si eso de captar su atención se tomara como fin, bueno que se calificara de farsa; mas siendo sólo un medio para lograr autoridad y con ella influencia para el bien, nada tiene de innoble el que los profesionales se expresen algunos minutos como si hablasen a sus propios compañeros de profesión, para luego dejarse entender y conseguir lo que con la palabra se pretende.

COBOS.—Con lo que algunos se empeñen en denominar neologismos de mi profesión se instruye el mundo en las maravillas del firmamento y, por lo tanto, en lo que a todos atañe, en lo que todos deben aprender y platicar.

LORENZANA.—Eso de que todos sean astrónomos es una niñería, sencillamente. La astronomía no le hace falta al pueblo, para quien se establece el vocabulario oficial. Si usted quiere estudiar con imparcialidad la parte que puede exigirse en el vocabulario oficial a su profesión, considere lo que usted aceptaría en otras profesiones, y eso le indicará lo que pueda exigirse razonablemente en la suya. Trasládese de los cielos, que siempre contempla con el telescopio, a la tierra, donde el microscopio dictamina, y vea qué palabras estaría dispuesto a autorizar en el

diccionario castellano. Los microbiólogos nos hablan de *proteos*, *vibriones*, *bacilos*, *espirilos*, *estreptococos*, *micrococos*, *sarcinas*, *zoogleas*, *esporos*, *astrógenos*, *astroporos*, *oscilarias*, *clorofilas*, *estafilococos*, *micoderma*, *butírico*, *índigo*, *lixinas*, *fagocitos*, *leucocitos*, *amebas*, etc. Las bacterias y microbios estudiados en la tierra, en el agua, en el aire contienen centenares de especies dignas de todo estudio, y que en sólo nuestro organismo cuentan los individuos por millones y hasta por trillones. ¿No parece más natural que prohijen esos nombres de sustancias que forman nuestro ser, más bien que los planetas, satélites y cometas, que tan lejos están de nosotros?

COBOS.—No se encuentran con los mismos derechos los átomos que aparecen hoy que los cuerpos celestes que presidieron el nacimiento de la humanidad e influyen en nuestra formación intelectual desde sus comienzos, como socios fundadores o cosa así. ¿Vamos a comparar los derechos de un *micrococos* con los del *Sol*, *Luna*, *Mercurio*, *Venus*, *Marte*, *Júpiter*, *Saturno*? Además, son nombres rarísimos, ajenos al genio de la lengua, y son infinitos en número.

LORENZANA.—Eso de la infinidad de nombres es, indudablemente, uno de los motivos que han de tener las academias populares para rechazar nombres a montones. Lo de su rareza y morfología anticastellana priva del pase a infinidad de vocablos que ostentando la usanza castiza tendrían pase gratuito. Son dos razones decisivas de un bloqueo irremisible; porque, por una parte, la memoria de los hombres es limitada, y por otra, el acuñar moneda con extraños troqueles equivale a destruir o por lo menos desterrar los nuestros. Habrá que respetar los nombres de los astros conocidos de los antiguos, que no son muchos y presidieron, como usted dice, la formación de nuestra lengua, excluyendo del pase a los innumerables que recientemente ha descubierto el telescopio. Esos se quedan para ustedes, á no ser que enteramente se españolicen y se refieran a seres de una trascenden-

cia del todo extraordinaria. Y lo que decimos de los cuerpos celestes descubiertos por el telescopio debemos establecerlo igualmente para los que el microscopio ha descubierto, que ni suelen ser de corte castellano, ni de una limitación que permitiera su recuerdo. Para todos esos descubrimientos hay que hacer un diccionario técnico, dejando sólo, por respeto, en el vocabulario oficial los nombres de las constelaciones astrales, tan conocidas de los marinos. Quédense por derecho de prescripción, y por estar españolizadas, *Casiopea, Perseo, Lira, Andrómeda, Boyero, Orión, Cabrillas, Serpiente, Aguila, Capricornio, Sagitario, Eridano, Pegaso, Acuario, Ballena* y otras constelaciones más y tantas hermosas estrellas, que alegraron la vida de nuestros tatarabuelos y alegrarán la nuestra.

. COBOS.—Alegrarán la nuestra, pero más prosaicamente que antaño, porque hoy en día se desconocen los nombres de las constelaciones, y éstos se quedan como disecados en el diccionario. Ni los marinos los conocen ya.

LORENZANA.—Así ocurre y eso demuestra que los nuevos inventos no pueden caber en el diccionario, porque no caben en la memoria, además de ser esquinados e inaceptables por su morfología.

COBOS.—Siguiendo ese criterio de no admitir los nuevos cuerpos celestes descubiertos y conservando en el diccionario popular los antiguos, que puede decirse nadie descubrió, porque se distinguían a simple vista, se incurre en la injusticia de castigar a los inventores, que deben ser laureados, y se quita el estímulo para nuevas investigaciones.

LORENZANA.—Podrá ser, si de otro modo no se les recompensara dedicándoles calles y monumentos y honrándoles por otras mil maneras, que fomenten en todos la estudiosidad. En el vocabulario oficial no pueden, no deben entrar, por haber llegado tarde. La Academia no puede adoptarlos, aunque los tengan que adoptar las enciclopedias, que todo lo registran.

COBOS.—¿De modo que está cerrado el plazo para toda palabra nueva, aunque represente el invento más trascendental? Eso no podrá ser.

LORENZANA.—Y no lo es, ya que constantemente se da paso a nuevas invenciones. Así ocurre; pero suele ocurrir también que lo que se toma por trascendente, y como tal se acepta, hay que excluirlo, por llamarse a engaño, como ha sucedido con los cuerpos simples, que se iban insertando todos, por eso de ser simples, y ahora resulta que no hay ninguno simple, según las postreras investigaciones de la ciencia... Sin embargo, me figuro que los tenidos por cuerpos simples en los primeros años de la constitución química —*oxígeno, hidrógeno, carbono, azufre, fósforo, hierro, oro*, etc.—, han de quedar ahí, aun cuando sea corrigiendo la definición. Y aun quizá queden todos los que entraron, por eso de que la entrada es vitalicia y la salida implicaría el reconocimiento de una equivocación, que rara vez se llega a confesar, porque se puede discutir si lo es.

En todo caso tenga usted entendido que las palabras científicas son las más peligrosas, porque la ciencia varía, evoluciona, está expuesta a constantes retoques que al pueblo no compete cambiar, ni agrada que le cambien. La *uranografía*, que estudia los astros; la *geología*, que estudia la Tierra, y la *biología*, que estudia los seres vivientes, tienen algo que a todos interesa, y encuentran en el vocabulario popular su lugar apropiado, y mucho que está reservado a los profesionales, ya porque es recóndito de suyo, ya porque no se trata de materias cribadas y definitivamente resueltas. Estas son pocas en todas las materias.

En categoría y trascendencia parece que los cuerpos simples deben consignarse en el diccionario, tengan el corte que quieran, por eso de ser como la sustancia común de todo el universo. La Academia los iba agregando en sus ediciones, a medida que se descubrían, y ya había anotado 71 de los 79 que los científicos cantaban, faltando sólo *europio, ervio gadolinio, neo*. (que

figura, sin decirnos que es simple), *neodimio*, *praseodimio*, *samarium*, *tulio*, que estaban pidiendo la inserción. Ahora nos salen los archicientíficos con que no hay ningún cuerpo simple; con que los aceptados entraron de matute en la categoría suprema de *cuerpos simples*, y con que podremos aspirar a resolver aquel sueño de la Edad Media, tenido por locura, de transformar en oro los restantes metales. Ante esta resolución de los científicos modernos me figuro que la Academia será más reparona en eso de aceptar *cuerpos simples* como una especie de caballeros del Toisón de Oro.

Villanueva, que es tan científico, aunque está tan callado, podrá ampliar nuestro pensamiento y hasta corregir nuestros yerros. Démosle carta blanca.

VILLANUEVA.—Callaba, porque tenía mucho que aprender; callaba, porque en medio de las diferencias que advertía en ustedes, estaba viendo que habrían de coincidir amando como aman ambos la verdad. No dejaba de dolerme a mí que los progresos científicos tuvieran tan poco espacio, por derecho propio, en el vocabulario oficial. Me apena que estando el diccionario plagado de arcaísmos y palabras muertas, se deje tan poco espacio a las científicas, vehículos del progreso, o por lo menos su barómetro. Con tanta mayor razón cuanto que la ciencia es breve en su expresión y no ocupa el espacio que la literatura, y como las populares expresiones abundosas e inacabables en nuestra literatura castellana. ¿Por qué no se había de dejar una décima parte en el diccionario popular a las expresiones científicas? Esto rumiaba yo en silencio. Dígame esos porqués.

LORENZANA.—En primer lugar, porque lo que no es popular no hay que brindarlo al pueblo; en segundo término, porque las ciencias se van dividiendo en tantas ramas que con la décima parte del aforo no haríamos nada; en tercer lugar, porque la ciencia es angulosa, antiliteraria y no respeta la suavidad de una lengua como la nuestra, blanda, plegable, elástica, revestida de ondu-

laciones inefables. La lengua popular tiene alma, tiene vida, tiene aire de familia, calor de hogar. La lengua científica, en cambio, resulta un *volapuk*, una especie de esperanto o lenguaje internacional como para viajeros que no se preocupan más que de horarios y precios y estadísticas; es pobre, es esquelética.

VILLANUEVA.—No separemos tanto la ciencia de la vida. La ciencia y el arte llenan los intersticios de la vida, son nuestra vida espiritual. Ahí veo, en ese paquete de libros, uno de Biología. ¿Qué página de literatura, qué escenas de la vida, de esas que tanta contribución prestan al nacional vocabulario, podrán compararse con las materias de esa obra y de todas las de la misma especie?

LORENZANA.—Todo lo que usted quiera en orden de importancia abstracta. Aquí sólo discutimos la conveniencia en orden a la lengua, a la conservación de su pureza, de su fuerza expresiva. Lo demás son valores de otro orden.

Esa obra de Biología examinada está en orden a la penetración neológica. Repase usted esas columnas y dígame si procede trasplantarlas a una diccionario popular de la lengua, no de las ciencias: *centrosoma, enquilema, vacuolas, acromatina, linina, piremina, paranucleína, amitosis, cariocinesis, aldehidos, polisacáridos, ésteres, trimetilamina, colágena, osteína, saponasa, hialoplasma, ectoplasma, endoplasma, plioplasma, metaplasma, espongioplasma, anfipirenina, tropismo, fototropismo, geotropismo, tactismo, heliotactismo, zoosporas, endoplasmático, ectoplasmático, seudópodo, cilio, espirema, amitosis, cariocinética, espirema, macronúcleo, pronúcleo, isogamia, anisogamia, isogamentos, anisogamentos, heterogamia, cigote, ovoalbúmina, seroalbúmina, oxihemoglobina, oseína, fibrógeno, epidérmica, leucocitaria, calcóforo, morula, gástrula, blástula, celesterón, blastoporo, endodermo, mesodermo, celoma, mesénquima, diapédesis, hematoblastos, discoidales, diapédiesio, policariocitos, micras, eritoblastos, mielocitos, linfoides, ondoplasto, cementoplastos,*

miolema, sarcolema, birrefrante, perimio, dendritas, sorna, mielínicas, amielínicas, axón, neuroglía, alecitos, teleolecitos, holo-blásticos, meroblásticos, blastomeros, blastiporos, gástrula, celoma, amniótico, cumínico, meristemo, anteridios, arquegonios, anterozoída, oosfera...

—¿Quiere usted que sigamos leyendo?

VILLANUEVA.—Me basta esa galerada para poder confesar a usted que lo mismo la nomenclatura de Biología, que la de Química, que la de Física, que las de Medicina, piden lugar aparte y no tienen por qué entrar en los términos del nomenclátor popular. A mí me había ilusionado su aceptación no sólo por la importancia grande que tienen en la ciencia, sino porque veo que algunas están ya incorporadas, y no encontraba razón para que no lo estuviesen las demás. Una lengua con carácter no puede en modo alguno descaracterizarse.

LORENZANA.—No discurre usted mal; resulta ilógico lo que se ha hecho, y eso da al vocabulario un carácter híbrido muy poco conforme al casticismo de una lengua ya hecha. Eso era inevitable en los últimos años, caracterizados por un respeto supersticioso a los adelantos científicos, que con frecuencia no pasan de hipótesis desechadas años después. Flores de un día, pasaron a la vista de nuestros padres por perennes florecimientos. Esoterismos de especialistas, fueron recibidos como doctrina universal adaptable a todas las fortunas y capaces de injertarse en las locuciones populares. El neologismo supone un cierto prestigio, y cuando logra imponerse, lo da y pasa de neologismo a moneda corriente y valedera.

VILLANUEVA.—Quiere decirse que cuando una palabra está aceptada y circula entre las voces populares, deja de ser neologismo y se funde en la sangre lingüística y debe ser incorporada oficialmente, ya que el registro de lo aceptado es una obligación.

LORENZANA.—Habla usted como un abogado, o por mejor decir, como un filólogo.

VILLANUEVA.—Pues, según eso que usted acaba de admitir y consagrar con su autoridad, se deben incorporar al léxico castizo una millarada de términos de mi profesión, que no figuran en él por pasar por moneda neológica, cuando hace muchos años que ruedan por todas partes, como los garbanzos.

LORENZANA.—Algo me temo que ese rodaje sea áspero y rechinoso todavía para la generalidad de los mortales. ¿A qué canon somete usted el pase?

VILLANUEVA.—Al que usted diga o al que proponga el amigo Cobos.

COBOS.—Por mi parte doy por buenos y por generalmente aceptados los términos del Mazzocchi, que es *recetario* de bolsillo del constructor, y los del Foerster, que es el *Vademécum* de la literatura universal técnica, aceptada por cuantos se ocupan en construcciones, que vienen a ser todos los mortales.

LORENZANA.—Cabalmente esos dos documentos me los envió usted el mes pasado y tengo acotadas las palabras que se dan por corrientes y no están en el vocabulario oficial. Vamos a examinarlas, o si quieren ustedes, a denunciarlas, y no me atrevo a decir a condenarlas, porque algunas me parecen muy dignas de que se establezcan. Abra camino el pequeño Mazzocchi, conforme reza la segunda edición de Madrid. (Villanueva lee muy seguido): *Micrón, microlito, microgramo, semicuerda, semieje, tradós e intradós, eclímetro, clepe, edipsométrico, planimétrico y altimétrico, diastimométrico, tubos pluviales y acuíferos, mastique, hidrófugos, repello, gravilla, parquet, cincelista, pudinga, tova, turboso, monago, contrahuella, cilindrado, marcita, hinca, hidroforas, axiales, acuatubulares, roblonado, vareadora, motores Diesel, packion...*

LORENZANA.—¿Se atreve usted a proponer ese *packion* como brote de lengua castellana?

VILLANUEVA.—¿Cómo no? Significa “liga metálica” y ya está resellado para eso. Para nosotros es como una letra del abece-

dario, como una nota musical. No es fácil suplantar esas palabras, una vez introducidas; hacen tan buen servicio, que puede perdonárseles el que suenen a exótico. ¿No se han aceptado las medidas eléctricas, tan raras como el *packion*?

LORENZANA.—Toca usted un punto trascendental e interesante. La luz eléctrica es del dominio popular y hay que buscarle nombres llamados a tener sillón de primera en el diccionario oficial.

VILLANUEVA.—Supongo que lo tendrán ya; el uso de la luz eléctrica en los pueblos no es de ayer; lleva ya muchos años...

LORENZANA.—Comparemos el Mazzocchi con el Diccionario de la Academia... Las medidas eléctricas de intensidad (amperio), de cantidad (culombio), de fuerza electromotriz (voltio), de potencia (vatio)..., figuran ya aceptadas. Faltan las de capacidad (faradio), las de inducción (henrio), las de resistencia (ohmio); falta también el voltímetro, tan conocido y usado en las centralillas. Falta, no sé por qué.

VILLANUEVA.—Se conoce que hay bulas en materias lingüísticas...

LORENZANA.—La materialidad de unos cuantos nombres no aceptados importa poco aquí; los nombres no se inventan a la vez, ni a la vez se pueden aceptar; ello no importa; el caso es advertir el criterio. Se acepta lo que tiene que ser popular, por tratarse de nomenclatura internacional; se procura limarle los contornos y españolizarlo, que era lo que le faltaba al *packion* de su devoción; falta a las veces lógica en las resoluciones de la vida, aunque en la vida misma todo tiene su lógica. En la aceptación de neologismos la lógica pide ante todo mucha sobriedad en las adopciones. Vale más que se retrase la Academia que no que se adelante.

COBOS.—En materia de explosivos, que es tan vibrante y está tan generalizada también, he oído quejarse de que no se abre la puerta.

LORENZANA.—Todo lo que presupone mucho análisis químico se aleja de las comunes denominaciones. ¿Qué trae el Mazzocchi?

VILLANUEVA.—*Balística, córdita, filita, lidita, trinitrofenol, trinitrotolueno, mononitro, dinitro, toluol, tolueno, tritol, trotil*. Se comprende que por su complicación química y por su forma poco suave no hayan podido pasar esa barrera, aunque esos explosivos destruyan las más formidables barreras en otro orden de resistencias.

LORENZANA.—¿Qué más neologismos canoniza el Mazzocchi?

COBOS.—Muy pocos más. En materia de *revestimientos*, vea usted si lo son: *fagotes, zarzos, gabiones, tepes, frisa, entrefilas, trocónicos, tresbolillos, palanqueras, barrilones*, y no sé si algunos más. El *recetario* de los constructores es bien sobrio; más duro de pelar está el Foerster, españolizado y todo como está por tantos ilustres profesionales nuestros.

LORENZANA.—Ustedes, que son tan amigachos, ¿no han intentado, solos o en comandita, escribir una obra parecida?

COBOS.—Tentaciones no nos faltan, ni preparación detenida, ni compenetración; pero nos falta el tiempo. A mí el poco que me quedaba libre me lo lleva ahora el aprender a hacer esmaltes, y Villanueva ha echado novia. Además, Terradas acobarda un poquito, y él unificó los catorce clásicos tratados de la colección Foerster, que ya es enteramente castellana y recibió las aguas lustrales de Terradas, Plans, Lorente, Fernández Díaz, Torroja, Forenza, Campaláns, Masó, Esche, Gómez Navarro, Arrillaga, Burguera, Villaverde, Lucas... Pocos neologismos encontrará usted en una colección tan españolizada...

LORENZANA.—No le diré que muchos para lo que supone colección tan completa y generalizada. Si le intriga recorrer los que recogí, repase esos listines que el instinto literario más bien que la confrontación rigurosa pusieron en mi pluma: *hipérbola, semieje, mediana, prismoide, paraboloides, alabeada, pozal, semi-*

cúbica, paramétrica, asíntota, catenaria, exponencial, parámetro, paramétrica, hipocicloide, cinético, inelástico, axil, ressimel (ace-ro), flector (momento), isotropa, anabio, estereocelosis, hiperes-tático, arriostrado, trass, volumétricamente, zuncha, zunchado, monoclinico, triclinico, microclínico, anortita, leucita, melilita, fonolita, nefelina, hauyna, augita, onfacita, biotita, clorita, dolo-mita, miscovita, sienita, pardoverdoso, hiperestesia, dialoga, oli-vino, hornblenda, granulita, aptita, hialomicta, protogina, cuar-cifero, petrosilíceo, gabro, esmaragdita, traquita, andesita, micá-cea, esquistosa, hornbléndica, anhidrita, mariengla, grauwaca, permiana, rogenstein, kieselgur, nagelfluh, duckstein, traquítica, puzzolana, margosa, porfirica, glauconita, ladrillero, aplantilla-do, cumbrera, galletera, ahorquillado, granitoide, marmosemente, aunales, duramen, pendulada, serradiza, sipia, entaregado, arra-bio, atruchado, especular (hierro), pudelaje, descarburación, des-grueso, palastín, cincado, Bessemer Thomas Siemens (procedi-mientos de fundición), supercementos, aluminosos, bauxita, com-pacidad, encofrado, desencofrado, arriostrado, hormifalto, dia-bas, dolerita, gabro, micaesquisto, neis, tobácea, clisímetro, filar (cruz), analítico, clisímetro, fototaquímetro, micrón, fotogramé-trico, estéreoautógrafo, fototopográfico, fototeodolito, estaqueado, creces, sardinefes, tendeles, aplantillado, alechada, flexado, re-diente, aldabia, parederas, semicopete, limatesa, limahoya, in-deformabilidad, eclisas, tejado, a la caballera, asbesto, portlán, baquetán, goterón, sobrejunta, cremona, acartelamiento, acristalada, casetonada, arriostramiento, anclaje, espacial, semipro-ductos, croquizar, perimetral, puentegrúa, osaturas, aporticado, exhaustor, nervado, monolitismo, anortita, dolerita, epicicloidi-al, estérocelosis, marienglass, ruberoid, hina, tablestaca, ta-blestacado, hormigonado, encachado, trapecial, collete, dre-nes, esclaones, esclusadas, aterramientos, entrellanos, came-liones, colchón (de agua), piezométrico, estopada, estoa, plea, plombarido, tracaniles, mamparos, trampillones, freática, tables-

tacado, albisa, albolith, aliviaderos, andesita, antifol, amortita, aplita, apoconita, arjada, arrabio, astaguía, autoaparejo, autovía, bateo, binder, biolita, citarón, closita, desencofrado, desferrización, entropía, espiza, estéreoautógrafo, estéreocomparador, estérefotogramétrico, estereógrafo Torroja, fibrocemento, ganguiles, granitoides, hartmanita, hialomicta, hidromecánica, hidropulsador, hiperstema, histeresis, infraestructura, lemniseta, lencita, limatesa, marienga, papilorith, paranieves, piramoide, preolith, relais, rubenita, ruberoid, tablestacado, tablestacas, talocha, teleindicador, taredo, testalín, tornallamas, vatímetro, ytolith, xitolith, xylopal.

LORENZANA.—Termina usted en punta, en palabras que empiezan con x, que es un comienzo ajeno al castellano enteramente.

COBOS.—¿Y por qué?

LORENZANA.—No le sabré decir por qué. El caso es que en el lenguaje moderno hemos ido suprimiendo la x, y que en nuestro Diccionario oficial no llegan a una docena las palabras que comienzan con esa letra, por lo que no me extraña que hayan quedado descartadas *xytolith* y *xylopal*.

VILLANUEVA.—Porque haya una docena de palabras de corte exótico en el *Vademécum del Constructor* no debían habernos dejado exiladas las que acabamos de leer, que no llegan a trescientas; ocuparían poco espacio en el Diccionario y facilitarían grandemente a todo el mundo la inteligencia de unos vocablos que pertenecen a la literatura universal.

LORENZANA.—Tiene la culpa la pícara especialización, tan abrumadora hoy en día, no el desdén a los constructores, que forman el ejército más imponente de la tierra.

COBOS.—Otra será la madre del cordero. No disculpe usted tanto a la Academia, que con frecuencia echa la siesta larga y no vela su sueño Astrea. Porque no es sólo que tarden en aceptar nuestra nomenclatura universalmente aceptada, sino que en

otras materias no corren esos escrúpulos de tecnicismo que usted alega para disculparla.

LORENZANA.—No es disculpar; es razón fundamentalísima.

COBOS.—A los hechos me atengo. Abra usted el diccionario de la Academia, y en la primera página encontrará nombres rarísimos de plantas desconocidas (ababán, abangay, ababuy, abama, abarra, abilo...) Si de las plantas pasa usted a los animales, dígame para qué valen los acabiray, acahé, acantopterigios, cuya descripción ocupa el lugar de veinte de nuestros vocablos.

LORENZANA.—La suerte de haber llamado antes a la puerta, y acaso también la de haber tenido en la Academia algún naturalista de empuje. No hay que mirar estas preferencias por el lado del sentimentalismo profesional, que es mal consejero. Ahora se hila más delgado en la aceptación de tecnicismos. Son muchos a pedir plaza en el diccionario oficial, a empujar con sus paquetes de tecnicismos. La Academia tiene que defenderse.

COBOS.—¿Qué reglas podrían tenerse en cuenta para neologizar cuando uno no está satisfecho de las expresiones consagradas?

LORENZANA.—Yo no me atrevería a dar regla alguna más que la de conservar el genio de la lengua.

VILLANUEVA.—Es que la lengua castellana nace de la latina y de la griega, y las palabras griegas y latinas tienen pase corriente en la nuestra... Yo no me atrevo a rechazar ninguna.

LORENZANA.—No le falta razón. El griego, que puede considerarse abuelo nuestro, no nos transmitió a través de nuestro padre latín la facilidad para formar compuestos y palabras técnicas. En eso venimos a ser todos feudatarios del griego. En los esfuerzos de emancipación, en la adaptación del neologismo al lenguaje castizo nuestro, se muestra grandemente el ingenio de los escritores, y en eso se debe ejercitar, porque si no los nuevos vo-

cablos más recargan la lengua que la enriquecen, ya que no la descaractericen. En vez de proponerle reglas, le mostraría modelos, autores de solvencia y reverentes con la lengua castellana, cultores de ella, que se embarcan en neologismos enriqueciéndola...

COBOS.—Vengan esos modelos. Soy todo ojos; soy todo oídos; soy todo *apetición cliptománica*; no hay banquete que yo tanto apetezca como ese de los modelos neológicos de nuestros tiempos.

LORENZANA.—Vaya por delante D. Ramón Menéndez Pidal, director tantos años de la Academia de la Lengua, profesor de Filología de la Universidad de Madrid, escritor castizo, más bien arcaizante que modernista. Gran firma para romper filas en tiempo de exposición neológica.

DIALOGO TERCERO

(*Interlocutan los mismos personajes.*)

LORENZANA.—Nadie extrañe que los escritores castizos se den a veces a neologizar. La personalidad de un pensador se manifiesta en el desarrollo de temas de fondo principalmente, sea cualquiera la forma en que se envuelvan. No es menester ser un gran escritor para ser un gran pensador. El dominio de las materias es una cosa y el cultivo de la expresión, del estilo, del lenguaje, es otra muy distinta. No obstante esta diferencia manifiesta de fondo y de estilo, es frecuente el caso de un buen estilo al servicio de un escogido pensamiento.

Desde el momento en que una persona de buen entendimiento y de estudiosidad cultiva las letras, se encuentra con que los modos de expresión estilados no siempre le satisfacen, y busca otros por su cuenta, que empiezan por ser neologismos de palabra o de frase, de frase más generalmente, pues a romper el dique vocabularista, al menos en tiempos antiguos, pocos se decidían, y éstos en contadas ocasiones. Para encontrarnos con un Juan López de Salamanca o con un Quevedo tenemos que andar siglos. En cambio, no se encuentra uno de nuestros clásicos que no neologice en frases expresivas que engrandecieron el idioma patrio.

Menéndez Pidal, que por su reposo estilístico parece debía desestimar el neologismo de vocablos; que por su cargo de director de la Academia no era de esperar los utilizase, se deja llevar alguna que otra vez de la fiebre snobista. En su obra *Los orígenes del español*, publicada en 1929, el director de la Real Aca-

demia de la Lengua ofrece al diccionario algunas muestras de la inquietud incontinida, que hubiera sido más incontinible no ostentando aquel cargo: *palatalización, monoptongación, velarización, monoptongo, bimatización, articulatoria, expresividad, velaridad, consonántico, labiodental, postpalatal, desiberizado, bilabial, labionasal, latinia, peregrinado* (santuario), *bipartición, dialectismo, delimitar*. Esta última palabra es más bien galicismo (y así lo califica el Diccionario oficial) que neologismo, aunque ya está injertada en mil autores y tiene sangre nuestra. No completamos el análisis, ya que estamos enfrente de un neologista, por excepción, que más bien deja escapar los neologismos que los busca. Los neologismos de sus primeras obras publicados están por un conocido literato chileno, y no hay por qué estudiarlos de nuevo.

Después de este neologista tímido y reparado, como piden su cargo y su temperamento, pongamos a su sucesor en la dirección de la Academia, D. José María Pemán, excelso poeta, orador asombroso por su imaginación, por su cultura y por su amor a la patria española, y tan afortunado dramaturgo que en pocos días superó en representaciones escenarias a lós Quintero y a Benavente, reyes de nuestro teatro.

Pemán es un purista, como deben serlo en propósito todos los grandes escritores; pero no es un cobarde, y gusta también del manjar de los dioses de presentar en el banquete real de la lengua alguna palabreja que le deba el ser y que sea como los regalos que en los grandes Museos se atribuyen con dorada placa a la generosidad de algún magnate, o como esos instrumentos de nueva invención que dan derecho al reconocimiento mundial Torres Quevedo, Cierva, Torroja, Véglison..., con sus telequinos, autogiros, estereógrafos y cierres automáticos). Pemán no se paga del neologismo, no lo busca a estilo de Unamuno; mas sí se regodea con él cuando le viene a revolver las albas cuartillas, como

una de tantas musas inspiradoras que por allí revolotean. En *Julieta y Romeo* nos encontramos con *vanguardismo*. En *Vuelo inmóvil*, no sólo nos habla de *rociones de cal anhidra*, sino de *des-humanizar*, *semioscuridad* y de *regusto*. En *Arengas y crónicas de guerra*, recapitulación de improvisaciones, donde nunca falta algún estallido verdaderamente genial, que irá a parar a las antologías de frases inspiradas, hay también su tanda regular de neologismos: *reptantes*, *antipatria*, *ex combatientes*, *balalaicas*, *insolidarios*, *totalitarios*, *hogarera*, *malentendido*, *camuflado*, *protestatario*, *sobrenaturalidad*, *extraescolar*, *agresividad*, *llenez*.

En el *Poema de la Bestia y el Angel*, que tiene aciertos innarrables, y si se hubiera completado, quedaría como una *Divina Comedia* de nuestros días, no da paso a los neologismos, como no quisiéramos contar como tales alguna *inexpresión*, *inmarchita*, *verdiazul* y *sagreña*.

En *Almoneda* se olvida su prosapia de escritor purista castizo, toma en labios las palabrejas de la vida mundana: *pócker*, *skis*, *sport*, *jazz*, *dáncings*, *cock-tail*, *serre*, *cineasta*, *wisky*, *barman*, *portaequipajes*...

En *Cartas a un escéptico en materia de formas de gobierno*: *Tremante*, *inconfesado*, *artificialismo*, *parterres*, *leit-motiv*, *empenacharse*, *rusionianismo*, *carmonismo*, *callismo*, *hitlerismo*, *morrasiana*, *alarconiana*, *mistraliana*, *racismo*, *enmarcado*, *motivación*, *mayoritario*, *confusionismo*, *autolimitación*, *marioneta*, *federización*, *desintegración*...

En una imaginación tan fértil como la de Pemán y con una memoria como la suya, por fuerza han de aparecer las fórmulas de vida que se estilan, sin pensar en que todavía anden faltas de pasaporte documental. El encontrarlas en sus escritos es un título para su confirmación, ya que no digamos para su consagración.

Pemán no parece que busca neologismos, sino que los en-

cuentra con alguna frecuencia; se le vienen a las manos y él los acaricia arriesgado y gentil.

El que los busca es Unamuno y los exalta, y de ello se gloria. Tienen carácter y cuño españolista, por lo cual merecen ser recogidos y propuestos a la imitación. Cuando los sacó a luz nos parecían audacias y aun por eso los exhibía él; mas ahora los encontramos moderados al lado de los de otros autores, que lanzan muchos más y no los presentan con el hispánico indumento de los suyos. Permitámonos intercalar entre los neologismos alguno que otro vocablo desusado más bien que recreado y enteramente nuevo: *susomentada, repregunta, adentrar, ladrocinio, abismática, perezista, rodriguecista, inquiridor, escotero, aoncellar, yente y viniente, trashombre, aparential, trasabuelo, resabioso, cimental, hermanalmente, cárcavas, cabreril, perinchido, cogolmado, trizar, gravezas, sanchizado, enquijotar, atañadero, encimado, rutino, remejer, zaondar, curibarberilmente, rapabarbas, perindola, desquijotizar, esquijotizando, sotorreír, quijotanos, yelmistas, baciyelmos, perlesiada, motajos, rebanego, engurruñado, antiquijotano o baciista, sesudez, espirituelos, cogüelmo, enrodado, brezado, enfusar, pingorota, vergonzosidad, aduicigar, retuso, deshacimiento en hacimiento, tesar, amomiado, escurrajas, pedernoso, calembur, entercarse, escostradas, roderas, perinoleas, conseguideras, graveza, penosidad, infinitarse, marcera, verveñar, caprichudo, soltamiento, acuitar, conejilmente, avariciosidad, adoncellada, bertoldizar, requerencia, perinchir, desfalladero, zuñir, desentoñar, flexibilizar, remejer, sobrehermosear, intimal, etiquetar, otrora, encorazonamiento, cotena, todoparidora, pervivir, reencender, aduicigar, brezar, desfalladero, desenchinarrar, desentoñar, enchinarrar, enfusar, engurruñado, enrodar, entoñar, escurrajas, marcera, perinchir, retuso, serano, sotorreír, zuñir, cuadrar (por circular en un lugar cuadrado), monologar, descreer, desnacimiento, desmorir, monocultismo, no-*

luntad, nadismo, nadista, sexuado, sobrehombre, eternización, momentaneidad, irracionalista, meterótica, metagónica, lanígeno, hierocardiografía...

A Unamuno no se le escapan los neologismos, como pueden escapársele a Pemán; Unamuno los busca él con afán, con ese afán de notoriedad que distingue todos sus actos. Lo confesaba él sin reservas en sus conversaciones, y se gloriaba de haber introducido palabras que circulaban ya como moneda corriente por el mundo.

Amigo de neologismos razonados y ansioso de que palabras suyas entraran en el cauce de nuestra lengua, no las utilizaba sin tino y sin darles marchamo castellano. El criterio que le guiaba nos lo manifiesta en el capítulo LXI de su *Vida de Don Quijote*: “Yo mismo en estas páginas confieso que a las veces he zuñado y bruñado mi discurso; mas en lo que sobre todo he puesto ahinco es en sacar a ras de lengua escrita voces de la lengua corrientemente hablada, en desentonañar y desentrañar palabras que chorean vida, según corren frescas y rozagantes de boca en oído y de oído en boca de los buenos lugareños de tierras de Castilla y de León. Hay que flexibilizar y enriquecer el rígido y escueto castellano, dicen allende los mares. Sin duda hay que darle más soltura y más riqueza; pero es a la lengua enteca y enclavijada de los periódicos y de los cafés. Mas para ello no es menester acudir fuera y tomar de prestado voces y giros de otros idiomas; basta remejer los entresijos al mismo romance castellano. Cada uno ha de engordar de sí mismo.”

Al final de esta obra completa su pensamiento en esta forma: “Hay en este libro unas pocas voces, no llegan a treinta, que no se encuentran en la última edición del *Diccionario de la Lengua Castellana* de la Real Academia Española, que pasa por oficial, y voces que no son de uso corriente entre escritores. Las más de ellas —su casi totalidad— las he tomado de boca del pueblo de

esta región salmantina, que las emplea corrientemente; tres de ellas las he formado yo mismo según la analogía del lenguaje castellano, y una (oíslo) se halla en el *Quijote*.

”Creo que para enriquecer el idioma mejor que ir a pescar en viejos librotos de antiguos escritores vocablos hoy muertos, es sacar de las entrañas del idioma mismo, del habla popular voces y giros que en ella viven, tanto más cuanto que de ordinario los más de los arcaísmos perduran como provincialismos hoy.”

Cuatro reglas podemos extraer de este maestro del idioma: Que el lenguaje del periódico y del café es enteco y enclavijado; que el habla popular debe engrosar la lengua culta; que los arcaísmos escritos no conducen grandemente al enriquecimiento del lenguaje; que las nuevas palabras y los nuevos giros han de salir del idioma mismo y han de entallarse conforme a la analogía de nuestra lengua castellana. Esto último, sobre todo, es preciso para que el castellano conserve su carácter; para lo cual no hay camino de mayores aciertos que la lectura de los clásicos, que fueron los plasmadores del lenguaje español flúido y flexible en sus labios y no amanerado y geométrico o abigarrado y estridente, como lo soportamos hoy en tantos oradores y escritores, que se tienen por cultos y que lo son en todo, menos en el buen cultivo de la lengua.

Verdad es que después del libro *Vida de Don Quijote* Unamuno publicó otros varios, y en ellos se muestra menos tímido para aceptar neologismos. Copiemos algunos del *Por tierras de Portugal y España* y del *Sentimiento trágico de la vida*:

Metalógico, antivital, relacional, enrigidecer, sensorial, racionalizar, apercepción, vaguera, comitragedia, ataraxia, crecidad, antivital, protosemita, orives, grafómano, aparencialidad, descripcionismo, perinchado, añorizar, fiordos, moluscosa, erinea, ínasonbrados, desindividualizar, despersonalizar, ramplo-nizar, unitariano, docético, contrarracional, anacefaleosis, añora-

dizo, comitrágico, anescatológico, subentendido, geena, filocristo, monocultismo, casinero, hipotasear, llanero, mitologizar, inconocible, antirracional, antivital, desplacentarse, remorir, pesadumbroso, inmortalizador, sobrevivencia, agrura, rompeimágenes, erostratismo, anescatológico, quiliismo, contingencialismo, fenomenalismo, fenoménico, existencial, cardíaca (sustantivo), quejumbres, irresignación, ruralizar, onduleo, infilosófico, trágicomarítimo, infando, aperrados, multiformidad, risar, despretencioso, aurivesaria, contrarracional, despotencializado, irresignación, informulable, vitalizador, concinación, filosofería, topofobia, entropía, osatura, sombrosa, geometrizar, geometrizado, ciudadillas, descansero, infilosófico, nemródica, empretilado, retintinante, fachadoso, folonería, ahincoso, matonería, perogrullería, biótica, aparencialidad, egotismo, extrahumano, infinitarse, intuimiento, mitopeico, simpatética, mortalismo, inapta, preconcepto, concientizarse, antropomorfizar, conglobar, individuante, impensable, irrevertible, vaudeville, huiadero, momentaneidad, sufriente, deshacimiento, mariolatría, homogeneización, heterogeneización, mayusculizar, monocultismo, impesable, conciente, andromórficamente, eternizador, esfingica, totalizar, existiéndonos.

Más neologismos hay en Unamuno. No importa tanto apurar la cuenta, cuanto advertir sus maneras de neologizar, con frecuencia algún tanto brutales, pero generalmente respetuosas con la analogía de la lengua castellana, que él conocía bien.

Si no hubiera venido luego una irrupción barbaresca de neologistas anticastellanos, lo presentaríamos como un corruptor del lenguaje, a pesar de su estilo semiclásico, mirando sólo al afán con que buscaba singularizarse con formas y palabras nuevas que afean el lenguaje.

En esta Babel en que vivimos de afán de superación novedosa es conveniente se estudie la manera de acuñar del indescifrable

D. Miguel, docto filólogo, escritor correcto y seguro, y amante de la lengua española, concedor del latín, griego, alemán, francés, inglés, italiano y, no hay que decir, del portugués. En cuanto al catalán, no recordamos oír a nadie hablar con tanto entusiasmo como a él de mosén Jacinto Verdager, a quien saludaba como al más inspirado de los modernos vates. Y Unamuno, sin sombra de la imaginación de Verdager, era vate, *filosófico modo*, era vate que supo eternizar no pocas sentencias.

VILLANUEVA.—¿Y no quedarán también eternizados sus neologismos de palabras?

LORENZANA.—De ninguna manera. Muy pocos atravesarán la alquitara de los vocabularios oficiales. Son rebuscados, son forzados la mayor parte de ellos y no se pueden injertar en la lengua; y si los damos por injertados, pensemos que es imposible que florezcan.

VILLANUEVA.—Yo más bien creo que acabarán por ser aceptados en el vocabulario oficial; porque Unamuno es muy filólogo, es muy leído y sus neologismos analogizan con la lengua y se irán incorporando primero al popular y luego al oficial lenguaje.

LORENZANA.—Es decir, que se cumplirá aquella unamunesca profecía: “cambiaré con mi voluntad el curso de los astros...” O aquella otra de que “sólo le satisface que le crean el primero de todas partes y de los siglos todos”. ¿No es eso?.

VILLANUEVA.—No fastidie. Esas eran locuras de Unamuno; pero los neologismos no pasan de genialidades. Que de ostra saque él *ostruna*; de rebaño, *rebañego*; de fofo, *fofez*; de profesión, *profesionalizar*; de imaginación, *imaginacional*; de cerebro, *ce-rebralizado*; de voluntad, por oposición, *noluntad*, ¿qué tiene de particular, ni de perjudicial para nuestra lengua? Esos vocablos salen esquinosos de labios de Unamuno y luego se suavizan en los del público, que termina por hacer familiares las más exóticas palabras.

LORENZANA.—Exóticas seguirán las más que nos ha regalado Unamuno. No parece que puedan ser labradas, ni siquiera que admitan pulimento. Si alguien hoy las recuerda en memoria de D. Miguel, mañana serán olvidadas, porque las obras suyas no son populares, ni siquiera las poesías. Que para el pueblo se suelen escribir.

VILLANUEVA.—Cualquiera que sea el criterio que se adopte en teoría para la admisión de vocablos nuevos, en la práctica el uso se impondrá, que es la suprema regla y ley de los lenguajes todos.

LORENZANA.—En eso no hay cuestión ni discusión; yo me abrazo a ese canon. Sépalo usted de una vez para siempre. Ahora, que el uso hay que encauzarlo.

VILLANUEVA.—Conforme a lo cual, no habiendo nada más familiar, más popular que las casas y las calles, las palabras referentes a los materiales de construcción, vengan de donde vengan, por más peregrinas que parezcan, han de ser aceptadas, porque no quedarán en desuso como los libros de Unamuno. Al principio nos parecen raras a los mismos arquitectos; luego que nos familiarizarnos con ellas, empiezan por encontrarlas extrañas los maestros de obras; al poco tiempo las desbajan éstos en su boca y las dan a conocer a los obreros; finalmente, éstos, que forman parte del auténtico pueblo, las hacen populares de tal suerte que la Academia las tendrá que registrar como usuales en su lista oficial..

LORENZANA.—No va mal hilado el discurso; es el mismo de D. Juan de Valera; aunque ninguno de ellos es completo.

COBOS.—¡Y tan completo! ¡Y tan definitivo! Cuánto me alegro de que coincidamos con estilista tan insigne. Valera vale un regimiento; es un purista del XIX y aún del XX. En las lenguas el uso es el todo y está bien que lo sea. De esa cantera salen to-

dos los materiales lingüísticos. El uso, el uso, el uso y nada más que el uso.

LORENZANA.—Es que no todos los usos son buenos, y en las nuevas formas del lenguaje debe influir la gente culta para que estén talladas a tono; para que estén cortadas a escuadra, como cortan ustedes los mármoles para que entonen en los muros; como defienden los estilos antiguos contra las modas snobistas; como defienden en las restauraciones el carácter de las construcciones primitivas.

El uso es una manifestación en la que todos debemos influir, en la que los inteligentes cultivadores del lenguaje han de hacer de arquitectos y defensores del genio de la lengua.

VILLANUEVA.—Son poca gente los literatos para contener los ímpetus idiomáticos del pueblo. Aquí pasa lo que en las modas: los que a ellas se oponen es porque ignoran que su empuje es irresistible.

LORENZANA.—No diré yo que en el primer instante se pueda luchar triunfalmente contra el ímpetu arrollador de la moda. Empezará ella por abrirse camino; triunfará algunos días, algunos meses; pero si los que pueden y deben establecer los cánones lingüísticos los defienden a brazo partido, los neologismos irracionales irán quedando arrinconados o acabarán por ser cuerda e hispánicamente sustituidos.

COBOS.—¡Qué optimista es usted! Eso ocurrirá pocas veces.

LORENZANA.—Si algunas veces no se logra, cuando nos atropelle la marea, siempre nos quedará el consuelo de echar en cara a sus propulsores la falta de buen sentido, de ese sentido de analogía lingüística que debe regular nuestras conversaciones. El ingenioso D. Gabino Tejado citaba, a este propósito, varias frases ilógicas asentadas, aceptadas en las normas de hablar. “¿Por qué —decía— se da igual sentido a “estar durmiendo” y “estar dormido”, y no a “estar roncando” y “estar roncado”, que es verbo in-

transitivo de análogo significación, pues va poco de “dormir” a “roncar”? ¿Por qué no se puede aceptar esa equivalencia en los verbos activos “estar apaleando” y “estar apaleado” y a todos sus congéneres? ¿Por qué se ha dado en llamar “comedor” al lugar en que se come, y no al que come sencillamente, sino al que come mucho? El “comedor” más bien debiera llamarse “comedero”, como se llama “merendero” al lugar donde se merienda y no “merendador”. ¿Por qué, añadía, se llama *rabón* al que no tiene rabo y *pelón* al que no tiene pelo?” Es indudable que el uso, aun en algunas ocasiones en que se muestra caprichoso e ilógico, logra salir con la suya. A la mujer del coronel se la llama *coronela*, y a la del cabo no se la llama *caba*. De monje sacó *monja*; de mendigo, *mendiga*; y de fraile no sacó *fraila*, ni de testigo *testiga*. A la hembra del perro la denomina *perra*, y a la del caballo no la quiere denominar *caballa*, ni a la del toro *tora*.

Tales paradojas lingüísticas son viejas. Entre las nuevas todos hemos caído en la manía de llamar *principio* a un plato que más bien es fin o se acerca a él en nuestras comidas. Y en nuestras despedidas va tomando carta de naturaleza el *hasta ahora*, que no puede ser más absurdo, olvidando los clásicos y lógicos decires de nuestros tatarabuelos, de nuestros abuelos y de nuestros padres, que se despedían *hasta luego*, *hasta mañana*, *hasta el mes que viene*, *hasta el año que viene*, *hasta la vista...* Todo menos *hasta ahora*, que es punto de partida. *Hasta y ahora* están reñidos; no caben en el mismo saco.

VILLANUEVA.—Usted no habrá dicho nunca *hasta ahora*, ¿no es verdad?

LORENZANA.—Por inadvertencia se me habrá escapado contestando a despedidas de los que están domesticados a ese absurdo cumplido; con advertencia, tengo propósito de no incurrir en semejante desatino; aunque temo que se nos enquiste, como se nos enquistó el *rabón* y el *pelón*.

COBOS.—¿No equivale eso a confesar paladinamente que el

uso es el todo y que no cabe más que someterse borreguilmente a él?

LORENZANA.—Borreguilmente, a nada. El uso tiene sus legítimas sendas y sus escabrosos atajos de utilización pasajera. No se acuesta el gran público a un dos por tres a las novedades de unos cuantos snobistas irresponsables. Vea usted toda esa fraseología de *horrible, espantoso, brutal, enorme, bestial, abracadabrante* con que nos machacan los oídos las personas *bien*, rechazada ya de consuno entre las personas cultas y finas. Son salidas facilitonas de quienes no tienen otras más ingeniosas y pretenden hablar algo mejor que la gente vulgar. Sino que este lenguaje lo aprenden hasta los azacanes en la primera conversación y a los pocos días pierde el chiste, por estar al alcance del más patán. Pasa lo que en las modas del vestido: que pierden distinción e interés desde el momento en que se vulgarizan. Si no llevan en sí mismas alguna utilidad, luego son desechadas.

Las palabras que posen, que se decanten, que hagan fortuna duradera, que interesen durablemente a todos, han de ser de sentido analógico a las de nuestra lengua, que tiene su calco en los clásicos; en ellos han de tomar las palabras aroma castellano. El diccionario de nuestra lengua debe ser como las bodegas castizas, que aunque aceptan para sus vinos caldos de otras comarcas, han de tomar aroma y vida de *la madre* antañona y milagrera, sin la cual no hay prosapia, ni legitimidad; sin la cual no hay nobleza de estirpe, ni aceptación perenne.

COBOS.—Me está usted impresionando vivamente. No creí tuvieran nuestros clásicos tanto parentesco con las buenas bodegas. ¡Viva el jerez, rey de los vinos!, y ¡viva Miguel de Cervantes, príncipe de los ingenios españoles!

LORENZANA.—Sí que vivirá, con la cohorte inmensa de ingenios españoles, que no son inferiores a él bajo muchos respectos y no podrán ser olvidados mientras el mundo exista, puesto que

serán los maestros del bien hablar en más de una docena de naciones.

También seguirán viviendo las bodegas de vinos jerezanos, que tanto y con tantísima razón le entusiasman a usted; y con ellas otras muchas similares de la risueña Andalucía, de ambas Castillas, de León, de Navarra, de Cataluña. Todo eso vivirá bien pegado al pegujal castizo que lo produjo y que lo acreditó y lo conserva.

Lo mismo vivirá la lengua castellana tan cultivada en nuestros días, sazonada con los aromáticos caldos de nuestros clásicos y con las oleadas del popular lenguaje, que debemos inyectar constantemente en los escritos y en la escena como antitóxicos de los venenos neologistas. Y entre los neologismos ya podemos contar un noventa por ciento de los que un médico calificaría de microbios patógenos.

Por la copia,
LUIS GETINO

EN TORNO AL CONCEPTO DEL RENACIMIENTO ⁽¹⁾

POR

RAFAEL CALVO SERER

TODO intento de mantener la objetividad histórica, tal como quiso establecerla el positivismo, ha perdido hoy su interés. Los móviles extrahistóricos que las severas críticas de K. Mannheim, Hans Freyer y otros descubrieron, han hecho quebrar todos sus dogmas. Sin embargo, es difícil librarnos por completo de lo que fué la atmósfera espiritual hasta fines del ochocientos. Sucede algo semejante al fenómeno señalado por Scheler de que el concepto cristiano del hombre vive aún en las antropologías más radicalmente naturalistas.

Siendo, como es, problema resuelto, tampoco se trata de insistir sobre la inevitable subjetividad de los estudios históricos. Benedetto Croce fijó definitivamente la cuestión, y ahora nos preocupa, más bien, el salvar ese subjetivismo de modo que sea compatible con la condición objetiva de la verdad. Otra cosa

(1) Capítulos de un libro en preparación.

sería caer en el escepticismo, que podrá ser cómodo para los aquejados de pereza mental, pero nunca posición íntegramente humana. No es lo mismo suprimir los problemas que intentar resolverlos.

En última instancia, la cuestión del subjetivismo histórico es un problema filosófico, y hay que encontrar, por tanto, fuera de la Historia los criterios de verdad para evitar el historismo relativista. Croce ha precisado que la Historia es inseparable de la Filosofía. La reivindicación de lo singular para la Historia como ciencia es adquisición que debemos a los métodos de Windelband y Rickert. Pero lo singular no es objeto del conocimiento histórico sino cuando se une a un predicado, construyéndose lo que podemos llamar un juicio individual. Este predicado, que por ser concepto lógico es universal, permite al hombre historiar; ahora bien, su intervención puede hacer que la narración sea verdadera o falsa. En consecuencia, nunca podrá hacerse historia sin conceptos, y éstos son materia filosófica.

El primer problema histórico por resolver, antes de adentrarnos en el estudio de cualquier otro, es el de los conceptos, elementos lógicos o valores necesarios para que el historiador se enfrente con las fuentes, con el hecho puro, ideal del erudito positivista, que quiso prescindir de aquéllos como forma de evitar la discusión. “La Historia, más aun que toda otra ciencia —ha escrito Jacques Chevalier—, no consiste en una simple reunión de documentos, sino en una interpretación personal de estos documentos.” Esta es inevitable. Las actitudes opuestas ante cualquier fenómeno histórico encuentran aquí su explicación. Por vincularse a conceptos, formas o valores distintos, no leen las mismas fuentes de idéntico modo católicos y protestantes, un hombre del XVIII simpatizante de Voltaire y un romántico como Schlegel; Guizot no dirá lo mismo que Görres; Ranke y Pastor no coincidirán al plantear los mismos temas.

¿Cómo lograr, pues, una concepción incommovible de la ver-

dad histórica? No podemos refugiarnos en el positivismo que suprime la Historia o la falsea, y hemos de abordar inevitablemente el problema de los valores o conceptos históricos.

Ante todo, guardémonos del extremo contrario. Ni la Historia es un puro error, ni logra plenamente la verdad absoluta. Realmente, esta afirmación a nadie puede escandalizar, como no sea a los que profesan todavía un racionalismo al estilo de la Ilustración. Es éste un destino común a las ciencias del Espíritu y a las de la Naturaleza. La limitación de sus fuerzas obliga al hombre —como expresa enérgicamente San Pablo a los Corintios— a salvarse por la Fe, por las virtudes sobrenaturales, por la unión con Dios. No nos es dado más que rastrear los caminos de Dios, conocer parte de una Verdad que está fuera de nuestras inteligencias y sobre nuestra voluntad. “¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios —dice San Pablo a los romanos—, cuán insondables son sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor?, o ¿quién fué su consejero?” Ni el irracionalismo histórico ni el vitalismo pueden jamás darnos el verdadero entendimiento de lo histórico, porque excluyen la posibilidad de situar a nuestro espíritu por fuera de la Historia, en cuanto niegan a ésta y al hombre su finalidad trascendente.

Así, ya podemos comprender el profundo significado de una historia de la historiografía, cuyo desarrollo supone previamente una historia de la cultura. Acaso la misma fragilidad de la Historia es la de la Filosofía, y rechazarlas equivaldrá a mutilar el entendimiento humano. Cada concepción del mundo y de la vida, cada nueva interpretación del hombre, supone una distinta concepción de la Historia. Pero ésta, aunque tan antigua como la Filosofía, no ha tenido el mismo proceso de perfeccionamiento. La Historia, más unida al hombre, sufre más de sus flaquezas.

La conciencia histórica actual es un producto moderno. Sólo

en nuestro tiempo se ha precisado con claridad y rigor filosófico la relación entre el sujeto y la materia histórica, y podemos emprender la crítica de las concepciones del pasado que no obedecen a un plan lógico, sino a las diversas visiones del mundo; no son ideas desarrolladas en un mismo sistema racional, sino consecuencia de puntos de vista discordantes. La crítica histórica, por tanto, no puede llegar a purificar un concepto con la agregación o suma de las diversas aportaciones, sino con el examen de la relación entre la visión histórica y la concepción del mundo.

La única forma de legitimar el objetivismo histórico es emprender una crítica de las concepciones del mundo, ya que sólo una comprensión objetiva y verdadera del mundo y del hombre podrá llevarnos al realismo histórico. La urgencia de esta tarea viene impuesta por la compenetración de la Historia con la época, y siendo la nuestra de inusitada crisis espiritual, es lógico que sus vacilaciones repercutan en aquélla.

En este sentido no es posible atenernos al legado inmediato de la tradición, aunque tampoco podemos totalmente rechazarlo. El camino a seguir será acomodar la historiografía católica a las actuales exigencias espirituales, única forma de librarnos del subjetivismo, que nos hace escépticos y conduce al antihistoricismo al querer liberarnos del pasado, que se siente como una pesada carga. Este es uno de los grandes peligros de nuestro período cultural, heredero de la inanidad del espíritu ochocentista, que quiso sustituir una concepción religiosa del mundo por una ideología cultural, por una visión sin contenido profundo. "Cultura es —dice Ortega y Gasset— la totalidad de las instituciones históricas o un ideal estético de la vida. Pero si la hipostasiamos hasta hacer de ella el valor supremo, resultará una borrosa niebla, donde no es posible reconocer ninguna cosa, ni humana ni divina. El culturalismo es la falsa doctrina de la inmanencia de la cultura."

No es éste el momento de hacer esa crítica, que entraña los más agudos problemas de la historia del espíritu. Nuestro propósito es trazar, desde el punto de vista católico —desde una concepción católica del hombre y del mundo—, la trayectoria de un período: el del Renacimiento; y, ciertamente, a los hechos históricos que encierra se les puede aplicar las siguientes palabras de Chevalier: “A despecho de su lejanía, no están completamente diluídos en el pasado, sino que permanecen en el presente, y no pueden ser comprendidos más que a la luz de éste.”

EL PROBLEMA DEL RENACIMIENTO.

Uno de los temas que más han preocupado en la renovación de los estudios históricos es el del Renacimiento. ¿Qué es el Renacimiento? ¿Cuáles son los factores que le caracterizan? ¿Cuál es su esencia y cuáles sus derivaciones? Preguntas son todas que nos permiten agrupar las más representativas figuras de la historiografía moderna.

Abordar el problema del Renacimiento es llenar de contenido la delicada cuestión formal del objetivismo y subjetivismo históricos, y fácil nos será encontrar una serie de versiones distintas y aun contradictorias. Si no queremos incurrir en el escepticismo, es necesario sistematizarlas, para, a través de una crítica depurada, llegar al establecimiento de principios firmes. Estudiar el Renacimiento es arrojar luz sobre los movimientos espirituales de los tiempos modernos, es decir, iluminar nuestra conciencia histórica y contribuir al esclarecimiento de los fundamentos culturales del hombre contemporáneo.

El concepto de Renacimiento, como el de Contrarreforma, ha sido creado principalmente por la historiografía alemana del Romanticismo y del Idealismo, aunque por su contenido fuera italiano el uno y española la otra, al menos en buena parte. Pero mientras los alemanes los acuñaban, la historiografía ita-

liana del XIX apartaba su interés de este tema y, bajo la influencia de la unidad nacional, despreciaba el período renacentista como decadente por la sumisión al extranjero, como incomprendía la Contrarreforma, por no serle grata la unión del Papado y Felipe II o la preponderancia de la Compañía de Jesús. Hasta la misma historiografía católica no quedó exenta de estos prejuicios.

El interés del problema del Renacimiento reside, además, en la renovación de las cuestiones, siempre vivas, de la división cronológica de la Historia, de las formas culturales y el sentido de una época, por lo que es inseparable de cualquier tratamiento teórico de la ciencia histórica.

Hasta el siglo XIX el Renacimiento aparecía en el tránsito de lo medieval a lo moderno, en la común división tripartita que crea la historiografía protestante. Según ésta, es el período de civilización en que el resurgimiento de la cultura clásica permite superar la barbarie e ignorancia medievales y devuelve al hombre la grandeza que tuvo en la Antigüedad. Tanto la Filosofía como el Arte, la Política, la Religión y, en general, toda la cultura moderna, encuentran en él su origen y se vivifican con la savia greco-latina. El término Edad Media fué introducido por los representantes del nuevo movimiento para hacer ver que está entre la Antigüedad y su renovación. Aunque desde el siglo XV se tiene conciencia de impulsos transformadores, "permanece oculta la unidad global de todos los fenómenos", y el término Renacimiento como designación de una época no surge hasta Michelet y Burckhardt.

Esta división comienza a sufrir variaciones de contenido con los románticos que reaccionan sentimentalmente hacia la Edad Media y la dotan artísticamente de luz y color, deshaciendo el concepto humanista. Pero hasta que, hace pocos años, se ha sentido la crisis de la cultura cuyos orígenes se situaban en el Re-

nacimiento, no comienza a ser considerada como insuficiente esta concepción.

La revisión, que las más de las veces conduce a una situación indecisa, obliga a penetrar en el sentido de las épocas, en la vitalidad de los movimientos espirituales, cuyas fronteras no son tan sencillas como ingenuamente se creyó. Decir que el Renacimiento es el período en que los tiempos modernos entran en contacto con la Antigüedad, no es decir nada, puesto que un profundo conocimiento del Medioevo nos presenta también a éste como edad asimiladora y transmisora de la cultura clásica. Del molde fijo se pasa a la anarquía; desaparecen en absoluto las divisorias entre lo medieval y lo moderno, y se remontan los orígenes del Renacimiento hasta el siglo XIII, hasta el XII en la época de los Otones (*Ottonische Renaissance*), o, incluso, hasta el siglo VIII (“Renacimiento carolingio”). Desaparecen los límites entre la Antigüedad y la Edad Media, y cabe con ello sospechar que el concepto del Renacimiento era tan artificial como los patrones cronológicos tenidos antes por incommovibles.

En el esquema tradicional, el Renacimiento era el descubrimiento del hombre, del individuo y de la razón, oscurecidos por la opresión religiosa medieval. Hoy ya no es posible negar el espíritu creador de la religiosidad del Medioevo, y se buscan en el siglo XIII las fuerzas espirituales que en su vigoroso despertar producen la floración cultural del XV y del XVI. La antítesis entre el hombre del Renacimiento y el medieval se hace cada vez más móvil y huidiza, perdiéndose en maticas y sombras cuando se intenta precisar los tipos contrapuestos. Resultan inaplicables los conceptos con que se nos presentó al hombre renacentista, y cuando partimos de los datos de la inducción, “se forma, poco a poco, una nueva imagen del Renacimiento, en la que piedad e impiedad, bien y mal, nostalgia del cielo y amor del mundo están mezclados de modo más infinitamente complejo”.

¿Tendrán razón los historicistas al considerar arbitrario todo concepto histórico? O ¿son éstos imposibles de elaborar, como quiere la erudición positivista? Es necesario acudir, para salvar las dificultades planteadas, al método que propugnamos, pues la controversia acerca de las divisiones históricas, y concretamente de la fijación del concepto del Renacimiento, no hace relación, "como por muchos se cree, a meros hechos, ni se resuelve con sólo datos y documentos históricos: fundamentalmente se refiere al elemento conceptual, y a esta esfera es necesario referirla antes de pasar a las indagaciones propiamente históricas".

NUESTRO MÉTODO.

Cuanto más se insiste en determinar cronológicamente el período renacentista, más se nos diluye, y corremos el riesgo de hacer imposible toda construcción e interpretación histórica. Continuar por este camino es hacerlo arbitrario, por lo que necesitamos previamente tomarle en sentido convencional. Evitando así las violencias que sufre el concepto vulgar, aceptamos el término Renacimiento para designar la corriente espiritual que, en Italia primero y en otros países de Europa más tarde, se desarrolla hacia 1500.

Tanto Humanismo como Renacimiento son conceptos abstractos, cuyo uso es necesario para poder abarcar de una sola mirada una serie infinita de fenómenos espirituales y de personalidades diferentes. Aquéllos se obtienen dando mayor relieve a las notas peculiares que a las diferencias, según las necesidades que impone la sistemática. Humanismo y Renacimiento coinciden en parte. Encuentran idéntico origen en el deseo de construir la cultura sobre un conocimiento más intenso de la Antigüedad clásica, claramente expresado desde el siglo XIV, y que, en sus flujos y cambiantes, extiende sus consecuencias hasta

finés del xvi. El Renacimiento abarca todo el conjunto del movimiento, incluso el ideal artístico, mientras que el Humanismo designa más propiamente el ideal humano de la vida espiritual.

Reconocida la inutilidad de los procedimientos habituales para la determinación de las épocas, que con sus violentos esquemas hacen buena y aceptable la división escolar, vamos a plantear la pregunta por la esencia y el carácter irreductible del Renacimiento, según los métodos propios de la historia del espíritu.

Prescindiendo —de intento— de los problemas estéticos, tema más propicio para una filosofía del Arte, podemos adentrarnos en la problemática particular de la historia de la cultura, haciendo tangible la relación existente entre el sujeto y el objeto histórico, entre el historiador que nos da el concepto y el pasado que examina. Surge entonces, y arroja mucha luz sobre el problema, la evidencia de la modelación del pasado por la forma espiritual del presente, con lo que, partiendo de la posición que previamente establecimos, podemos iniciar una crítica de las concepciones del mundo que nos acerque a la realidad última del período estudiado.

Eppenheimer —a quien sigo— ha precisado la clave de este método cuando dice que “en toda interpretación del Renacimiento, la vivencia del sujeto que interpreta está en su fondo, y aparece determinándolo intensamente, por lo que la historia de las ideas del Renacimiento sólo puede ser completa y valorizable cuando incluye la historia de su creador y del que la transmite”. En efecto; el siglo xviii, que tiene ya la suficiente perspectiva histórica, anhela enraizar su actitud espiritual en el Renacimiento, exaltando de él lo que por su racionalismo encuentra de común: “buscaba en este tiempo una confirmación para las formas propias de pensar y vivir y para la cultura”.

En el siglo xix podemos señalar dos momentos fundamentales: Michelet, y más singularmente Burckhardt, que conti-

núan el clasicismo setecentista, consideran al Renacimiento como aquel período en el que se descubre el hombre y se toma por norma la Antigüedad clásica restaurada. El primero, en su *Historia de Francia* (1885), nos presenta el Renacimiento, no en su aspecto literario y artístico, sino como resurgimiento del hombre: renacimiento del individuo, de la libertad espiritual y la emancipación creadora. Poco después, Burckhardt desarrolla conscientemente las mismas ideas, dotándolas de fuerza y vigor desconocidos.

La reacción contra este concepto aparece a fines del XIX. La idea de Burckhardt, que Nietzsche había popularizado en extremo, encuéntrase desde 1870 en contradicción con el neorromanticismo. Fácilmente se deduce la suerte que hubo de correr el Renacimiento pagano de Burckhardt. Los motivos espirituales de fines de siglo penetran en la concepción clásica, cristianizándola primero, germanizándola e irracionalizándola después. Los viejos temas del positivismo y del racionalismo ceden paso, ahora, a las nuevas preocupaciones religiosas y místicas.

Por tanto, la idea del Renacimiento sufre las variaciones espirituales de la época, y la impresión que en el nuevo ambiente cultural produce da su estilo a la historiografía. Si en cada tiempo determinado el Renacimiento motiva una reacción conceptual distinta, es decir, es valorado e interpretado nuevamente, ¿cómo considerar estas ideas de aplicación general, de validez irreductible? He aquí la confirmación de nuestro método: para llegar a la esencia del Renacimiento tendremos que hacer la crítica de la historia de las interpretaciones, que será la de quienes representan en la historiografía las distintas direcciones del pensamiento.

Reflejándose siempre en su obra la radical actitud del historiador ante la vida y el mundo, al hacer nuestro estudio, penetramos en la dialéctica de lo moderno, en las corrientes espirituales que se entrecruzan y suceden hasta el tiempo presente.

Nuestro trabajo tiene fundamentalmente un valor de método: precisar los extremos que no pueden ser desvirtuados por los conceptos previos, indispensables para trabajar sobre las fuentes.

Las interpretaciones del Renacimiento pueden reducirse a dos tipos extremos, cuya antítesis hay que salvar:

Concepción clasicista.—El Renacimiento es considerado por esta interpretación —cuya crítica es el tema cardinal de este trabajo— como reacción contra el Medioevo, contra el Cristianismo. Es la “aurora del mundo moderno”, como la llama Gentile. El Renacimiento y la Reforma constituyen la doble revolución intelectual y espiritual que inaugura la Edad Moderna. Con la resurrección de la Antigüedad renace el paganismo, y el hombre se libera de Dios y de la Iglesia. Esta idea, extendida por los reformistas en sus luchas contra la Iglesia, continúa a través de la época de las luces, del positivismo y del clasicismo del ochocientos, y está representada, aun en nuestros días, por quienes no se han liberado de los dogmas de la modernidad.

Concepción romántica. — La reacción romántica de fines del XVIII y comienzos del XIX crea una nueva visión de lo medieval y, por tanto, del Renacimiento, que aunque oscurecida por la idea clasicista de Michelet, Burckhardt, Nietzsche, reaparece a fines de siglo, como ya advertimos.

La posición contra el espíritu del setecientos se manifiesta en un retorno sentimental hacia el pasado, “con una historiografía nostálgica y restauradora que lo medievaliza todo”. Frente al racionalismo, se convierte en vital lo religioso, lo nacional y lo popular. Las transformaciones ideológicas, políticas y sociales que origina la Revolución, modifican profundamente la historiografía. A las abstracciones racionalistas se opone la realidad operante y viva de la Historia. El fracaso del individualismo, del hombre considerado bueno por naturaleza, obliga a aceptar la

realidad, la Historia, la Tradición. La añoranza del pasado se advierte en todos los historiadores, ya sean católicos o liberales, místicos o nacionalistas. De un extremo se pasó a otro: de lo renacentista a lo medieval, con la misma incomprensión hacia lo moderno que el clasicismo había sentido por la Edad Media. Es inútil buscar en Chateaubriand o Montalembert el estudio crítico de la Edad Media y su relación con el Renacimiento, pues no aparece bajo el influjo romántico y con superior criterio histórico hasta fines del ochocientos.

Quien primero reacciona científicamente contra el sentido racionalista del Renacimiento es Emilio Gebhardt, que, aun coincidiendo con Burckhardt, en cuanto lo considera como expresión del genio italiano y algo más que resurrección de la Antigüedad, presenta, sin embargo, a las fuerzas místicas del franciscanismo como iniciadoras del Renacimiento.

Pero la cristianización de éste se debe a Henry Thode, el cual sustituye el elemento antiguo por el misticismo que surge en las *Floreccillas* de San Francisco y llega hasta Marsilio Ficino y el platonismo florentino. El elemento medieval viene así a borrar por completo la idea de un "Renacimiento", ya que aquél no llega a encontrar un sentido especial. "Si yo tuviera que definir este movimiento en una breve fórmula —dice Thode—, lo llamaría el *movimiento de la Humanidad*. Este principia en los comienzos del siglo XII, alcanza su cumbre en la obra de San Francisco de Asís, hacia 1220, y continúa prolongándose hasta mediados del siglo XV, en que es reemplazado por los movimientos nuevos —aunque surgidos y relacionados con él— del Humanismo y de la Reforma."

Parte de esta tesis está estudiada con método distinto por C. Burdach, cuyos trabajos sobre los orígenes del Renacimiento han levantado en Alemania vivas polémicas, al renovar los ataques contra el concepto clasicista dominante en Klemperer, Brandi, Walter Goetz, etc.

Las ideas clásicas y románticas acerca del Renacimiento no se suceden según un orden lógico, como sostienen los que quieren superar el concepto sumando estas contradictorias interpretaciones. Cada idea del Renacimiento obedece a las exigencias espirituales del tiempo en que aparece, y el concepto que todavía transmiten los manuales no es más que una interpretación del clasicismo en lucha contra los románticos, en su deseo de salvar el concepto del hombre y del mundo acuñado por el humanismo moderno. Por tanto, todos los intentos de fundir ambos conceptos están condenados a ser estériles, por no completarse ni corresponderse, y, en último extremo, por obedecer a concepciones del mundo irreductibles entre sí. Lo que nos interesa, pues, es sujetarlas a revisión crítica que depure los hechos mal valorados, con cuyo enriquecimiento, desde nuestra concepción del mundo, podremos llegar a una visión del Renacimiento más profunda y fuertemente objetivada.

Aun aplicando este método, Eppenheimer no puede superar la antítesis clasicismo-romanticismo, Burckhardt-Thode, por la sencilla razón de que permanece dentro de la concepción clasicista del mundo. Cuando nos preguntamos por la esencia del Renacimiento, buscando el porqué de las variaciones originadas en cada época por sus vivencias espirituales, no estamos incurso ni en el Clasicismo, ni en el Romanticismo. Si las fluctuaciones del sentido se deben a la conciencia de época, hay que sustraerse a sus efectos deformadores criticándola desde fuera, con lo que se traslada el problema al problema general, ontológico y epistemológico de la Historia misma. En este caso, sólo una concepción que se legitime por normas extra-históricas, objetivas, podrá emprender la crítica de las concepciones del mundo reflejadas en la Historiografía y llegará a conclusiones de validez general.

EL REALISMO HISTÓRICO-CRISTIANO Y EL PROBLEMA DEL RENACIMIENTO.

La conciencia del tiempo —que en todos influye— no es exhaustiva. Hay algo en el hombre que, aunque determinado por la forma histórica, es sobretemporal. Por eso no hay soluciones de continuidad entre las interpretaciones católicas del mundo, a pesar de sufrir las influencias de las formas culturales.

En el fondo de la sucesión de las concepciones modernas se mantiene una idea católica del hombre y del mundo. Y aun cuando en estos últimos tiempos la Historia haya sido desarrollada principalmente por el Protestantismo y por los racionalistas, no han faltado historiadores católicos —Schlegel, Görres, Janssen, entre otros— que preparaban materiales para la superación de la conciencia moderna y, con ello, del problema del Renacimiento.

La disyuntiva entre clasicismo-romanticismo sólo se puede salvar saliendo del círculo de ideas en que se ha desenvuelto. Con la concepción dualista del hombre y de la Historia, introducida por el realismo cristiano, se llega a comprender el Renacimiento en toda su complejidad, como continuación del mundo medieval y génesis del moderno.

Luis Pastor señaló un doble Renacimiento. En efecto, la superación de la antítesis Burckhardt-Thode no puede hacerse sino incluyendo en el concepto del Renacimiento las dos corrientes: la clásica con su sentido pagano, y la medieval con su espíritu religioso; la primera representada por los humanistas que aspiran a convertir la cultura clásica en ideal de una nueva época; la segunda, que no es sino el final del proceso de incorporación de la Antigüedad clásica y la formación de una cultura laica, del humanismo que no rompe con las ideas teológicas de la Cristiandad.

Reuniendo ambos caracteres, se comprenden las manifestaciones aparentemente contradictorias del clasicismo: pues, de un lado, favorece el orden medieval, y de otro es fautor de la revolución moderna; instrumento de educación para los jesuítas, fomenta también el espíritu jacobino; elemento paganizante de la sociedad, es al mismo tiempo fecundamente asimilado por el Cristianismo.

Así podemos explicarnos el defecto fundamental de la Historiografía moderna. Su racionalismo mutila al hombre al negar lo sobrenatural, y le lleva con sus prejuicios hasta a reducir el área geográfica de la Historia; en la Historiografía moderna no cuenta apenas la historia española y nada, en absoluto, el Renacimiento español. Y es más patente el absurdo cuando se considera que la nación que tuvo la hegemonía en la historia política, desaparece de la historia cultural. Del mismo modo que se ha negado la idea de un Renacimiento cristiano, se ha desconocido la de un Renacimiento español. Tan imposible es ello, que equivaldría a negar la existencia de una cultura católica o una cultura española, siendo así que una y otra incluyen necesariamente al humanismo; el cual responde a la necesidad de satisfacer las exigencias espirituales que brotan de la naturaleza del hombre, cuando quiere hallar sentido y finalidad a su vida. Además de que el humanismo es propio de toda la cultura occidental, y se debe a su peculiarísimo origen, tanto greco-romano, como germano-cristiano.

Mas no nos basta con el estudio del Renacimiento tal como lo hacen Pastor y Janssen en sentido católico, y continúan Baudrillart o Brémond en Francia y Toffanin en Italia. La concepción integral del Renacimiento no puede hacerse a espaldas de la historia de España, en donde se logra la plenitud del humanismo con la "solución molinista" que resuelve el desequilibrio creado por el Renacimiento pagano. A Burckhardt hay que contraponerle Menéndez Pelayo: aquél descubre el Renacimiento

a través de sí mismo, de su esteticismo subjetivo; éste descubre el sentido de nuestra historia, la concepción católica del Renacimiento español —*objetiva*, por tanto— a través de su catolicidad.

Para que sea generalmente aceptado el concepto del Renacimiento, no ha de estar en contraposición con las ideas fundamentales de la historia de la cultura que ya constituyen núcleos ideológicos indispensables para todo hombre culto. Pero estas series han de ser completadas. Podemos admitir la sucesión siguiente: Antigüedad, Renacimiento, Clasicismo del XVIII, Realismo clásico del XIX. Mas hay que incluir también: Medioevo, Renacimiento español y Barroco, Romanticismo, Realismo cristiano. Bien entendido que no tomamos los términos ni su oposición en sentido absoluto, pues falsearíamos la compleja realidad histórica. No se pueden establecer conclusiones definitivas, y es necesario emplear los conceptos de modo prudente y flexible.

LA CONCEPCIÓN CLASICISTA DEL RENACIMIENTO.

La moderna conciencia artística y cultural acerca del Renacimiento está determinada fundamentalmente por las valoraciones del idealismo y clasicismo racionalistas, representados en el siglo XVIII por Winckelmann, Goethe y Heine, y continuados en el XIX por Burckhardt y Nietzsche, que la hacen llegar a nuestros días. El concepto formulado por ellos es una leyenda científica —nos dice Burdach—: “la herencia de una época que no podía ni quería buscar y estudiar históricamente la esencia y el origen de un movimiento espiritual”. Con sus contraseñas de Humanismo o Renacimiento introducen el error bajo una falsa apariencia de unidad. Es una pura fábula que el paganismo sea el aspecto fundamental. El dualismo clásico-cristiano impide la comprensión científica del Medioevo y del Renacimiento, y aun

de la misma Antigüedad, en la que desconoce las fuerzas religiosas que aprovecha el Cristianismo.

Oscurece sobre todo el concepto del Renacimiento la persistencia de la parcial historiografía de la Ilustración, que, carente todavía de verdadera conciencia histórica, extrema la oposición Antigüedad-Medioevo. Su racionalismo exaltado llega incluso a rechazar el ideal antiguo para entregarse al culto de la naturaleza humana, haciéndose voluntariamente anti-histórico.

La deformación causada por la falta de conciencia histórica, en la contemplación estética, la encontramos en Goethe. Lleno de los prejuicios de la Ilustración, pasa indiferente en su viaje a Italia ante las maravillas románico-góticas y del primer Renacimiento. Por estas limitaciones no puede comprender la repetición y abundancia de motivos trágicos en los monasterios, la vida de los santos, la arrolladora corriente mística que llena de gozo el dolor y la muerte, las violentas pasiones de la época. Del siglo XIII al XVI no ve más que barbarie e ignorancia.

Aunque Goethe no varió sus puntos de vista sobre el Renacimiento —determinados por Winckelmann—, otras influencias le hicieron cambiar sus ideas sobre la Edad Media. Sin embargo, aun habiendo corregido sus pensamientos, el *Viaje a Italia* —parte del camino intelectual recorrido—, al no ser modificado, contribuyó a afirmar el concepto del Renacimiento que debía a la Ilustración y al Clasicismo, y que en parte había superado. En la primera dirección de Goethe está Enrique Heine, que pone en circulación el engañoso esquema de helenismo con su amor a la belleza, y sensualismo pagano; y el ascetismo nazareno frente al judaísmo y el cristianismo, por él considerados enemigos del hombre.

Mas ya dijimos que la idea del Renacimiento como unidad cultural no se alcanza hasta el siglo XIX con Burckhardt tras las geniales intuiciones de Michelet.

MICHELET.

No es propiamente un historiador —nos dice Fueter—; es, ante todo, un poeta. Le importa la vida, la pasión, y no los hechos, siendo inútil buscar en él crítica histórica. Trata los temas según la estimación lírica que le merecen, y aunque maneja documentos, lo hace de modo arbitrario. Sus obras están llenas de contradicciones, y no le mueve más que lo popular y lo nacional.

Influido por el Romanticismo, que le hace exaltar la Iglesia medieval francesa al ver en ella una fuerza nacional, recoge también el liberalismo de la Revolución francesa y el positivismo de mediados de siglo. Por eso, entronca con la Historiografía racionalista y juzga al Renacimiento como un movimiento europeo caracterizado por los ideales del liberalismo: humanidad, ciencia y progreso. Para Michelet, son espíritus superficiales quienes no ven en el Renacimiento más que la renovación literaria, artística o jurídica; hay algo más. “Estos espíritus, muy prevenidos —dice en su *Historia de Francia*—, han olvidado solamente dos cosas, pequeñas en efecto, que pertenecen a esta edad más que a todas sus predecesoras: el descubrimiento del mundo, el descubrimiento del hombre.”

Michelet hace surgir el Renacimiento de las fuerzas espirituales que consiguen liberarse de la opresión de las instituciones del Medioevo. “El hombre se ha encontrado a sí mismo —continúa—. Mientras que Vesalio y Servet le han revelado la vida, por Lutero y por Calvino, por Dumoulin y Cujas, por Rabelais, Montaigne, Shakespeare, Cervantes, ha penetrado en su misterio moral. El hombre ha sondeado las bases profundas de su naturaleza; ha comenzado a sostenerse en la Justicia y en la Razón.” Naturalmente que no prueba, ni podría hacerlo, esta tesis que fácilmente se advierte responde a su creencia optimista de la

marcha del espíritu hacia la libertad. “Profunda, en efecto, es la base en que se apoya la nueva fe —escribe— cuando la Antigüedad recobrada se reconoce idéntica de corazón a la Edad Moderna, cuando el Oriente entrevisto tiende las manos a nuestro Occidente, y en el espacio y en el tiempo comienza la feliz reconciliación de los miembros de la familia humana.”

Desde entonces ha producido gran confusión en el estudio de los orígenes del Renacimiento el concepto de la libertad en el sentido moderno y del liberalismo de la Revolución.

BURCKHARDT.

Es claro el enlace de Burckhardt —otra gran figura típica del XIX— con Michelet. A ellos debemos la frecuente exposición filosófica de la historia del Renacimiento con la tendencia a sobrevalorar el humanismo considerándolo como fundamento de nuestra personalidad. La repetición de los temas se manifiesta. Michelet encuentra en el Renacimiento *la découverte du monde, la découverte de l'homme*, y Burckhardt dedica la parte cuarta de *La cultura del Renacimiento en Italia* al estudio del “descubrimiento del mundo y del hombre”. Michelet habla de que *l'homme s'y est retrouvé lui-même*, y Burckhardt, en la parte segunda, dedicada al desarrollo de la personalidad, dice que en la Italia renacentista “surge lo subjetivo; el hombre se transforma en individuo espiritual, reconociéndose como tal”. Michelet exalta este período: *Le seizième siècle est un héros!* Burckhardt concluye considerando el Renacimiento de Italia “como el guía espiritual de nuestro tiempo”.

Sin la obra de Burckhardt no hubieran tenido apenas fortuna los descubrimientos de Michelet. La consideración del Renacimiento como un período de la Historia, como un tipo de vida, idea de cuya sugestión difícilmente nos libraremos, es la gloria del historiador suizo.

El hombre del Renacimiento.—A Burckhardt y Nietzsche debemos la descripción de ese tipo del hombre característico del Renacimiento, que, con su predominio absoluto e indiscutible, ha contribuido en buena parte a los errores habituales. El hombre renacentista es desde entonces la personalidad libre y genial, exenta de prejuicios y saturada de inmoralismo estético: hombre lleno de pasiones, ambicioso de poder, de dominio y de gloria, ávido de placeres, cuya actitud ante la Iglesia va guiada por su interés egoísta: “rasgos característicos de una época —dice Burckhardt—, cuyas fuerzas y pasiones sobreexcitadas y lindantes ya con la desesperación, aseméjense en todo a las que fueron causa del incendio del templo de Efeso en tiempo de Filipo de Macedonia”.

A esa visión, de un subido progresismo, podemos oponer estas incisivas palabras de Chesterton: “Muchos, naturalmente, hablan del Renacimiento como de un período en el cual ciertos hombres comenzaron a creer en la vida. La verdad es que fué el tiempo en que unos pocos hombres por primera vez principiaron a no creer en ella.”

Subjetivismo de Burckhardt.—Nunca es más instructiva la relación entre el historiador y el pasado. La fortuna del cuadro de Burckhardt no reside en su exactitud y objetividad, que hubieran legitimado su aceptación por la historia erudita de finales de siglo, sino precisamente en todo lo contrario, en el arbitrario subjetivismo. Al darnos la idea del Renacimiento no se comporta como historiador, sino como apasionado amante de un ideal de belleza que allí cree encontrar. Ni es sistemática su idea, ni imparcial. Ante las fuentes no le guían los criterios históricos, sino su genial sensibilidad. En vez de reconstruir un paisaje tan independientemente de la visión contemporánea como sea posible —la fidelidad a este intento define al verdadero historiador—, nos da el cuadro que trazan los testimonios de los propios renacentistas. Huizinga procederá con otro método

cuando maneje las fuentes literarias y documentales de Francia y los Países Bajos para revivir la imagen espiritual de los siglos XIV y XV. En lugar de manejar la síntesis, como hace el historiador suizo, analiza minuciosamente, y la superioridad de su conciencia histórica se advierte en que, pese a no ser católico, aventaja extraordinariamente a Burckhardt en la valoración de los fenómenos religiosos, aunque no dejen de escapársele determinados matices.

De propósito prescinde Burckhardt del pensamiento filosófico; prefiere la observación de los hechos vivos en busca de la psicología del pueblo italiano, y olvida —según advierte Cassirer— que la separación entre teoría y práctica es completamente arbitraria.

Su inmoralismo estético y su escepticismo le convierten en un observador más, tan alegre y lleno de humor como los testimonios que maneja, y que, eso sí, sabe leer maravillosamente. Su cualidad de catador de la belleza despierta en nosotros la nostalgia ante el cuadro de la vida social y amable del siglo decimoquinto italiano. Esto es lo que destaca: la vida de sociedad, las conversaciones, las lecturas, los placeres; es muy inferior lo referente a la política y, sobre todo, su estudio de la moral y de la religión, donde fácilmente descubrimos los fallos esenciales de su pensamiento. Burckhardt está obsesionado por hallar el mundo moderno en el Renacimiento italiano, y retuerce las ideas y los conceptos, antes que percibir lo medieval y lo católico.

De todos modos, luego se ha abusado del término, hasta llegar rápidamente a la “inflación del concepto” de que habla Huizinga; dotándole de una extensión y universalidad que no debió de existir en el ánimo de Burckhardt, cuya atención —como observa Brandi— se dirigió exclusivamente al Renacimiento italiano.

De aquí que se haya hecho frecuente la oposición entre el Renacimiento, como alianza íntima del genio italiano y la Anti-

güedad, y el Medioevo: “Al resto del mundo occidental —escribe Burckhardt— tocábale decidir si se defendería contra el poderoso impulso que irradiaba de Italia, o si debería más bien apropiárselo en todo o en parte; mas allí donde sucedió esto último, debieran abstenerse de proferir quejas sobre la prematura decadencia de las formas e ideas de nuestra cultura medieval. Esta seguiría hoy viviendo, si hubiera tenido fuerza para luchar y defenderse. Si los espíritus elegíacos que sienten la nostalgia del Medioevo tuvieran que vivir en él una sola hora, con ansia reclamarían el aire moderno.”

Renegado del Romanticismo —dirá Fueter—, formado en en el siglo XVIII, el historiador suizo está dispuesto a reconocer la superioridad de la cultura moderna. Su obra significa, pues, la última victoria del humanismo rebelde y orgulloso contra el espíritu medieval. “Cierto es, sin duda, que en el curso de procesos históricos tan grandiosos como el paso de una edad a otra, puede acontecer que más de una bella y noble flor perezca, sin que su pervivencia quede asegurada por la tradición o por la poesía; mas no es ésta razón bastante para desear que no hubiera tenido lugar aquel proceso total. Y este proceso consiste en que junto a la Iglesia, que había sostenido hasta ahora (y no por mucho tiempo más) la unidad de Occidente, surge un nuevo ambiente espiritual que, difundiéndose de Italia, acaba por constituir la atmósfera vital en que respiran todos los europeos cultos.” Sugestionado por las ideas del período que estudia, Burckhardt no comprende la persistencia y el poder creador del espíritu de la Cristiandad.

La personalidad medieval y la renacentista. — El mismo concepto del desarrollo de la personalidad, aceptado por quienes rechazaban otros aspectos del pensamiento de Burckhardt, no resiste a los nuevos estudios medievalistas como los de Gilson y Schnürer. La Edad Media es tan personalista como el Renacimiento, salvo que la primera ordena los valores según una

jerarquía teológica, y el segundo considera como fin último los valores individuales. Por eso el Medioevo defiende más a la persona —según el concepto teológico que introduce—, porque es profundamente religioso, y en este carácter está la fuerza más profunda de la personalidad, que nadie puede sojuzgar. La teología de la gracia, estableciendo la comunicación entre Dios y el hombre, “lejos de conducir a la pasividad y al quietismo —dice Charbonell—, incita a la acción, es fuente de alegría y prenda de salvación”.

Pero también es menos individualista, en cuanto no existe el aislamiento, la disociación entre el hombre y la sociedad que crea el concepto propio del individuo. Como sostiene Burckhardt, “desde este momento se produce en Europa una escisión entre el hombre culto y el ignorante”. Reconocido esto, su deseo no oculto de defender al hombre moderno le hace decir que no puede hacerse este reproche al Renacimiento, porque “dicha escisión persiste hoy día sin que podamos suprimirla, a pesar de hallarnos firmemente persuadidos de los males que implica”.

¿Qué causas nos explican el paso de la persona medieval al individuo moderno? Se hace la transformación independientemente del influjo de la Antigüedad? Es indudable que la cultura laica que señala Finke en formación desde fines del siglo XI, había de determinar, por la civilización urbana y el desarrollo económico, nuevas exigencias. La Antigüedad favorecerá el proceso acentuando la desviación de la cultura religiosa, al actuar como guía, según dice Burckhardt.

También en este aspecto el enlace entre la Edad Media y el Renacimiento ha sido defendido por Huizinga, para quien ambas épocas están unificadas por el mismo ideal humano, del caballero, que persiste hasta el Barroco. Exactamente podemos decir que el hombre del Renacimiento perfecciona y desarrolla un conjunto de cualidades que la cultura teológica medieval había descuidado. Pero cuando se traspasan los límites impues-

tos por la concepción cristiana, comienza el desenvolvimiento que descubre Burckhardt y surge el individuo moderno. Mientras que si el nuevo desarrollo se armoniza con las ideas cristianas, se logra el tipo del Renacimiento immortalizado por Castiglione.

Orígenes del Renacimiento.—Burckhardt pretende demostrar que la evolución política y, especialmente, la valoración excepcional del individuo fueron suficientes para provocar la transformación de Italia, y con ella, los tiempos nuevos, “sin que la Antigüedad interviniera para nada”. Aunque su teoría contiene parte de la verdad, no la explica toda. En los orígenes del Renacimiento hay que incluir las causas espirituales, económicas y sociales que aportan las diversas interpretaciones del concepto. Tanto las fuerzas místicas del siglo XIII, como la revolución económica del XII y la revolución comunal —según advierte Koth—, como el contacto renovado con la Antigüedad, tienen participación en el origen del Renacimiento. El papel preponderante del pensamiento clásico es reconocido por el mismo Burckhardt. “No hubiera sido el Renacimiento aquella alta necesidad de la Historia Universal si fuera tan fácil hacer abstracción de su influencia.”

Más cerca de la realidad está el buscar los motivos creadores en Italia. El pensamiento antiguo recibe una nueva estimación desde el siglo XIV. Y el proceso de su incorporación del saber clásico en la Cristiandad se modifica al fundirse con el sentimiento nacional italiano. Sólo en cierto sentido pueden admitirse los intentos de trasladar a Francia los orígenes del Renacimiento, según hace Nordstroem, cuya excesiva reacción anti-italiana impide sea aceptado incluso por la historiografía francesa.

Modernidad del Renacimiento.—El error de Burckhardt está evidentemente en la repetición de motivos de la Ilustración, que le hacen incluso ver en los orígenes del Renacimiento to-

dos los elementos del mundo moderno. Por ello desconoce la Edad Media y, por tanto, la corriente del humanismo cristiano, siendo tales sus prejuicios que examina superficialmente la influencia constante de la Antigüedad, uno de los fundamentos de la crítica neorromántica.

La insistencia en los caracteres *modernos* es típica. Florencia es el primer Estado del mundo *moderno* por la elevada conciencia política y la variedad en el desarrollo del Estado, al mismo tiempo que la patria de la Historia en sentido *moderno*. Los florentinos constituyen la primera expresión de los italianos y europeos *modernos*. El espíritu *moderno* italiano ha de ser "modelo para todos los pueblos de Occidente". Dante es el primer hombre *moderno* al afrontar el testimonio de su propia conciencia. Italia está ligada indisolublemente al mundo *moderno*. Ya Burckhardt encuentra "la misma creencia en la bondad natural propia del siglo XVIII, que ayudó a preparar el camino de la Revolución francesa". En cuanto a la psicología amorosa, cree que "en este respecto, como en tantos otros, el hombre *moderno*, al igual que lo fué el de la Antigüedad, es un microcosmos, cosa que el hombre de la Edad Media no lo fué, ni podía serlo". Es decir, señala el desdoblamiento del hombre, que conduce a la cultura anticristiana del setecientos. Aun reconociendo los excesos del individualismo, pretende sostener que origina el "refinado medio ambiente en que viven los pueblos occidentales", y "dentro de él nace el concepto *moderno* del bien y del mal, y el de la responsabilidad moral, que es fundamentalmente distinto del de la Edad Media". De esta forma, concluye Burckhardt haciendo del italiano el representante más característico de la nueva edad.

Veamos hasta qué punto son exactas estas observaciones y qué hay, en rigor, de moderno, antimedieval y anticristiano en el cuatrocientos italiano. Limitándonos a la crítica de Burckhardt,

prescindimos ahora del estudio de la corriente cristiana en el Renacimiento.

El proceso medieval de incorporación del saber clásico no se verifica en Italia del mismo modo que en el resto de Europa. El pueblo italiano permanece semiantiguo, y lo que en otras partes es erudición y reflexión, aquí alcanza a despertar entusiasmo. Esta corriente arcaizante es la que sustituye las ideas teológicas y eclesiásticas al pasar la cultura a manos de los laicos. Burckhardt desconoce que esta dirección laica ya existía en la Alta Edad Media, sin que por ello fuera anticristiana, y que crece considerablemente con el desenvolvimiento de la cultura ciudadana. Esta última no ha de tomar necesariamente sentido pagano, como puede verse en las ciudades de Flandes y Francia, que permanecen sin grave mudanza dentro de la vida espiritual de la Cristiandad.

El cuadro que traza Huizinga de los siglos XIV y XV es opuesto al del trescientos y cuatrocientos italiano. Sobre esta base, y reduciendo los excesos de Burckhardt, podríamos establecer de modo expresivo las analogías y diferencias entre estas transformaciones espirituales, poniendo junto al *Otoño* de la Edad Media en el norte, la *Primavera* de la Edad Moderna en Italia. No hay sustitución brusca de un mundo cultural por otro, sino una compleja y lenta transición. En este sentido, el Renacimiento es —escribe Santiago Montero— “un momento de equilibrio entre dos actitudes esencialmente opuestas ante el mundo. La medieval, con su aspiración al orden y la suprema unidad espiritual, y la moderna, con su dinamismo formidable y su tendencia a lo múltiple”. Del mismo modo se expresa Berdiaeff: “El hombre del Renacimiento es un hombre desdoblado, perteneciente a dos mundos. De ahí dimana la complejidad y la riqueza de su poder creador. Ya no se puede tomar actualmente el principio del Renacimiento por una simple reproducción de la Antigüedad, por un simple retorno del Paganismo. Lo que sí es cierto es que en

aquellos tiempos subsistían muchos elementos cristianos y muchos elementos medievales.”

Pero Burckhardt no concede apenas importancia a la actividad de los humanistas cristianos, que, permaneciendo fieles a las ideas teológicas tradicionales, son también defensores de los autores clásicos y ardientes partidarios del ideal nacional. Todo cuanto ha señalado como moderno no es radicalmente antimoderno, y mucho de ello puede considerarse como forma nueva en que se manifiesta la fuerza creadora del Medioevo. Esta tarea se impone Luis Pastor cuando desarrolla el concepto de lo que él llama Renacimiento verdadero. El mismo Burckhardt reconoce que la idea política del Estado moderno es aplicada en gran escala por el país de la Contrarreforma, por España. El individualismo, ya hemos visto que tiene estrecho contacto con el Medioevo, y lo que él llama descubrimiento de la naturaleza y del mundo espiritual del hombre está realizado por hombres tan medievales como renacentistas: Dante, Petrarca, Eneas, Silvio, Piccolomini, etc.

De lo considerado por Burckhardt como moderno sólo queda el concepto natural del hombre. Lo que realmente hay de anticristiano, de antimoderno, de moderno, es el auge de la concepción pagana del mundo, manifestada en un sector del Humanismo, y particularmente en Lorenzo Valla y Maquiavelo, que si en el siglo xv llega a dar carácter al Renacimiento italiano, en el xvi casi desaparece ante el influjo de la Contrarreforma.

Las erróneas ideas acerca de lo medieval y de la Cristiandad impidieron a Burckhardt profundizar en el concepto de lo moderno. Cuando nosotros preguntamos por los orígenes, no seguimos sus métodos. Los ataques contra las ideas básicas de la Cristiandad son preparados en la Baja Edad Media: Ockam aparece como el iniciador de la modernidad, y así nos dice

Alois Dempf: "Se busca, sin éxito, el sentido del tiempo moderno: ¿por qué no buscarlo en su primero y gran filósofo?"

Esta corrosión interna de la Edad Media y las ideas revolucionarias del Renacimiento pagano no lograrán la destrucción de la Cristiandad más que a fines del siglo xvii.

Por último, los prejuicios anticatólicos de Burckhardt le hacen incurrir en constantes contradicciones al estudiar la moralidad y la religión.

Moralidad del Renacimiento.—Verdadero tópico es hablar de la corrupción de la sociedad italiana en el Renacimiento. Insiste Burckhardt en la dirección anticristiana que toma la sociedad, en la creciente extensión del egoísmo y de la inmoralidad, de las venganzas y los crímenes. "Los frenos que subsisten son pocos. No hay nadie, ni entre la gente del pueblo siquiera, que sienta responsabilidad en su fuero interno frente a un Estado ilegítimo, basado en la violencia, ni frente a la policía que lo representa; tampoco se tiene ya fe en la justicia..." Y más adelante llega incluso a decir: "La impresión que produce la Italia del Renacimiento, en general, es que los grandes crímenes, aun en los tiempos de normalidad, fueron más frecuentes que en otros países."

¿En qué medida influye la Antigüedad en esta corrupción? Los defensores a ultranza del Renacimiento nos presentan la inmoralidad de otros siglos, en los que apenas sobrevive la Antigüedad clásica, para significar que a ésta no se pueden atribuir aquellos perniciosos efectos. Particularmente en los siglos xiv y xv hay una degeneración común a toda Europa, fenómeno difícil de explicar si se le refiere exclusivamente a las letras clásicas: ahí está el caso de España, cuyo conocimiento de la Antigüedad no puede compararse con el que entonces alcanza Italia.

Mas, si no en los orígenes, en las consecuencias sí se manifiesta de modo nocivo el reflejo de los autores antiguos, que son

utilizados para oponer la moral epicúrea o estoica a la cristiana. “Si nos fuera permitido sintetizar los rasgos del carácter italiano de la época —dice Burckhardt— tal como nos los transmiten las fuentes referentes a las clases elevadas de la sociedad, el resultado sería aproximadamente el siguiente: el defecto fundamental de ese carácter se nos ofrece al mismo tiempo como la condición obligada de su grandeza: el desarrollo del individualismo.” Estas clases son las influídas evidentemente por la moral antigua, y en ellas repercuten las ideas que en el siglo **xvi** tendrán una elaboración filosófica. Todavía más: “Si aceptamos que el egoísmo, en el sentido amplio y en el restringido del vocablo, es la raíz y fuente principal de todo mal, sería ya esta razón suficiente para que el italiano cultivado del Renacimiento haya estado más próximo del mal que otros pueblos.”

Religiosidad del Renacimiento.—El trabajo de Burckhardt pierde todo valor al estudiar la vida religiosa. Su incompreensión de lo medieval llega al punto de negar a la Edad Media la “devoción positiva al Ser Supremo”; siendo así que su característica es precisamente asentar el orden natural e histórico sobre la idea de Dios.

Para Burckhardt, las ideas religiosas medievales, vivas y profundamente arraigadas, sufren también los efectos del individualismo y tienden a subjetivarse. La superstición sustituye a la creencia. El vigor espiritual llena a los hombres de confianza en sus propias fuerzas, perdiéndose la idea y el sentimiento de pecado y redención. Esta es, en gran parte, la obra de “la literatura antigua, admirada como algo incomparable..., imbuída del triunfo de la filosofía sobre las creencias en los dioses...”

Si tal hubiese sido la religiosidad de todos los humanistas, resultaría absurda la unión íntima que tuvo el nuevo movimiento con la Iglesia. Sin duda —como objeta Landsberg— está más cerca el Renacimiento de la religiosidad medieval que de

la incredulidad o deísmo modernos. El mismo Burckhardt lo declara inadvertidamente cuando reconoce que los humanistas “creían aún ser cristianos, y respetaban por diversas razones las enseñanzas de la Iglesia”, aunque envuelva su pensamiento pretendiendo demostrar la falsedad de las convicciones religiosas. Por tanto, es natural que se asombre al advertir “que algunos de los más ardientes promotores de este movimiento son precisamente hombres piadosos en extremo, y que practican incluso el ascetismo. Fray Ambrosio de Camaldolese, Nicolo Niccoli, Giannozzo Manetti, Nicolás V, Vittorino da Feltre, Matteo Vegio se cuentan entre estos humanistas profundamente cristianos.”

La vida religiosa que palpita en el Renacimiento se impone a Burckhardt, a pesar de sus prejuicios protestantes. “El resultado fecundo de estas tendencias pónese de manifiesto en el propósito deliberado que anima luego a la Academia de Florencia de fundir en unidad el espíritu de la Antigüedad con el espíritu del Cristianismo, lo que constituye un curioso oasis dentro del humanismo.” Por no profundizar en estas corrientes cristianas que considera como oasis, como excepción, vuelve nuevamente a generalizar sus prejuicios, extendiendo al humanismo las notas de incredulidad e indiferencia y, sin llegar al ateísmo, también de “un racionalismo superficial, mezcla inconsistente del sinnúmero de ideas contradictorias de los antiguos, de cuyo estudio se ocupaban con el desprecio por la Iglesia y sus doctrinas”.

También sus errores ideológicos le llevarán a destacar el sentimiento religioso del Renacimiento en lo que él llama teísmo. “Uno de los centros del pensamiento teísta está, sin duda, en la Academia platónica de Florencia y, de manera muy especial, en Lorenzo el Magnífico mismo. Lo que encontramos en las obras teóricas de los hombres que componían dicha Academia, e incluso en su correspondencia, *nos descubre solamente una de*

las dos caras de su carácter. Si bien es cierto que desde su juventud hasta el final de su vida, Lorenzo *declaró siempre ser fiel creyente* de los dogmas cristianos, y que Pico *llegó incluso a sentir sobre sí la fascinación* de Savonarola, *entregándose a un ascetismo monacal*, es evidente, sin embargo, que en los *Himnos* de Lorenzo —expresión suprema del *espíritu de esa escuela*, como sentimos la tentación de llamarlos— el teísmo deja oír sin reservas su voz, un teísmo que tiende en su concepción fundamental a considerar el mundo como un inmenso cosmos, moral y físico. Así como los hombres de la Edad Media ven en el mundo un valle de lágrimas, confiado hasta la venida del Anticristo a la custodia del Papa y del Emperador; así como los fatalistas del Renacimiento alternan sin cesar entre unas épocas de tremenda energía y otras de resignación apática o de superstición, en este círculo de espíritus insignes brota la idea de que *Dios ha creado el mundo visible por amor a los hombres*, y que este mundo es *imagen exacta del modelo preexistente en el Creador*, el cual continuará eternamente dándole movimiento y nueva vida. Mediante el conocimiento de Dios, el alma puede hacer, en primer lugar, *que el Supremo Hacedor quede encerrado dentro de los angostos límites que ella abarca*; pero, *mediante el amor divino, puede el alma, a su vez, dilatarse hasta el infinito, y en esto consiste la bienaventuranza sobre la tierra.*

”Encontramos aquí resonancias de la mística medieval entreveradas con doctrinas platónicas y con peculiares rasgos del espíritu moderno. Acaso tengamos en tales ideas uno de los frutos más excelsos de aquel conocimiento del mundo y del hombre, que es ya título suficiente para que veamos en el Renacimiento de Italia el guía espiritual de nuestro tiempo.”

Estas ideas, con las que termina *la cultura del Renacimiento en Italia*, son la mejor confirmación de nuestra crítica. La existencia de esa religiosidad que Burckhardt se muestra incapaz de comprender, justifica ataques de tipo romántico, como

el de Landsberg. "Si Burckhardt acierta en su explicación del sentido verbal, el Renacimiento ha sido, en efecto, un renacimiento, el renacimiento de aquella cristiandad antigua, que constituye la verdadera idea de la Edad Media.

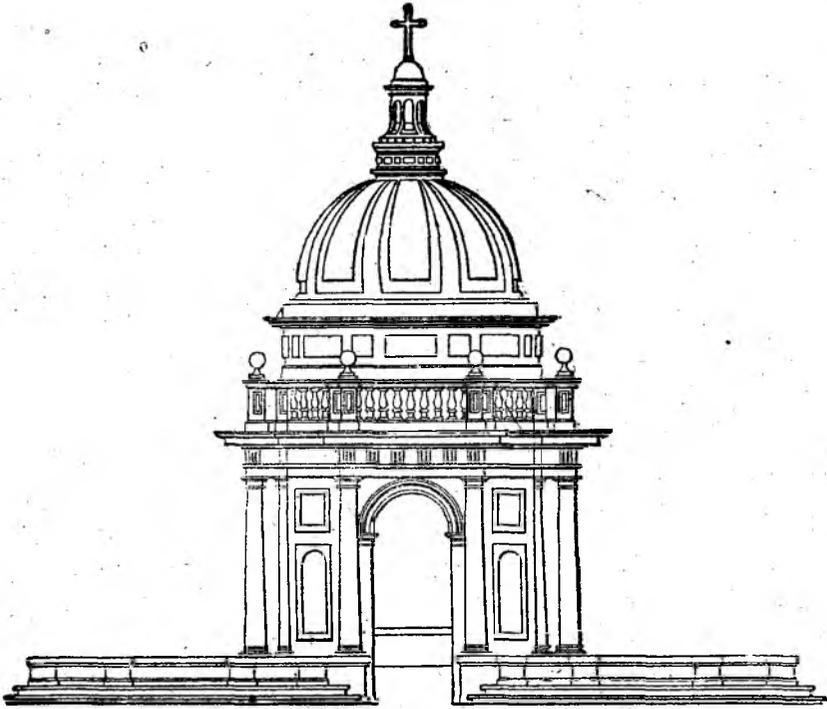
Sin llevar la crítica a este extremo, es evidente que Burckhardt, privado de la sugestión de sus evocaciones estéticas, no ha logrado comprender íntegramente el Renacimiento. La idea que ha desarrollado está lejos de destruir la Cristiandad. Hemos visto brotes de la moral epicúrea y manifestaciones de racionalismo, pero insuficientes para adueñarse totalmente del pensamiento ante la enérgica defensa de la Contrarreforma.

Incluso la aparición del Estado que él llama moderno, como obra reflexiva, como obra de arte, no llega a destruir la idea de la Cristiandad. El Estado nacional necesitará de la Reforma para quebrantar el universalismo cristiano, cosa que no se consigue hasta la derrota española en el siglo XVII. Entonces es cuando se quiebra definitivamente la comunidad cristiana universal, la Idea supranacional europea, por la que se batió Carlos V.

Los siglos XVI y XVII viven bajo el influjo de la Cristiandad. Tampoco aquí el Renacimiento ha logrado el triunfo de lo moderno. ¿Qué queda, pues, del Renacimiento de Burckhardt, una vez liberado del ilusorio cuadro que tanto deleitó al esteticismo contemporáneo? El gran historiador sintió también el fracaso de su idea al observar cómo desaparece toda su quimérica construcción cuando se decide a reflexionar sobre el siglo XVI. Escribe entonces con un tono quejumbroso, que refleja lo endeble de toda su concepción moderna del mundo:

"El impulso cultural del Renacimiento no pudo llegar en Italia a su completo y normal desarrollo, impedido éste por la ocupación extranjera y por la Contrarreforma, que vinieron a interponerse. Es probable que de no haber sucedido así las cosas, ese impulso hubiera logrado por sí mismo eliminar enteramente todas las locuras fantásticas de que hemos venido tratan-

do. Quien sostenga la tesis de que la ocupación extranjera y la reacción católica fueron fenómenos necesarios, la culpa de los cuales es imputable necesariamente al pueblo italiano, pensará también que los daños espirituales que de esos fenómenos resultaron, representan el justo castigo de que se hizo acreedor dicho pueblo. *Habrá que lamentar, en todo caso, las pérdidas enormes que esto representó para Europa.*"



Poesia

Rafael Morales: *Poemas del toro.*—Ettore de Zuani: *Caracteres de la literatura italiana contemporánea.*—Hans Friedrich Blunck: *Junto al dique.*

POEMAS DEL TORO

POR

RAFAEL MORALES

1

EL TORO

***E**S la noble cabeza negra pena,
que en dos furias se encuentra rematada,
donde suena un rumor de sangre airada
y hay un oscuro llanto que no suena.*

*En su piel poderosa se serena
su tormentosa fuerza enamorada,
que en los amantes huesos va encerrada
para tronar volando por la arena.*

*Encerrada en la sorda calavera,
la tempestad se agita enfebrecida,
hecha pasión que al músculo no altera:*

*es un ala tenaz y enardecida,
es un ansia cercada, prisionera,
por las astas buscando la salida.*

TORO DE AMOR Y AUSENCIA

*Tu ausencia está en mi sangre y en mi vida,
hecha forma de toro enamorado,
que embiste por mis huesos desbordado,
buscando por mi pecho la salida.*

*Y este toro constante en la embestida
te busca por mi piel ensangrentado,
te busca por mi frente, te ha buscado
por estos labios que tu amor olvida.*

*Toro de amor, de llanto, de tristeza;
toro inclemente en loco desvarío,
no busque su presencia tu fiereza.*

*Secóse el dulce arroyo en el estío:
no besarán mis labios su pureza,
tan sólo amarga tierra, ¡toro mío!*

TORO EN LA PRIMAVERA

*¿Quién serena tu sangre y valentía?
¿Quién serena tus astas, tu coraje?
¿Cómo quedóse quieto el oleaje
de esta sangre tenaz siempre en porfía?*

*Una tranquila y lánguida armonía
tiene tu corazón con el paisaje,
que extiende largamente su ramaje
como un vuelo parado en su alegría.*

*¡Qué apacibles tus astas luchadoras
entre el viejo encinar meditabundo
cargado por el peso de las horas!*

*¡Qué profunda la luz y qué profundo
el silencio del aire en que tú moras
ajeno y olvidado de este mundo!*

4

A UN TORO VIEJO

*Tanto valiente amor tuviste preso
en el testuz tenaz y atormentado,
que me aflige el pensar que lo has trocado
en llanto y en dolor y en grave peso.*

*Tú naciste huracán de plomo espeso,
ardentísima luz, aire angustiado,
y la noche del tiempo ya ha empezado
a crecerte en la carne y en el hueso.*

*Doblarás tu cabeza, ya vencida;
tus nobles huesos quedarán desiertos,
y en seca flor tu sangre convertida.*

*Y unos aires oscuros, largos, yertos,
empujarán tu corazón sin vida
al misterioso túnel de los muertos.*

EL BUEY

*La tarde desolada va cayendo
sobre tus cuernos, mustia y dolorida,
y en tus huesos cansados va creciendo
el amargo sabor que da la vida.*

*El rumoroso mundo que estás viendo
con su sonora carne te convida,
y tú del dulce mundo vas huyendo
para halagar la mano que te cuida.*

*Buscó el amor regiones más amenas,
y dejándote el yugo por amigo
abandonó en tu sangre lentas penas,*

*quedándote tan sólo por testigo
la fría soledad de las arenas,
el cielo grande y el rumor del trigo.*

TOROS EN LA NOCHE

*Cuajado de tristeza y de agonía,
el encinar rotundo y soñoliento
hunde su soledad en este viento
amargo de la verde serranía.*

*Y la noche de hierro, sorda y fría,
parece que se pone en movimiento
cuando siente en su carne el turbulento
mugir de fieros toros en porfía.*

*Toda la noche suena y se estremece,
y fundida con toros y paisaje
rueda redonda, caudalosa crece.*

*Todo el campo se inflama de coraje
y el viento tormentoso bien parece
un pecho desgarrado en el ramaje.*

7

LIDIA

*¡Oh qué templado lance, qué revuelo,
qué embite tan feroz y tan valiente
bajo el trapo fugaz que el toro siente
imitando en el aire un breve cielo!*

*¡Oh cuánta furia, cuánto desconsuelo
en el toro que embiste nuevamente,
hecho negro relámpago caliente
que puebla de rumor ardiente al suelo!*

*Mas el ansia tenaz y desbordada
del fiero corazón que va burlado
no saciarás jamás, ¡triste porfía!*

*Que tienes ya en tu carne la estocada
y vas hacia la muerte derrotado,
acornalando el aire en la agonía.*

PICADOR

*Qué arrebató de roca desgajada
lleva tu negro cuerpo hacia el jinete,
y cómo con su pica te somete,
te vence y te detiene la cornada.*

*No queda tu esperanza eliminada
por la tremenda puya que te mete,
y el asta derrotada le acomete,
volviendo pesarosa y engañada.*

*No cesas de empujar; tu sangre brota
poderosa y febril, altiva, fiera,
mientras gime la puya casi rota.*

*Y aunque tu corazón se desespera
al ver ya la esperanza tan remota,
no abandona la pica traicionera.*

TORO SIN MAYORAL

Al vaquero muerto Martín de
la Torre.

*Has de llorar, oh toro, en la ribera
del afligido, suspirado río,
que en una noche lívida de estío
se llevó al mayoral que te quisiera.*

*Y quizá, bravo toro, más valiera
que te llevase a ti por su sombrío
y verde corazón de nardo frío
hacia una misteriosa primavera.*

*¡Oh poblador oscuro de la pena!,
¡oh gemebundo toro sin contento!,
¿oyes su corazón bajo la arena?*

*¡Oh tú, afligido toro ceniciento!,
¿oyes su voz de mando en la serena
soledad luminosa de este viento?*

10

CHOTO

*Corre feliz el choto por el prado,
ajeno aún al dolor y a la tristeza,
sintiendo ya que brota en su cabeza
el cuerno temeroso y afilado.*

*Siente su corazón todo inundado
de un ansia nueva que a crecer empieza,
y siente concentrarse su fiereza
en el joven testuz ensortijado.*

*No sabe cómo fué, cómo ha surgido
este imprevisto afán, este ardimiento,
y lanza loco un cálido mugido.*

*Siente un febril impulso, un gran contento,
mira y contempla todo sorprendido
y da el primer embite para el viento.*

11

AGONIA DEL TORO

*Una mano de niebla temerosa
llega a tu corazón doliente y fría
y aprieta lentamente, como haría
el aire más sereno con la rosa.*

*Su dulce sombra mansa y silenciosa
sube a tus ojos su melancolía,
apagando tu dura valentía
en la pálida arena rumorosa.*

*La dura pesadumbre de la espada
no permite siquiera tu mugido:
poderosa y tenaz está clavada.*

*Tú ves cerca de ti a quien te ha herido
y tiendes tu mirada sosegada
sin comprender, oh toro, cómo ha sido.*

TORO EN EL BRONCE

*¿Quién pudo, quién, parar la primavera?
¿Quién pudo, quién, encarcelar el viento?
¿Y quién pudo hacer siglo este momento
en tu noble cabeza justiciera?*

*Tu inclemencia la tienes prisionera
en el bronce rotundo y sin aliento;
tienes encarcelado el movimiento
por esta nueva carne duradera.*

*Has quedado del tiempo compañero,
con el alma parada en el mugido
que levantas al aire, prisionero.*

*No te podrás marchar, que estás prendido
por el bronce callado y duradero,
contra toda mudanza y todo olvido.*

CARACTERES DE LA LITERATURA ITALIANA CONTEMPORÁNEA

POR

ETTORE DE ZUANI

QUIERO hablar de la literatura italiana de hoy, de los caracteres, de los espíritus y de los valores actuales, y lo haré con serena objetividad, o por lo menos con aquella serenidad y objetividad que son posibles tratando un tema en el cual cada uno de nosotros no puede prescindir de sus inevitables simpatías; la imparcialidad en la crítica de los valores contemporáneos es siempre imposible, y, por lo demás, es también natural que nuestra generación, viviendo la dramática existencia de hoy, sea más bien parcial y apasionada en sus juicios que fría y neutral.

De todas maneras, nada de exaltaciones y de tonos laudatorios; yo quiero ser, sencillamente, un cronista: relación sobre las cosas literarias de Italia; lo que se ha hecho, lo que se hace, cuál es el ambiente y cuáles las tendencias en estos últimos veinte años de vida fascista.

Y, antes de todo, he aquí la pregunta que muchos podrán dirigirme: ¿Existe en Italia una literatura fascista?

Contestar no es fácil, y, por lo demás, nadie de los que me escuchan podría esperar de mí una rotunda afirmación; sería demasiado superficial, casi cursi; y los impacientes, los que creen que la literatura pueda ponerse frente a los movimientos nacionales como la banda militar frente a las tropas que desfilan, son los que a menudo confunden comprensión con propaganda, interpretación con exaltación. No es cuestión de adherencia o in-adherencia al propio tiempo, sino de arte bueno o arte malo. Que es lo que más importa. Cuando Mussolini, hace ya muchos años, pronunció en un convenio de escritores estas palabras: “Es necesario que los autores italianos, en cualquier forma de arte o de pensamiento, se manifiesten verdaderamente y profundamente *intérpretes* de nuestro tiempo”, quería hablar precisamente de *interpretación de una época*, realizada por la íntima fuerza de una obra de arte, y no de una superficial traducción de la política al arte.

Lo que importa, en suma, no es tanto la propaganda directa del movimiento revolucionario, sino más bien el modo con que la Revolución ha influido en el mundo interior del artista, en el contenido y en las formas de sus obras. Y, naturalmente, hay que prescindir de toda retórica, de todo artificio de cierta literatura amanerada, a menudo superficial, casi siempre fuera de tono; lo que, en cambio, es justo pedir a los escritores es que sepan vivir e interpretar sinceramente nuestro tiempo, fuera de la crónica y de los tonos laudatorios, dentro de la fantasía y de la imaginación; no es la insignia fascista lo que se quiere, sino otra cosa mucho más difícil: un *espíritu fascista*, que, aunque por el momento no se advierta, sea como la luz dentro de la cual se muevan, bien enfocados, en perfecta armonía, hombres, hechos, ideas.

El Arte —ha dicho Bontempelli—, aun cuando cree ser autónomo, es un espontáneo complemento de la acción humana; esto es, de la política. Sólo dejándole esta función y esta espontaneidad se podrá llegar a un verdadero arte, y, por lo tanto,

a un arte que pueda válidamente contribuir a la formación del Estado.

Inmediatamente después de la postguerra, las condiciones de la literatura italiana eran más o menos las siguientes: en el centro, el clamor del futurismo, Marinetti en plena batalla; de un lado, la degeneración del *dannunzianesimo* con una artificiosa sensualidad lírico-burguesa; del otro, todas las derivaciones de la lírica crepuscular que tiene sus raíces en la poesía de Giovanni Pascoli. Más o menos, tres aspectos de un mismo romanticismo.

Italia ha tenido siempre poco romanticismo, ni siquiera en su época áurea, en pleno siglo XVIII; pero de su poco romanticismo ha hecho siempre enfermedades súbitas, agudas y regeneradoras. Tal fué el ejemplo del futurismo y de aquel movimiento de artistas, de escritores y también de hombres políticos que se reunieron alrededor del *Leonardo* de Papini, de la *Voce* de Papini, Prezzolini y Soffici, y, finalmente, de *Lacerba*, el periódico en el cual se encontraban juntos los futuristas puros e intransigentes de Marinetti y los futuristas de ocasión como Papini, Palazzeschi y Soffici.

Fué en los primeros años de la postguerra, en pleno carnaval del mal gusto literario, que era una consecuencia del desorden, de la anarquía, de toda la tragedia social y moral que se vivió en Italia antes de la marcha sobre Roma, cuando apareció una revista, la *Ronda*, con un programa netamente distinto y en franca oposición con los caracteres estéticos del tiempo: dannunzianismo, futurismo y crepuscularismo.

La *Ronda*, por las circunstancias políticas y por el clima ético en que surgió, tenía entonces algún parecido con ESCORIAL: estamos en un mismo plano, en un mismo orden de ideas, en una misma nobleza y aristocracia de principios: reconstrucción, se-

riedad en los estudios, vuelta a la tradición, entendiendo por *tradición la continuidad de los más altos valores espirituales e históricos de la vida nacional*. Hay tradicionalistas por pereza, y hay tradicionalistas por orgullo y por dignidad: “tradición —escribió una vez Bontempelli— no significa repetición, sino continuación y renovación”.

Y Vincenzo Cardarelli, que fué director y animador de la *Ronda*, escribía entonces: “Ya ha terminado el “Risorgimento”. Ahora estamos bien vivos. Se puede volver al verdadero sentido de la tradición. Que no es, en suma, sino el sentido de la responsabilidad histórica y la capacidad y el deseo heroico de sostener su peso.”

Cuando apareció la *Ronda* se habló de “torre de marfil”, de literatos encerrados en su mundo fantástico y apartados de la vida; pero después fueron los propios hombres de la *Ronda* —Cardarelli, Riccardo Bacchelli, Antonio Baldini, Emilio Cecchi, Bruno Barilli, Ardengo Soffici, Alberto Savinio, etc.— los que dieron a las letras italianas, después del carnaval chabacano en el cual las habían traído los fáciles novelistas burgueses, el sentido del orden, de la disciplina y de la dignidad artística y moral.

Cierto; Vincenzo Cardarelli, que es hoy uno de los escritores italianos más discutidos, no es fácil, no es escritor, como se suele decir, para público; quiere lectores preparados, cuidadosos, de buen gusto; no conoce el arte de cautivarse las simpatías; pero su prosa lírico-fantástica tiene una potencia de sugestión que sólo se encuentra en los grandes modelos de nuestra literatura clásica.

La *Ronda*, que se publicó durante cuatro años —cuatro años de nobles y duras batallas—, fué como la preparación ideal de esta literatura nueva, fuerte, viril, a la cual hemos llegado hoy día; era necesario sobre todo aclarar posiciones y valores, evitar la confusión en que se había caído entre literatura y mercado

de la literatura, y oponer también una barrera al desbordante dannunzianismo que había llegado como un peligroso veneno hasta a los más mediocres calígrafos.

De Cardarelli es también la teoría de la lengua literaria, de derivación leopardiana (en un fascículo de la *Ronda* se publicó un amplio extracto del *Zibaldone* de Leopardi) contra la vieja fórmula manzoniana de la lengua derivada del lenguaje popular, hasta del vernáculo florentino. “Nosotros —dice— queremos una lengua histórica y literaria viva, no en el uso del pueblo, y tampoco del pueblo culto de Florencia, como comúnmente se cree, sino en las obras de los grandes escritores que saben aceptar íntegra toda responsabilidad. Sólo esta lengua es viva, y muerta por el contrario es la lengua a la cual falta el aliento del genio creador.”

Es cierto que desde el principio y durante los cuatro años que se publicó, el carácter de la *Ronda* fué netamente polémico: batalla contra las academias, batalla contra toda cursilería literaria; pero este es un aspecto propio de la literatura y de la crítica militante italiana; el Papini del *Leonardo* y de las *Voce*, el Papini que no perteneció a la *Ronda* tal vez porque en aquellos años vivía su profunda crisis religiosa y preparaba la *Historia de Cristo*, había sido el gran maestro; y no es maravilla que algunos de los mejores escritores de la *Ronda* hayan hecho sus primeros ensayos en las revistas de Papini: Ungaretti, Savinio y Soffici.

Pasaron los tres por las experiencias futuristas, como casi todos los artistas de nuestra generación; pero también este fenómeno es muy natural, y Bontempelli lo explicó en su *Avventura novecentista*, tratando de la literatura de vanguardia, con dos teoremas de tono paradójico:

Primero. Ningún artista puede creer que hace algo verdaderamente efectivo si no ha pasado con todo su bagaje espiritual a través de la llamarada del futurismo. Quien se acerca a este in-

endio se encuentra siempre en estas posibilidades: o quemarse en medio de las llamas y continuar agitándose en una perpetua exaltación destructora, o tener miedo a las llamas y volver en seguida hacia atrás, o pasar a través del fuego y continuar después su camino. Estos hacen válido el teorema.

Segundo. El camino útil por el cual se puede entrar en el fuego y salir con nuevas fuerzas y nuevo aliento vital, es el camino de la *línea tradicional*.

He aquí cómo algunos de los mejores futuristas pudieron entrar, después de las palabras en libertad y de las experiencias post-románticas y post-impresionistas, en el templo de líneas neoclásicas de la *Ronda*, que tenía a Leopardi en su altar más excelso.

Naturalmente, los profanos —y entre estos profanos hay también algunos profesores de Literatura—, creen que todavía Ungaretti, Savinio, Soffici y hasta Cardarelli continúan siendo soldados en el batallón de asalto de Marinetti; porque no hay nada peor en literatura que pertenecer a una escuela; se corre el riesgo de quedar momificado, clavado como en una cruz, decía Pirandello, para toda la vida.

Ya sabemos que el único que queda en medio de la llamada del futurismo, agitándose continuamente en una perpetua exaltación renovadora, es Marinetti, el gran Marinetti: Marinetti el bueno, el amigo de todos, que tiene algo de la fe de Don Quijote; Marinetti, que, entre los pocos supervivientes ya jubilados de su futurismo, tiene la ingenuidad y el candor de un recluta; firme en su trinchera, firme entre las ruinas del que fué su campo de batalla, Marinetti, con el bicornio académico, general de todos los jóvenes que tienen veinte años y quieren evadirse, quieren quemar; Marinetti, maestro de grandes y heroicas aventuras, al cual todos debemos lo mejor de nuestra juventud, en la crisis más aguda de nuestro romanticismo.

Además de los que he recordado, dos de los mejores discípulos de la *Ronda* son Ricardo Bacchelli y Antonio Baldini; ambos han entrado ahora en la Real Academia (otro académico "rondista" es Emilio Cecchi, y hay también un sillón que espera a Ungaretti, que ha estado hasta el año pasado en Brasil profesando una cátedra de literatura italiana en la Universidad de San Pablo); pero ni para Bacchelli ni para Baldini la Academia es templo de ilustres veteranos.

Bacchelli es nuestro gran novelista, de pura tradición manzoniana: la misma agudeza, la misma ironía un poco amarga, con una admirable claridad de estilo y de construcción sintáctica; él también, después del mal gusto del carnaval del inmediato postguerra, se había retirado en penitencia cuaresmal para purificarse en ejercicios espirituales a la sombra de los buenos clásicos, que entonces parecían como momificados entre las vendas académicas y profesoras. Se sabía de un Bacchelli autor de fantasías y de fábulas colorísticas (recuerdo un librito suyo, ahora bastante raro, *Lo sa il tonno (Lo sabe el atún)*); pero nadie tal vez esperaba de él novelas verdaderas, de construcción y de composición tradicional. "Un buen día —escribe Antonio Baldini en un libro titulado *Amici allo spiedo*—, Bacchelli no supo satisfacerse con un público excepcional, y pensó llegar hasta el de los domingos: del público que come almendras y saladillas y sabe aplaudir en los teatros populares."

Verdaderamente, para leer una novela de Bacchelli se necesita un público de categoría un poco más elevada y de gusto más fino; de todos modos, encontrando el camino de la novela, Bacchelli ha perseverado hasta hoy con amor y constancia (recordamos entre sus mejores novelas *Il diavolo al Pontelungo*, *Una passione coniugale*, *La città degli amanti*, *Oggi domani e mai*, *Iride*, *Mal d'Africa*, *Il molino del Po*), y por lo que se refiere al público, estoy seguro de que quien no lee sólo para pasar el rato o para descubrir secretos de experiencias amorosas, re-

conocerá en él a uno de los más geniales constructores de novelas de nuestro tiempo. “El arte del novelista —escribió en cierta ocasión el mismo Bacchelli— es filosófico, en cuanto muestra en casos minúsculos las reglas de los grandes hechos.”

Distinto es el caso de Antonio Baldini, autor de pocos libros, de contadas páginas, pero casi todas dignas de antología, que en la *Ronda* representó, se puede decir, la extrema derecha: serenidad olímpica, tono conciliador también en las polémicas, el anti-Marinetti y el anti-D’Annunzio; pero con gran respeto, tanto para el creador del futurismo cuanto para el héroe del Vittoriale, el gran poeta soldado; el escritor del equilibrio, del buen sentido y de la armonía entre la lógica y la fantasía.

En 1937 fué premiado con el “Premio Mussolini”, que es el mayor que se otorga en Italia, y en 1939 entró en la Real Academia de Italia; desde hace algunos años es redactor de la *Nuova Antologia*, la más antigua revista italiana, dirigida por Luigi Federzoni. Su libro más significativo es *Michelaccio*, que es inmediato a la postguerra y acaba de reeditarse en estos días: Michelaccio se podría llamar el pícaro de la ociosidad, del *dolce far niente*, una fábula irónica llena de humanidad y de simpatía, la novela del héroe sin heroísmo, del personaje sin acción.

Pero sería también demasiado superficial confundir a Baldini autor con Baldini personaje de sus fantasías; Baldini es el artista que tiene la gran virtud de la discreción, que sabe lo inútil y peligroso que es, en la difícil profesión del artista, hacer derroche de palabras. Y bastaría volver a leer sus primeros libros, *Nostro purgatorio* (uno de los mejores diarios de la primera guerra europea) para comprender que nada, ni una palabra, ha sido escrita en vano.

“No aburrir, no pesar nunca, siempre le pareció norma de buena vecindad”, escribió hace un par de años con motivo de la muerte de Alfredo Panzini; y Panzini, entre los autores modernos, era el hombre y el artista con el cual tenía mayores afi-

nidades; él también podría tomar para sí el mismo lema, que vale tanto para la vida como para el arte. Se puede encontrar otro parentesco entre Baldini y Ludovico Ariosto, al cual el autor de *Michelaccio* dedicó en estos últimos tiempos un estudio crítico lleno de cálida simpatía; también a Ludovico Ariosto le gustaba más, como todos saben, quedarse tranquilo en su pequeña casa de Ferrara, fantaseando sobre los mapas geográficos, que ir por el mundo, a la manera de sus héroes, Orlando y Astolfo, con cargo diplomático en Hungría o con la dignidad de gobernador en tierras de Garfagnana.

No me es posible hacer aquí más que un panorama muy resumido de la literatura italiana de hoy, y, por lo tanto, dejando aparte los escritores de la *Ronda*, quiero señalar otro movimiento importante de estos últimos años, el *Novecento* de Massimo Bontempelli. Interesante el movimiento por su estética nueva, por sus batallas y por sus realizaciones; interesante el escritor que le dió vida y que representa sin duda uno de los más importantes valores literarios de nuestro tiempo.

Bontempelli es bien conocido en España: clásico en sus primeras experiencias juveniles (y recordamos un libro suyo de *Odas* de inspiración carducciana), fué después, alrededor de 1918, creador de un nuevo estilo humorístico, con algunas novelas y muchos cuentos (*Socrate moderno, Vita intensa, Vita operosa, Viaggi e scoperte, La donna dei miei sogni, Donna nel sole ed altri idilli, Galleria degli schiavi*) que son de las más singulares de nuestra prosa narrativa: composiciones fantásticas, bizarras, iluminadas de cálidos vuelos líricos; situaciones paradójicas y caricaturescas que se tornan inesperadamente lógicas y normales por virtud de imprevistos efectos descriptivos; páginas de prosa nítida y cristalina que se vuelven después ardiente poesía a través de la brillantez vívida y casi milagrosa de algunas

imágenes. Sus cualidades de escritor son sobre todo latinas y mediterráneas: es un humorista, pero no a la manera nórdica, tétrica y pesimista, sino a la manera de los países de la luz y del sol; un humorismo que está hecho de contrastes nítidos, evidentes, vivaces, en los cuales está siempre en juego una fantasía serena y optimista.

Bontempelli es ahora un hombre en plena madurez, pero entre los jóvenes es uno de los más audaces y discutido; suya es la máxima: "Viejo se nace; joven se llega a ser." Paradoja, pero para Bontempelli es una indiscutible verdad.

Mucho se ha discutido alrededor de aquel movimiento literario, artístico, espiritual que Bontempelli llamó del *Novecento*, pero ha habido también muchas equivocaciones; "inmediatamente —dijo Bontempelli— la palabra misma ha sido estropeada por los fabricantes de muebles estilo 900".

¡Y hubiesen sido sólo fabricantes de muebles! Algunos críticos, los que quieren entender siempre demasiado, empezaron a hablar del *Novecento* como del futurismo o de los palabras en libertad; porque es fácil decir de todo cuando no se entiende: es futurista. Más o menos, eso es lo que dicen ahora los burgueses de la poesía hermética. Al pobre Marinetti se le echan encima todas las culpas; Marinetti, aquel hombre al cual se le lanzaban tomates en el teatro; y se confunde, se dicen disparates; porque sobre las ideas viejas se descansa muy bien y se duermen sueños tranquilos, mientras el despertar es siempre un poco amargo.

"Novecentismo —dice Bontempelli— es la eterna y fatal tendencia mediterránea a simplificar, a hacer todo claro, aéreo, a la riqueza hecha de perpetua movilidad, a mezclar siempre un poco de cielo a las cosas de la tierra, y de misterio a todo lo que es realidad demasiado escueta, a crear cada hora de la vida cotidiana como estrofa de un mito poético."

Programa ardiente al cual Bontempelli ha sido siempre fiel, con un entusiasmo siempre creciente, en más de veinte años de

creación artística y de batallas literarias; la realidad mágica (este sería en suma el *Novecento*) dentro de la cual se mueven todos los personajes de sus novelas, está toda en este querer poner siempre un poco de cielo entre las cosas de la tierra (“la vida cotidiana y normal nosotros queremos verla como aventura y milagro, riesgo continuo, y continuo esfuerzo para salvarnos”); el verismo, o realismo, como se quiera llamarlo, dice Bontempelli, se identifica con el “disfatismo”, y las obras cumbres de nuestro genio han sido siempre creadas bajo el signo de la fantasía, porque el espíritu italiano es solar, tiende a lo heroico y a lo imaginativo.

Y en esto, sea dicho entre paréntesis, Bontempelli estaría en desacuerdo con Azorín, que recientemente, en uno de los últimos números de *Santo y Seña*, afirmaba que hoy día hay una crisis de la literatura de imaginación, la cual crece y prospera en las épocas en que se sueña, y decae en las épocas de acción como la presente.

Por el contrario, afirma Bontempelli, nuestro siglo, nuestra época dramática y guerrera, representa la revancha de la fantasía sobre la realidad, el triunfo del espiritualismo sobre el positivismo, de la fe sobre la incredulidad, del mito sobre la novela burguesa. “El arte tiene hoy día el cometido de descubrir y crear nuevos mitos, nuevas fábulas que darán una nueva juventud a nuestra época. El siglo pasado, nobilísimo siglo, ha sido el siglo del hombre como realidad simple y como naturaleza. Nuestro siglo, aunque bien arraigado en la realidad, será el siglo del hombre como imaginación y como aventura.”

En esta noble batalla crítica Bontempelli ha tenido, siempre muchos adversarios que lo han acusado de cerebralismo, de escasa humanidad, de estar demasiado adherente a la tierra, etc.; no importa; además de sus obras narrativas, Bontempelli nos ha

dato algunas de las mejores páginas polémicas de nuestra literatura; y su libro *Avventura novecentista* es verdaderamente la novela de su fe y de su pasión literaria, a la manera de Chesterton, el cual escribió en su autobiografía: "Yo no podía ser novelista porque en verdad me gusta ver ideas que luchan desnudas y no disfrazadas como en una mascarada de hombres y mujeres."

Y en cuanto a batalla de ideas, en los libros de Bontempelli no podríamos desear más: hábil dialéctico, lógico, sencillo, claro también en las afirmaciones más audaces y paradójicas, su crítica se pone valientemente frente a todos los argumentos del arte y de la vida; no es sólo literatura, poesía, teatro, música, pintura, arquitectura, sino también costumbre, ética de la vida; el programa del *Novecento* está perfectamente encuadrado en el orden nuevo creado por el fascismo: revolución en lo profundo de las conciencias y no solamente en las formas.

Y también en esto el *Novecento* ha sido para nuestra generación (para mí es motivo de orgullo que Bontempelli me haya incluido en sus filas, como colaborador de su revista 900) escuela de optimismo, de juventud, de audacia y de fe.

Uno de los escritores más interesantes de esta generación, que se ha formado a la escuela del *Novecento*, aunque alguna vez en contraste con Bontempelli, es Curzio Malaparte, nombre de fama universal, uno de los escritores más discutidos de nuestro tiempo, y no tan sólo por motivos literarios. Si Curzio Malaparte hubiera vivido en pleno Renacimiento, hubiera sido tal vez un gran capitán de aventura. Comenzó a escribir dando batallas, y hasta que Dios le dé vida creo que para él usar la pluma o espada o fusil será siempre la misma cosa.

Veamos tan sólo los títulos de sus obras principales (Malaparte tiene ahora cuarenta años): *La rivolta dei Santi maledetti*, *L'Italia barbara*, *Avventure di un capitano di ventura*, *L'Arcitaliano*, *Intelligenza di Lenin*, *Sodoma e Gomorra*, *I custodi del disordine*, *Technique du coup d'état*, *Le bonhomme Lenin*, *Fughe*

in prigione, Sangue, Donna come me. Escribir, para él, quiere decir siempre buscar aventuras y riesgos, dar cuerpo a las sombras, hacer revivir mitos, suscitar fantasmas; y figuras y recuerdos están iluminados de una cálida luz meridiana, entre colores violentos y relámpagos de fuego.

Personalidad inconfundible, desde su primera adolescencia; desde el Colegio Cicognini de Prato, en Toscana, el mismo colegio donde fué educado Gabriel D'Annunzio, a la Legión Garibaldina en las Argonnes, voluntario de guerra a los diecisiete años: desde las batallas de Polonia contra los bolcheviques al "manganello" fascista en los primeros años de nuestra revolución.

¿Desde cuándo está Malaparte en escena? Desde siempre, podemos decir nosotros, que tenemos casi la misma edad; pero es como si él hubiera vivido el doble: la guerra y los viajes, las expediciones punitivas y la literatura clásica, *strapaese* y *stracittà* (eso es la tradición rural de una Italia agrícola, geórgica, y la tradición cosmopolita), Toscana, Francia, Inglaterra, la poesía popular de sus *cantate* y la prosa sutil y maliciosa, exquisitamente maquiélica, de la *Técnica del golpe de Estado*. (De este último libro se han hecho hasta hoy treinta ediciones y ha sido traducido en todos los idiomas.)

Estilo viril, áspero, duro, hasta cruel, revolucionario; pero Malaparte vió realizada su revolución espiritual en la revolución popular de las camisas negras, en el genio de Mussolini; fué escuadrista en los días en que los italianos combatían su batalla cotidiana contra los comunistas; fascista de los más combativos en tiempos de la marcha sobre Roma.

Ahora Malaparte es periodista (enviado especial del *Corriere della Sera* en Rusia); otra vez para él la literatura es acción, combate, aventura. Es también director de una revista de vanguardia —en la cual ya han aparecido muchas traducciones de poetas españoles—, *Prospettive*, y su último libro de cuentos y fantasía tiene el raro título de *Donna come me*.

Bastarían los nombres de Bontempelli y Malaparte, que fueron los fundadores de la primera revista *Novecento*, para dar un carácter, para definir las nuevas tendencias de nuestra literatura de hoy día. “La revolución fascista —ha escrito un poeta de la nueva generación, Marcello Gallian— es un golpe de arte irremediable”; y hay que tener siempre presente este espíritu revolucionario para comprender y juzgar también nuestra poética y nuestra literatura. No hay hoy día ni torres de marfil ni castillos encantados; no hay más poetas solitarios, incomprendidos, “malditos”, como en los años del último fúnebre romanticismo: el Arte se ha acercado a la vida, y de la vida ha comprendido el íntimo sentido y el drama heroico, encontrando en ella aquel calor, aquel humor fuerte y generoso que había perdido tal vez en los años de los preciosismos y de los caligrafismos, cuando sólo parecía digno de arte lo que estaba fuera del mundo, lejos de la vida de los comunes mortales. Hasta la crónica puede llegar a hacer poesía cuando se transporta a una atmósfera ideal donde realidad y sueño, haciéndose mito puro, pura fantasía, se transforman en superior verdad poética.

Este es nuestro panorama literario, nuestro clima estético; y no me parece atrevimiento afirmar que también los escritores y artistas españoles se encuentran en una situación parecida: su revolución, como la revolución fascista, es un golpe de arte irremediable, es sobre todo una revolución de juventud, y toda juventud cree en la eterna poesía del mundo.

JUNTO AL DIQUE

FOR

HANS FRIEDRICH BLUNCK

INA Olders sentía cómo le iba trepando, poco a poco, el rayito de sol por encima de los almohadones a cuadros multicolores hasta llegarle a la frente y el cabello. Eso la despertó, si no fueron las voces que oía en su cuarto: era algo como si volviese a encontrar aquel camino de sí misma que había perdido desde tiempo atrás.

Comprendió al momento lo que había ocurrido: había estado mucho tiempo enferma, cuando el nene muerto, y sintió, aun a medio despertar, el retorno a la consciencia en su cuerpo caliente, semejante al beso de este rayo de sol. Era tan bello ese volver en sí, ese primer despertar, sin dolor alguno, desde un mar de malos sueños, que apenas se atrevía a entreabrir los ojos; los guiñaba sólo un poco, a través de los tenues párpados, y no veía nada sino la luz clara y el brillo áureo de la cortina en la ventana de su cuarto. ¡Qué bello era todo!, y, sin embargo, qué cansada se hallaba todavía. Se estremecía al pensar que se le había ido su nene; pero, no obstante, el que todo hubiera pasado le era un consuelo. No; no tenía miedo de sí misma. Le parecía que todo tenía que haber pasado como había pasado; y ella no podía variar ya nada de lo ocurrido. Sentía gratitud hacia las voces del cuarto que se preocupaban de ella y hacia la tibia paz del rayo de luz posado sobre su frente.

Trató de darse cuenta de quiénes podrían ser los que estaban a su lado. Por la voz, parecían la señora vieja y el pastor. Pero al pensar

en esto —fatigada y un poco angustiada también—, Ina Olders cayó de nuevo en sopor. Era como si los pensamientos, que con pena y esfuerzo había reunido, se le desperdigaran de nuevo por todos los lados al modo de una marea.

De repente, hallóse en su casa del pueblo en la visita de Navidad, tan cercana y a la vez tan extraña, allí en el oeste, detrás de las dunas. Bramaba el mar en la lejanía, bebían y bailaban los pescadores, y ella vió a Kai Moller, al gigantón Kai, que pretendía bailar con ella un baile y luego otro. ¡No había mocetón más pesadote y más desmañado! Pero uno y otra se querían bien porque eran vecinos desde pequeños. También su padre, que había llegado al baile con los pescadores más viejos, miró serio a Ina. Tenía la expresión atormentada; ella cazó su mirada y se dió cuenta de que el padre aprobaba que bailase con Kai Moller. Cundió la animación y la alegría entre los antiguos conocidos y los amigos del pueblo; Ina Olders, la orgullosa e inabordable Ina, la mejor moza de la granja de aquel páramo, bailó hasta que el patrón encendió los faroles de gas, y los mozos tuvieron que acompañar a casa a las muchachas. Eran muy retozones los de su condición; pero sabían también ser dulces aquellos jóvenes pescadores.

Ina Olders temblaba. ¡Cómo podía dormir estando allí, en su cuarto, la señora! Oyó que ésta pronunciaba el final de la frase comenzada cuando ella se despertó por primera vez. ¿Tendría, acaso, que dar a entender que escuchaba? Se apercibió de que la señora estaba contando al pastor lo del niño muerto. Mejor era; ambos creían que ella dormía. Y, en efecto, durmió entonces de veras; sí, estaba soñando y vivía —en fuga interminable— todas las angustias de los últimos meses: los primeros secretesos, los cuidados, el desesperado disimulo de su estado ante los hombres ceñudos que la rodeaban, las noches y las lágrimas todas, la agitación angustiosa y el robado abandono cuando trabajaba entre las criadas o cuando había de estar con las doncellas, día tras día, en las habitaciones de los señores. Su alma vivía de nuevo todos los temores, y las preguntas aviesas, y las trémulas respuestas. Quería acusar, pero su boca se cerraba; quería huir hacia Kai Moller o hacia su padre, pero sus miembros pesaban como las piedras inmóviles. Allí estaba, sencilla, sin aliento ni posible salvación, y despertó de nuevo comprendiendo felizmente que todo había

pasado, que la señora y el pastor y todos los demás de su alrededor sabían ya que de nada valía ocultar. Y acaso era mejor así.

¿Y si abriera los ojos? Oía claramente ahora las palabras de la señora, más próximas que antes, cuando todo le llegaba aún tan confuso. “Hice lo que podía” —oyó—. “Ina era la mejor de las que he tenido hace ya mucho tiempo.”

“Qué rostro tan fino”, susurraba el pastor. A través de los párpados cerrados, Ina sentía que se volvió hacia ella. ¿Habría notado que enrojecía profundamente? La voz del hombre añadió: “Quiero hablar con el inspector para que no sea tan duro con ella. ¿Puede quedar aquí, verdad?” “Sí...”, respondió la señora. Ina Olders sabía muy bien por qué titubeaba la señora; no estaba muy segura del inspector. “Sí”, dijo nuevamente; “voy a ver qué es lo que se puede salvar”.

“¿Salvar?”, pensó la muchacha, y alguien como una voz rebelde repetía en su interior la palabra, cual si hablara Kai Moller. Pero, en el mismo momento, sentía Ina un humilde agradecimiento a que la señora no quisiera despedirla ahora, se preocupara de ella y hablara con el pastor de la pobre moza, nacida en una cabaña de pastores. Sí, Ina Olders era agradecida y humilde. Sentía como temor de todo lo que había ocurrido y de lo que pudiera llegar, y sintió su estado puro y alegre como una carga que se deja: ya podía abrir los ojos.

“Mira”, decía el pastor, y se colocó a la cabecera de la enferma de modo que ésta no pudiera verle. “Se da cuenta ahora de que todo habrá de ir muy bien.”

La señora estaba junto al lecho y arregló un poco el cobertor. ¡Qué de cuidados se tomaba por ella la noble señora! Ina Olders se lo agradecía con toda su alma; debió de sollozar, desde el fondo de su alegría; levantó los brazos y rodeó el cuello de la vieja señora. “Sí, sí”, respondió ésta confundida, acariciando la frente de la muchacha. “Muy bien, está muy bien.” Su voz dura y un poco autoritaria, que sonaba algo hombruna, era hoy casi dulce. “Ina, todo irá ya bien; te quedarás arriba, en las habitaciones.”

Los brazos de la muchacha cayeron, flojos. Mejor hubiera sido quedarse fuera con las de su condición. No podía aguantar a las doncellas, ni a aquel bigotudo inspector que venía a su cuarto. Quedaba muchas veces confundida si había huéspedes. Pero sentía que la señora pensaba bien y asintió con la cabeza, comprendiendo que haría todo

lo que se le pidiera. ¡Estaba tan extraordinariamente agradecida a las atenciones tenidas en su restablecimiento y a los rayos del sol, cálidos y acariciadores, que le caían ahora sobre los ojos!

Recuperaba las fuerzas rápidamente; quizá con demasiada rapidez. Fueron admirables aquellos tres días de reposo. Ina Olders estuvo completamente sola en su cuarto, con el pensamiento libre, viendo cómo los rayos del sol despertaban a la madrugada, rosáceos, en el blanco encajado de la habitación, arriba justamente, deslizándose por entre los marcos, y llenándolo todo, más anchos y más amarillos cada vez. ¡Qué de cabezas, de llamas y de arañas se podían ver en la cortinita blanca cuando la luz comenzaba a centellear y a moverse suavemente! ¡Qué graciosas eran también las manchas oscuras que serpenteaban entre aquéllas como renacuajos o bailaban como un galgo gigantesco delante de las volanderas gorras infantiles! ¿No había acaso allí ningún niño? No. Era una cueva de duendes lo que había: el duende estaba allí abajo y el viento del oeste le tiraba la gorra desde la cabeza al suelo. Qué cara más atontada ponía entonces. La enferma reía. Y sobre todo ello caminaban unas nubes chiquititas que el sol se iba tragando a medida que se tornaban más amarillas.

Cuando llegó el mediodía avanzaron los rayos del sol, de veras, hasta el lecho de Ina Olders. Era una delicia ver cómo entraban en el cobertor a cuadros y comenzaban a brillar en un tono dorado amarillento; ¡cómo se hacían transparentes las manos cuando se las tenía frente a la luz, y cómo era preciso estornudar, incluso, cuando el sol se divertía en asomarse hasta las ventanas de la nariz! ¡Ah, qué días más bellos y más tranquilos fueron éstos! Pero se fueron con demasiada premura.

Al tercer día vino el médico otra vez. Era un hombre sosegado y cordial. Le tomó el pulso; le pasó la mano un par de veces sobre la frente y dijo que ya todo iba bien. Tenía unos ojos muy alegres, tras los cristales de las gafas; brillaba la luz en ellos, y a través de la dorada montura los guiñaba a la muchacha. Sin embargo, ésta no podía decir que hubiera reposado aún otro día más a gusto. Era ya demasiado para ella, pensaba Ina Olders. Sabía muy bien cuánto quehacer había por allí fuera y la falta que hacía cada cual. Había podido pensar en esto, con frecuente angustia, ante el chapoteo de los cubos, las voces de los mozos y los gritos irritados de las criadas, que la despertaban temprano. Sabía muy bien que Lotte Beck trabajaba ahora en los

cuartos de los señores y no se daba abasto para quitar el polvo; y no había nadie más para fregar y arreglar los cuartos. No era realmente tiempo ya. Ina Olders intentó levantarse en cuanto desapareció el médico. Al pronto, no pudo; pero, al intentarlo de nuevo, hacia el anochecer, la sostenían ya los pies, y al día siguiente estaba, como siempre, ante el cuarto de la señora a la hora en que los mozos salían del patio para la labor del campo. Y cuando iba a los desayunos, cargada de encargos, había recibido ya su puesto y parte de trabajo. ¡Cómo hubiera podido quedarse ni una hora más en cama! Y cuando, después del desayuno, pasó corriendo la doncella con una larga lista de cosas urgentes, allí esperaba también el administrador, sombrero en mano y las espuelas calzadas en sus enormes botas altas. De su rostro obediente y gris surgían arrugas de interrogación: "Si la señora manda, podemos hoy..." Tuvo que reírse Ina Olders cuando le vio allí; pensó de repente que el pastor había querido hablar acerca de ella con este viejo muchachote pecoso y cano. (¡Cómo hubiera querido ver alguna vez sus caras juntas!) Pero mientras le escocía en la nuca una pudorosa picardía se sintió envuelta por la severa mirada de la señora. Despachaba el trabajo.

"Ina."

"Señora."

"Es una suerte que pueda usted trabajar de nuevo, Ina; cuando vaya usted el domingo a la iglesia no deje de dar las gracias al Señor, ¿oye?"

La muchacha inclinó la cabeza; dirigió hacia el inspector una tímida mirada. Le parecía que, tras el rastrojo de sus barbas, reía siempre en secreto. Todo el mundo sabía cómo le seguía los pasos. Mas parecía muy serio, y con cierta compasión Ina vio que también él podía ser bueno. Acaso era aquí arriba todo muy distinto de lo de abajo, en la granja.

"Quédese aquí en este cuarto; por ahí afuera no tiene nada que hacer."

"Sí, señora."

Cuando Ina Olders trabajaba abajo, en la granja, con frecuencia había tenido que ver también que la playa quedaba lejos. Y, en realidad, era muy duro el tener que prescindir de ella.

"Sí, señora", repitió otra vez.

Se había cerrado la puerta del dormitorio de la señora y la don-

cella seguía allí; oyóse un corto preguntar y defenderse. Ina Olders y el administrador escuchaban. Sus miradas vagaban de aquí para allá sobre el suelo, y de repente se encontraron. El viejo le hizo un guiño, con picardía bonachona. Levantó el dedo como cuando le prometía al pastor: “¿Ha comprendido usted?”

Quiso tomarle la mano, lealmente; pero su brazo cayó sin fuerzas; había demasiada hostilidad en los ojos de la muchacha.

“¡Qué tontería!”, murmuró, y trató de sonreír. Pero se notaba que aquella esquividad le agradaba. Tomó una cartera de papeles y se fué a la puerta. Cuando tenía ya el pestillo en la mano, se volvió aún hacia ella y, a través del bigote, le envió su sonrisa bondadosa.

Ina Olders sacudió la cabeza; sus cabellos dorados se le arremolinaban en la frente.

Se restableció con toda rapidez. Ocho días después, Ina corría de la mañana a la noche, incansable, por las habitaciones. No cantaba ya como antes. En estos cuartos no se cantaba. No se acaba de adaptar a la seriedad de la vieja señora ni a la cara feroz del administrador, que siempre entraban contando las historias más inauditas y más raras. Sólo de vez en cuando reía a gusto; era cuando el viejo, sacudiendo la cabeza o con un acento de queja, comenzaba a hablar de lo que ella ocultaba, o alababa, sonriendo, sus brazos ágiles, o bien soplabla sobre los cabellos dorados que se arremolinaban, rebeldes y crespos, por la frente y las orejas de la muchacha.

Franqueaba muy rara vez la puerta de la granja y había de ser siempre con premura y urgencia, bien que la señora necesitase ser acompañada o que una de sus sobrinas de la ciudad quisiera que le mostraran un camino de la pequeña finca. Ina Olders no quería ver a los mozos, ni a las criadas, ni a la doncella. Lo que se quedaba tras ella tenía que borrarse a cal y canto. Daba las gracias a la vieja señora y se apresuraba, incansable, de cuarto en cuarto; sabía encargar a la vez cien cosas y cepillar y quitar el polvo y golpear y coser.

Iba siempre a la iglesia. Todavía pensaba con temor en aquel primer domingo que hubo de caminar sin decir palabra por entre las criadas y los criados.

“¡Qué distinguida!”, había dicho, a su espalda, Fina Steffens.

“Ahora es también doncella de la señora”, había susurrado la gruesa Tile van Sommerkanmt. “No hubiera hecho lo mismo otra con esa facilidad.”

Los criados fueron muy buenos para con ella aquel día. Pero, al llegar a la entrada de la iglesia, estaba allí, en pie, Kai Moller, su compañero de baile de Navidad. Venía hacia ella y quería tomarle de la mano:

“¿Por qué no me habías dicho nada?”, preguntaba triste o colérico. Calló' ella, los ojos fijos en las puntas de sus zapatos. ¿Por qué no le habría dicho nada? No estaba tan lejos. Kai vivía con sus cuatro hermanos en la cabaña más chiquita, al final del pueblo. ¿Qué podrían hacer ellos? Allí no había espacio para más. Ella preguntó, sólo por dar una respuesta:

“¿Por qué no viniste siquiera una vez?”

Y le llegó como un gruñido:

“Estuve allí, sí; pero no me dejaron entrar, ¿sabes?”

Se pusieron en movimiento las criadas. Seguro que la señora bajaba ya de su coche. Ina Olders sentía que la sangre le quemaba; si no, hubiera estado bastante más tiempo, de buena gana, con Kai Moller. Pero, al volverse, su mirada se fijó en el pescador: tenía en los ojos lágrimas de cólera.

Después estuvo pensando mucho en esto y en quién habría echado en aquella ocasión a Kai Moller de la granja. Le hubiera gustado hablar con la camarera de la señora; pero era de la ciudad y parecía delicada y orgullosa. Decididamente no había nadie con quien poder hablar. Por otra parte, había demasiadas cosas que hacer para tener tiempo de pensar. Sólo a ratos, al anochecer y antes de quedarse dormida, se veía de nuevo en la puerta de la iglesia con Kai Moller y sus lágrimas en los ojos. La cara parecía tan salvaje que Ina se arrebujaba más entre las mantas. “No me han dejado llegar hasta ti”, decía el hombre que se hallaba ante ella. “¿Por qué no vienes a buscarme?”, respondía ella en sus pensamientos, y escondía, temblando, la cabeza en los almohadones.

El sueño de que Kai la vendría alguna vez a buscar la ocupaba con frecuencia. Veíase entonces ante la casa de su padre, oía bramar el mar salvaje, y a los pescadores que bailaban y pateaban hasta hacer retumbar la sala. O al día siguiente, cuando un pájaro lanzaba su agudo sonido por delante de la ventana de su cuarto; le agradaban las grandes gaviotas rapaces que estaban en el bajo brillando blancas al sol, o chillando en torno de los botes de los pescadores que se hacían a la mar.

Pero esto ocurría muy rara vez. Ina Olders tenía mucho que hacer; era ágil y agradecida; se alegraba de toda amistad que se le ofrecía. Una tranquila actividad iba con ella, y había en todo su ser una medida suave; todo el mundo la habría querido aun sin aquella cara fina y delgada que tan rara y extraña era entre los rudos pescadores y la gente ribereña.

Seguía, día tras día. La muchacha se hacía cada vez más imprescindible. Los forasteros que visitaban la pequeña finca la llamaban ya señorita, porque hacía siempre las veces de la señora. Hasta la camarera fué enviada un buen día a la ciudad. ¿Por qué se había de tener una doncella, si Ina Olders era tan hacendosa y eficaz como cualquier otra y, aparte de todo, encontraba siempre tiempo bastante para la señora?

Llegó el invierno, y el hielo del mar, la nieve y las grandes tormentas, cuando el corazón se angustia ante el temor de salir y ante los hombres que quedan fuera. Los días eran cortos; la blanca luz de la nieve se reflejaba en las ventanas, y la lámpara amarillenta había de comenzar su servicio temprano. La señora tenía entonces los ojos cansados. No podían servirle para leer durante toda la tarde. Una tarde que mandó traer a Ina Olders un libro de cantares, hubo de recitarle ésta una canción, y la vieja señora quedó complacida de la voz de la muchacha, cálida y entera. Cuando la soledad se apoderaba de ella, mandábale también a Ina que le cantara algo. Una vez, por cierto, tenía otro libro y lo hubo de leer Ina en voz alta, despacio, frase a frase. Había allí mucho bueno y malo, hombres salvajes y grandes ciudades de calles juntas, historias que a la muchacha le quitaban casi el aliento. Pero la vieja señora gustaba de oírla, y en una ocasión en que Ina Olders la miró con sus ojos de súplica, la acarició suavemente la frente, como queriendo alisarle el pelo crespo. Otra vez decía que se felicitaba de que el administrador hubiera dicho bien de ella; hablaba amistosamente del viejo gruñón: un hombre trabajador que había sufrido mucho, y a quien se le podía confiar la administración.

Ina Olders no comprendía nunca estas cosas; clasificaba a los hombres por lo que oía a las criadas, y no tenía demasiada confianza en ellos. Pero al oír hablar a la señora con tanta seriedad comenzó a reflexionar. Bien pudiera ser que aquel viejo fuera en realidad un hombre imprescindible. Al encontrarle de nuevo observó que po-

día hablar también con él de sus cuitas y que era útil. Así, a veces, les entraba a los dos un buen humor al forjar planes, y hablaban de las mejoras que para el verano habrían de hacerse por la cocina, las habitaciones y abajo por el establo y el granero. Otra vez le rogó el administrador que viera el sitio para el nuevo horno que habría de inaugurarse en primavera. Fué con él. Hacía un día de frío admirable. El sol era rojo sangriento tras los alisos desnudos, y la niebla oscurecía el cielo, pero la nieve brillaba clara, sin dejar de lucir en toda la amplia lejanía. Era hermoso el viento frío del mar; se podía tener nostalgia. ¿Cuándo viene a buscarme? —pensó Ina Olders de repente—, y temblaba como si Kai Moller hubiera de surgir enorme y con sus grandes brazos de las manchas de alisos para llevársela. “¡Oh, tengo miedo!”, dijo riendo; se sacudió e hizo como si quisiera volver hacia la puerta de la granja. El inspector le lanzó una mirada amorosa, la cogió del codo fuertemente y se dispuso a decirle algo. Pero no rompía a hablar una palabra. Rió entonces ella de su torpeza y, a toda prisa, se escapó por la plaza de la granja hacia la escalera.

Pero el viejo se puso muy triste; no se le vió durante algún tiempo, y se ponía melancólico o torpe cuando tenía que hablar algo. También la señora se enteró de la escapatoria de Ina y habló otra vez con calor y amistad de su administrador. Elogiaba a Ina, aunque se daba cuenta de que a menudo sus fuerzas la abandonaban y había de sentarse agotada en medio de la conversación.

Cuando llegó la primavera al país y pudieron beber por primera vez fuera el café del domingo, vino el pastor desde el pueblo y el administrador vistió una negra levita dominguera y fué invitado por la señora al café de la tarde. Ina Olders oyó también que había de ponerse su vestido oscuro. Y se la llamó a que participara en la reunión del pastor, el inspector y la señora; tuvo que servirse también pasteles en su plato. El pastor hablaba de los caminos admirables que llevan siempre al bien. Tenía una sonrisa bondadosa, tras de los ojos, y apenas le reconocía así; hasta la señora mostraba cierta picardía en su cara, tan seria de costumbre. Sólo el administrador estaba allí sentado, con la cabeza rubicunda, alegre y envarado como si tuviera fiebre. El blanco bigote le goteaba salpicado de café, y sus dedos pellizcaban confusamente trocitos de pan. Hubiera sido para reír, si no fuera un honor tan incomprensible eso de tomar el café allí con la señora y el pastor.

Menos mal que aquel señor tan instruído llevaba la conversación; hablaba mucho de acaecimientos y olvidos; alababa a la primera mujer del inspector, que hacía ya diez años estaba bajo tierra, y hablaba muy alegre de su propio matrimonio. El hombre, decía, no había de estar solo, y esto se aplicaba especialmente a los que habían sufrido pruebas especiales; sí, había pasado pruebas —y sus ojos se dirigían a Ina Olders, mientras que su dedo se elevaba hacia el administrador enlevitado.

Se había dirigido a todos, y eso podría ser una señal de anuencia. Sus miradas buscaban cautamente, bajo las cejas, a Ina Olders, que estaba sentada ante su plato, encendida como la grana y sin aliento. No acababa de creer que la gente pudiera preocuparse de ella, y miraba implorante al pastor, quien la animaba con su cabeza. También ella tenía que tomar parte en la conversación. Le parecía que aquel señor tan instruído acababa de bajar del púlpito, de acallar el órgano, y que Kai Moller se encontraba junto a ella. Temblaba. Ardían sus manos, la sangre le golpeaba en las sienes: estaba conmovida. Sentíase tan mal la muchacha que necesitaba apoyarse en el respaldo para encontrar el aliento. Estás de nuevo mal, se dijo a sí misma. La señora se hallaba a su lado con la cara junto a la suya. “Se ha exigido demasiado.” Dijo moviendo la cabeza, y tomó su mano. Y luego, de repente, cayó en un desfallecimiento bienhechor.

Había tenido que ser así; la muchacha se había tomado demasiado trabajo en el invierno y había querido hacer sola todo el trabajo. Ahora se hallaba de nuevo acostada con una fiebre nerviosa, en su cuarto, y huía remotamente lejos, de la iglesia hasta el mar y desde el mar por los anchos vacíos e islas, por entre las gaviotas infinitas. Buscaba a Kai Moller, rogaba a la señora que no fuera mala con ella, pues no estaba en su casa, y huía de la risa maliciosa del pastor y de la cara rubicunda del administrador. Día y noche estuvo con fiebre llamando al mar, llamando a su padre y corriendo de nuevo de habitación en habitaciones, con mil zozobras y angustias anodinas.

Ina Olders estuvo bien cuidada; la señora vino muchas veces durante el día a verla, y tenía paciencia cuando su voz podía aplacar aquellos gritos de fiebre. Se le hacía bien patente a la enferma que los demás comprendían su estado. Notábase que no era sólo el exceso de esfuerzo lo que había podido con la muchacha: había allí también algo de tormento y comezón. La proximidad de la señora actua-

ha sobre ella como una cura. Tenía que haber algo bueno entre las dos; era siempre para la joven un alivio la proximidad maternal, una alegría humilde y tierna que le transfundía hasta sus pensamientos febriles. Sólo de vez en cuando, si una gaviota se lanzaba a lo largo de la ventana, o llegaba de la mar la tormenta y sacudía el marco de la ventana, hallábase la muchacha como transformada, no oía a nadie, se hallaba en una lejanía pronunciando palabras confusas que nadie comprendía. Y una vez que un pescador llegó a la granja con un encargo de su padre y una muchacha que no conocía su nombre lo condujo en seguida hasta el cuarto de la enferma, ocurrió como si ésta hubiera reconocido la voz de Kai Moller y como si su presencia fuera algo del mar que pudiera curarla. “¿Por qué no vienes a buscarme?” —pronunció—. “¿Por qué no vienes a buscarme?” Y alargaba un brazo hacia el visitante. Pero esto había sido sólo una palabra de su sueño de enferma. Cuando un poco más tarde entró el administrador y despidió de la casa al joven pescador, no comprendió ella ya lo que tenía delante. Vivía en el viento; los dedos de Ina Olders pasaban como alas sobre el edredón y buscaban.

Después de casi una semana de fiebre, comenzó a reponerse. El médico, que había vuelto, estaba contento y creía que podría emprender, ya buena, el trabajo. Pero cuando dijo que le haría bien volver a casa de sus padres para un par de días o hacer algo por el estilo para coordinar sus pensamientos, la señora de la granja lo rechazó con rudeza. Ella sola se restablecería de nuevo, decía la señora. Y el administrador, a quien el médico le contaba lo mismo dos días después, no era tampoco de ese parecer. Sucedía como si en torno a la muchacha se cerrara un círculo de bondad. Del otro lado, en el pueblo de los pescadores, había inquietud, rebeldía y miseria. No, la vieja señora no quería ver ni por un momento en aquel sitio a Ina Olders. El pueblo le parecía también al administrador un pueblo sin ley, con su audacia bravía y su horror a la tierra arada. Tampoco el pastor, a quien se pidió consejo por último, tenía mucho apego a las cabañas de junto al dique. Le parecía la muchacha, esbelta y fina, un milagro en el pueblo de allí abajo. De buena gana la habría visto quedarse para siempre en el seguro cuidado de la granja.

No pasó mucho tiempo; Ina Olders emprendió de nuevo su antigua actividad. No ocurrió tan rápidamente como antes, hacía un año. Sus miembros estaban pesados y sus ojos parecían cansados y envuel-

tos a menudo en un velo oscuro. El administrador hablaba un día del domingo aquel en que ella se puso enferma. Y le rogaba que le diera definitivamente el sí. Pero Ina Olders pensaba en aquel sueño suyo que tan a menudo la angustiaba. Alguien vendrá a buscarme, pensaba con miedo y secreta espera. "Hay que dejar crecer la hierba", decía. Le daba cierta pena el hombre aquel que estaba suplicante junto a ella. "Lo de siempre, hay que dejar que crezca la hierba", repetía, desviando su mirada. Realmente, ella cambiaba, y parecía encontrarse otra vez bien, a medida que el tiempo iba pasando, y podía hacer sus faenas aquí en la granja con tranquilidad y orden, sin malos sueños.

Pero aquella tarde en que habló con el administrador hubo de acostarse nuevamente. Se hallaba cada vez más débil, soñaba por la noche, se incorporaba y oía resonar la llamada de aquel que la había esperado junto a la puerta de la iglesia.

Salieron de nuevo un par de días al campo. Los dientes de león habían florecido ya, anchos y amarillos. Los olmos tenían sus primeras hojas claras, y el viento peinaba su ramaje leve.

Ina Olders estaba mucho tiempo trabajando junto a la ventana. Le apetecía, a veces, en esta primavera, ir con los hombres a los bancos a pescar el cangrejo, o también, como había hecho de niña, salir con su padre y sus hermanos después de la puesta del sol a navegar y echar las redes. Miraba entonces al río, enmarcado por las matas, que se abría paso por la orilla del arenal más allá de la granja, y corría por el pantano como una raya de plata. Se imaginaba que se abría despacio en el aire amarillento de la primavera como una hoja o una rama que brotaba, haciendo frente al agua del mar. ¿Hasta dónde? Sólo hasta allí donde se hallaban la cabaña de su padre y el pajizo techo de Kai Moller, juntas al lado del dique. Veía hasta la última colina del arenal. Cuando estaba allí y sentía crujir bajo sus pies la arena, sabía que podía ver las cabañas de los pescadores de junto al dique casi a la mano, más allá del pantano claro. Y entonces le venía el sentido de su sueño; dejaba correr por su cabeza, con una timidez supersticiosa, viejas historias de hombres que se levantan a la noche y peregrinan en busca de su amada. ¡Oh!, Kai Moller la intranquilizaba realmente en todos aquellos pensamientos y se le hacía más fuerte que la granja entera y más juicioso que todos los libros de la vieja señora.

Pero eran cortos los momentos en que Ina Olders estaba así, junto a la ventana. El administrador la encontró una vez melancólica con la frente pegada a los cristales. Quedó confundida y roja como si tuviera la conciencia intranquila. El no interpretó como que aquello fuera por él, y se le acercó con una reverencia cortés, señorial realmente. Era debido, quizá también, a que la señora y el pastor la distinguían tanto a la señorita. Habló del rudo trabajo que los dos llevaban sobre sus hombros y de que iría todo tan bien si pudieran continuar allí juntos. Hablaba como si realmente se hubieran prometido algo, y para confirmarlo volvió la cabeza en la dirección del dique, y habló de la negra suerte que allí tenían las mujeres con su espera del marido en aquellas largas noches. Lo dijo tan festivo que era para reír o para contradecirle. Pero, a veces —dijo Ina Olders de repente, con un aire amenazador de su mirada—, sí, a veces los hombres no estaban en el mar, sino que pescaban río arriba hasta llegar a la orilla del arenal.

El administrador arrugó la frente; algo vió que no le agradaba. Golpeó los hombros de la muchacha para encontrar una salida, miró amenazador hacia el río y se dirigió a la puerta arrastrando sus pesados pies.

Ina Olders tembló al coger la escoba del polvo; sus manos huían después de aquella conversación en que había olvidado el deber. Todo la oprimía en secreto: el olor a viejo de los muebles; el felpudo rojo, en el que se podía uno extender y hundir tan cómodamente; la proximidad de la vieja señora y de sus penas ocultas. ¡Cómo pudo mostrarse mala con el administrador! ¿No debía ser agradecida, no encontraba allí todo y aun del modo mejor? Pero al pasar de nuevo al lado de la ventana y ver cómo ascendía en el cielo una gran nube de tormenta en forma triangular, y al columbrar abajo en el río alguien con su red, hubo de pararse un momento para encontrar la respiración. ¿Me querrá buscar?, pensó temblando. Y con un secreto pavor de la pesadilla que a la noche la esperaba siempre: “¿Cuándo vienes a buscarme?”

Aquella tarde se puso el sol en medio de una oscura corriente de sangre; todo el cielo estaba poblado por nubes rayadas que brillaban ardientes y se reflejaban en llamas rojo-amarillentas. Pero en el oeste, donde se había encendido la neblina del ocaso en un fuego extraño, brillaba el cielo por cima de las oscuras sombras del horizonte, como

si se hubiera iniciado más allá de la tierra un fuego que quisiera devorar el mundo todo y la luna y las estrellas. Los viejos de la finca se veían mal para interpretarlo; decían que se echaba encima un verano sin fecundidad o que habría en el país grandes incendios. Pero cuando un poco antes de la caída del sol se ofreció una pequeña nube negra igual que una casa con sus ventanas, creciendo y creciendo como si una gran ciudad se extendiera sobre el mar y la marisma, los viejos adivinos se tranquilizaron y opinaron que acaso se trataba únicamente de una lucha entre los hombres de las olas, pero que los hombres del país no habían de temer nada.

Ina Olders despertó aquella noche otra vez ante un grito. Creyó primero que había soñado, que la figura oscura de Kai Moller había saltado la puerta. Pero las voces se repetían; era como si llegaran del río abajo, donde los pescadores trabajaban ahora con sus redes. Vió, claro como en pensamiento, que chapoteaban en el agua con sus botas pesadas, arrastrando tras de sí la gran red plegable, y que caminaban de nuevo junto a la orilla, para echar la redada a la luz de las linternas. Sintió gotear la humedad del árbol, vió el brillo descolorido de la luna en la niebla de la noche y las oscuras gorras impermeables de los hombres, como en sombras, surgiendo de la neblina al tirar la red. Vió claramente a Kai, que era el más grande de todos y que sobresalía de sus hermanos en el bote, y cómo a veces su mirada se dirigía arriba, hacia la granja. Vió también cómo levantaba de repente un brazo y abría la boca cual si les gritara algo a los otros. Señalaba hacia arriba, sí, al establo de detrás de la granja, y como la muchacha se hallaba en pensamiento junto a él, y seguía sus indicaciones, vió también surgir una llama roja detrás de la granja.

“¡Fuego!”, gritó; pero sus miembros estaban como tullidos y no podía levantarse. “¡Fuego!”, gritó de nuevo.

La muchachita, que dormía en su cuarto durante su enfermedad, se incorporó, se echó una manta, cogió a escape sus vestidos y se lanzó afuera.

“¡Fuego!”, gritaba Ina Olders. Oía el chisporroteo de la chamusquina. Siguiendo el brazo de Kai, vió cómo surgía una clara columna de chispas. Intentó de nuevo incorporarse, poseída de una angustia mortal. Pero los miembros se le resistían; le dió un calambre que la ahogó. ¿Dónde estaba? Parecía que estuviera bajo las llamas, y, sin embargo, entre los pescadores también vió cómo el más joven quedaba

junto a la red y cómo los otros vadeaban el río —el agua les llegaba hasta el pecho— y cómo se afianzaban en la orilla y corrían hacia el incendio con los brazos levantados. Oía con claridad sus gritos:

“¡Fuego!, ¡socorro, fuego!”

“¡Fuego, fuego, socorro!”, sonaba ahora también en el pasillo. Golpeaban las puertas fuera; ante la ventana había un resplandor vivo que se movía en la cortina de aquí para allá. Otra vez intentó Ina Olders incorporarse; pero apenas podía abrir los ojos: tenía todos los miembros tullidos y en fiebre; no lograba moverlos. “¡Auxilio!” —pudo gritar—. “¡Socórranme!” Pero acaso no gritaba: quizá lo creía tan sólo; inmóvil, estaba allí desorbitados los ojos por el espanto del claro resplandor que vibraba, y los oídos tensos a los pasos que se movían por el camino.

Pero ¿dónde estaba? Notaba que se hallaba en dos sitios. Estaba en la casa que ardía detrás de la granja. Las chispas crepitaban sobre su cabeza; se daba cuenta bien de ello: ardía la casa del pastor. El administrador estaba allí y ayudaba a sacar el ganado del establo. Sentía cómo caían sobre ella las chispas crepitantes del tejado, y le dolía como si ardieran en su misma piel. Soltaba el administrador las cadenas de los animales. ¿Cómo sabía reunir al ganado que se acometía! Veía el fuego que giraba sobre su rostro, y sentía el bochorno y la creciente mordedura del humo como si estuviera ella misma cerca. “¡Fuego!”

Y entonces se hallaba junto a los pescadores que corrían en auxilio. Veía el rostro de los hermanos de Kai Moller; veían cómo gritaban con la boca abierta y mostraban el camino, igual que si ella misma estuviera con los pescadores. Vió también cómo de repente Kai se paró, miró hacia la casa de la granja y se desvió del camino en una decisión repentina.

Querría seguramente despertar a la gente. Ella misma lo hubiera hecho; se lo quería decir, pero él no oía nada. Venía saltando pesadamente por el campo de avena, la cabeza un poco inclinada, como si hubiera de esconder algún pensamiento. Corre a ayudar allí —quería decirle Ina—, y le señalaba con su brazo la casa de los pastores, donde el administrador soltaba a las bestias. ¿No sentía las chispas ardientes en el pelo? “¡Socorro, socorro!” Se hallaba al lado de Kai Moller, que golpeaba en las puertas de las cabañas y lanzaba fuera todo aquello en lo que la llama no había prendido aun. Llegó

más cerca y le ocultaron las sombras de los tejados en los que se cernía el claro resplandor elevándose por cima del nivel de la granja.

La muchacha había reconcentrado todos sus pensamientos; yacía febril en el lecho y trataba desesperadamente de mover sus miembros para huir a un destino que se le echaba encima. Era como si viera de nuevo todos los angustiosos sueños de las noches últimas, como si fuera inminente la llegada de alguien que la había llamado y del que había huído. Temblaba el resplandor del fuego en la ventana y en las cortinas; el viento golpeaba y zumbaba en el marco. El primer latigazo fuerte de la tormenta descargó sobre la ventana. ¡Si alguien quisiera ayudarla!

Dejáronse oír a lo largo del pasillo pisadas fuertes; chirrió la puerta y se abrió al fin. Una mano se deslizó por su cara, una respiración se inclinó sobre ella. “¿Ina, Ina?”

“Vete, Kai, vete fuera.” Pero el gigantesco pescador recogió los vestidos de la silla y levantó en brazos a la muchacha con almohadas y mantas, como quien alza una pluma. “¡Estás enferma, querida Ina; no puedes valerte!” Con suavidad y paso de arrullo la llevó por el pasillo. Sintió todavía cómo se inclinaba por la escalera, y procuraba envolverla y darla calor. Luego perdió el conocimiento.

Cuando despertó, por la mañana temprano, en la cabaña de junto al dique, Ina Olders se enteró de todos los pormenores de la marcha de los pescadores y del incendio en la casa rectoral. Sentía aún el crepitar de las chispas en el pelo, cuando vio al administrador que estaba en el zaguán, incendiado, y vio también claramente cómo el pescador corría por entre las tinieblas hacia la casa e iba disparado arriba a por ella. Entonces perdió la memoria. Las hermanas estaban en la escuela; la vieja María, hermana de su padre, estaba con ella y la había cuidado. Pero Ina Olders podía valerle ya. Sus miembros se habían soltado. Pasaban por la ventana los muchachos que venían de la pesca. Y luego entró Kai Moller en la cabaña y la miró solícito. Se dió cuenta en seguida. “Busca a padre”, dijo ella. El asintió con la cabeza y salió fuera. Brillaba a la puerta el resplandor del ocaso; la tormenta había cedido. Después de un rato llegó el viejo. Hacía ya un año que no le veía; ¡en qué zozobras le había tocado vivir aquí arriba!

“Estoy mala, padre. ¿Tienes sitio para mí por un par de días?”
El viejo miraba de frente.

“¿Qué hay que hacer?”, preguntaba mirando a Kai Moller.

“Me parece que lo mejor sería que ella se quedara aquí”, dijo el joven riendo. Ina volvió la cabeza. “Quédate, pues, aquí”, dijo el viejo después de un rato; la vieja María tosiqueaba, temía seguramente que la cabaña se le llenara.

Pasaron así dos días. Llegó uno de la granja y dijo que tenía que preguntar a la gente de la cabaña lo que había pasado en la noche del fuego. Contó que el policía había ido de uno a otro y que todos habían tenido que firmar algo. Y preguntó también que cuándo regresaría Ina. El viejo pescador se fué hacia ella y le repitió la pregunta. Pero ella sólo pudo decir que primero necesitaba ponerse bien. Se alegraba de no haber tenido que hablar; quizá hubiera tenido miedo a despegar los labios. Cuando pensaba en la granja, veía siempre a la vieja señora con aquellos ojos preocupados que no podía rehuir. Pero veía también las desgastadas escaleras que a cada llamada tenía que subir o bajar volando, y el polvo de los muebles que no quería quitarse, y el rostro alegre del párroco al dirigirse al comedor a través de aquellas habitaciones.

El viento soplaba en las cabañas de los pescadores; la marea rompía en el dique y volvía a retirarse. Pasaba día tras día. Ina se levantó, cuidaba de la casa, y el trabajo de la vieja María disminuía. Iba también a la cabaña de Kai Moller y ayudaba a hacer el café y la comida cuando estaban fuera los pescadores o esperaban el atardecer para hacerse a la mar. Pero nunca habló de aquella noche. Sólo, a veces, cuando le hablaban de lo bien que estaban ahora que ella se preocupaba de todo, los ojos del joven pescador la recorrían, rápidos, o quedaban fijos en el fuego, como si no se atreviera a preguntar.

Ocurrió una tarde, también, que fué llamada por su padre desde el jardín. Había venido el pastor. Era muy afectuoso; se informó de cómo lo pasaba y añadió, de paso, si no era ya tiempo de regresar. Parecía muy apenado; el fuego le había jugado una mala faena. Sus ojos seguían inseguros, tras de los cristales de las gafas, ora al padre, ora a la hija. Todos hacemos tonterías —decía—. Pero lo que más le había extrañado era la marcha de Ina. Perguntaba si era cierto que, en el pánico, se había levantado y había corrido hacia las cabañas de los pescadores. La muchacha le miró burlona. Tenía que contradecirle de algún modo; lo veía. No —dijo, y su voz tenía casi un timbre orgulloso—; había venido por ella un muchacho del mar.

El viejo párroco sacudió la cabeza ante aquella salida de mal gusto Habría, en efecto, habladurías por doquier —pensaba—; acababa de estar allí el policía; pero nadie sabía nada preciso. Y, por fin, el bueno del administrador se había cuidado de acabar con aquel asunto.

Pero, en todo caso, la vieja señora quería que regresara Ina Olders, para que le leyera en alta voz. También el señor inspector le enviaba sus votos para un pronto restablecimiento.

Ina Olders callaba; pero cuando quiso marchar con el pretexto de ir a la tienda, el sabio señor salió con ella también, subió la escalera del dique antes que ella, con la respiración algo entrecortada, y mientras la muchacha, con la cara encendida, caminaba a su lado, comenzó a hablar, suspirando y mirando al mar, de las pocas veces que venía él al mar y al pueblo de los pescadores y de que vivían aquí en completa ausencia de sus palabras; preguntó por los agujeros que había hecho la marea, y reía de vez en cuando un poco apresuradamente al decirle que había tenido una suerte magnífica con salir de aquella vida dura y haberse ido a la granja.

Había algo de ambicioso en su solicitud; se le notaba que le interesaba el ganar, para el círculo de la granja, a esta muchacha, sacándola de la soledad y la rebeldía del pueblo que vivía junto al dique. La deseaba para toda la gente de allá: para la anciana señora, que era como una madre de todos los criados y criadas, y para el administrador también, que tan honradamente le había acompañado a ella en la plaza solitaria, y al que él mismo tanto tenía que agradecer en el incendio. La muchacha veía todo el largo camino de guijarros y asentía a sus palabras. Sí —afirmaba—; ya sabía cómo había soltado el ganado.

¡Acaso estuvo ella presente!

Ina Olders sacudió la cabeza y se puso encarnada. ¡Ah, le gustaría a ella misma saber también cómo había visto todo en aquella noche!

Suspiraba el otro ante el hecho de que no supiera ella cómo había llegado aquí. Pero a menudo ocurren cosas admirables. Era seguro que desearía volver pronto a la granja. La anciana señora enviaría al señor administrador a buscarla.

Y llegaron a la casa de aquella vieja viuda que tenía la tienda.

Al día siguiente, Ina Olders oía rodar un coche, justamente cuando los pescadores habían salido. Estaba muy lejos todavía, enorme-

mente lejos; pero sonaba de modo que se podía oír un poco en todo instante gracias al viento. Se asustó y pensó si podría llamar todavía a los suyos. Veía frente a sí el dique y también a los hombres y a su padre, que trabajaban en la pequeña balandra para dejar listas las velas.

El coche continuaba rodando en la lejanía. Y entonces le acometió la angustia; envolvió un par de pañuelos, atizó el fuego y cogió del armario uno de los impermeables más pesados. Le había entrado miedo, un miedo sordo al rodar del coche en la lejanía, viendo que pronto los pescadores estarían listos en los botes. Se apresuró, entonces, y echó a correr por el dique.

Alguien le preguntaba qué quería.

“Navegar con ellos”, dijo.

La gente reía; pero al llegar ya cerca y ver el terror que había en su cara, su padre la dejó subir.

Se levantó viento y no era fácil marchar dándole frente. Había una luna que abrumaba la extensión plateada del abismo por el que iban deslizándose. La blanca nieve hacía resplandecer las aristas del bajío, a uno y otro lado.

Kai Moller estaba al remo. El viejo estaba a su lado en cuclillas, y un muchacho manejaba la escota. No hablaban entre sí, pero todos miraban de tiempo en tiempo a la muchacha, que se hallaba sentada entre ellos goteando agua que la salpicaba y mirando hacia adelante por entre la fina niebla.

El viejo abrió la boca una vez. “¿No tienes otra cosa que hacer para venirte así con nosotros?” Ina sacudió la cabeza y escuchó en la dirección de tierra, que se hallaba tras de la línea gris del dique bañado por la luna. El coche rodaba; le oía claramente del otro lado del bajío.

Formáronse nubes que se apelonaban con ribetes plateados bajo las estrellas. Hacía palidecer las estrellas una niebla fina, que ahora se cernía también arriba en el aire, empalideciendo también los filos de las nubes y formando un halo pardusco en torno de la luna.

Ina Olders ayudó a los hombres cuando éstos buscaban la red que habían ido tendiendo con la marea y comenzaban a tirar de ella lentamente. Daba gusto verla; se notaba que los días pasados aquí la habían fortalecido. Conocía la faena como un mozo; ayudaba al tirar, y cogía con sus manos finas los peces que coleteaban.

Pero las ruedas continuaban rodando en sus oídos, y, de repente, en medio del trabajo, se detuvo, se apartó el pelo de la frente y respiró hondo. Puso la mano sobre el brazo de Kai Moller, que se hallaba a su lado. "Ahora está ahí", dijo, y reía angustiada. El no comprendió lo que había querido decir, y le preguntó; pero ella movió la cabeza y siguió trabajando y ayudando, como un muchacho, en las redes, hasta causar la admiración de todos.

Así había ocurrido, en efecto: María, la hermana del viejo pescador, contó a su regreso que había estado en la cabaña uno de la granja y había buscado a Ina. Acababa de llegar de su trabajo.

Los hombres no dijeron nada; sólo Kai Moller propuso que sería mucho mejor que alguno se quedase durante aquellos días en casa. Distribuyeron su trabajo en silencio. Pero a la tercera noche no habían encontrado la red y tuvieron que hacerse todos a la mar para ayudar en la busca. La marea llegaba tan tarde que era de noche ya cuando salían. No vendría ninguna visita después de esa hora.

Hasta la mañana por lo menos no regresarían los pescadores.

Ina Olders se levantó aquel día temprano, antes de amanecer. Había tenido un mal sueño: se había visto por la granja corriendo escaleras arriba y escaleras abajo; la cara del administrador se hallaba, muy cerca, detrás de ella. Se incorporó para escuchar; pensó en los hombres que estaban en la mar, y vió que tenían las redes sobre la borda, tomaban viento y volvían a casa con la primera marea alta. Se asustaba por saber ya cerca al padre y los hermanos; se alegraba de que el viento del oeste se hiciera más fuerte, y se dió prisa a levantarse.

Entonces le zumbaron los oídos. Al principio creyó que tornaba la fiebre. Mas, luego, se asustó: era el crujido de las ruedas en la arena. Por el oído sabía con exactitud qué camino era al salir el coche de la tierra a la carretera. No, no se engañaba; oía con claridad el chiscar de los ejes a pesar del viento y a través del fuego chisporroteante del hogar bajo sus manos.

Los niños se lavaron y corrieron a la escuela.

El coche continuaba rodando; le oía a través de las paredes de la cabaña.

Veía cómo salía, despacio, del camino del arenal y oía golpear sobre el ladrillo las herraduras del caballo donde empieza el suelo de la marisma. Y ahora veía también la cara del que iba en el pescante. Era una frente roja y preocupada, pero alegre y poseída de una gozosa es-

peranza. El señor administrador en persona se había tomado la molestia.

Durante un momento, mientras soplabla, tiritando y sin decidirse, el fuego, le pareció una idea cómoda y grata la de hallarse de nuevo en la granja, estar en las sillas blandas, llevar vestidos limpios e ir al trabajo por la mañana, sin preocuparse del día siguiente.

Pero, entonces, al volver, vió que el bote se acercaba ya. Le parecía que los hombres pensaban con preocupación en ella y sorteaban el viento para llegar más rápidamente a casa. Y le parecía también que Kai no estaba lejos y la miraba a la cara y le decía: "¿Necesitas ayuda?" Movía la cabeza, hablaba en voz baja con los dientes cerrados. Llenó la caldera de agua y la colocó sobre el trébede en el hogar abierto. Tenía que darse prisa: cuando llegaran los hombres debían encontrar su buen café. Pero, a la vez, continuaba hablando con Kai. A medida que el bote se aproximaba se comprendía mejor lo bueno que era el viento fuerte y la brisa refrescante luego.

"¿No supiste, pues, cómo me encontraba?"

"Tú no habías dicho nada. ¿Por qué no me lo habías dicho?"

"¡Lo tenías que haber sabido tú!"

Calló y miró al suelo. El agua de la caldera borbotaba. La vieja María entró rezongando. Tenía que marchar a su trabajo y no era de muchas palabras. En seguida salió apresuradamente.

Ina Olders se hallaba sola de nuevo. Su sangre latía con más fuerza. El coche corría, y ella calculaba lo lejos que pudiera estar. Pero no podía apreciarlo. Se volvió entonces hacia el dique otra vez, y era como si ella misma se empujara con sus pensamientos al bote.

"¿Por qué no viniste cuando me hallaba en aquel apuro, Kai?"

"No me dejaron llegar hasta ti. ¿Pero después no he ido?" El bote se hallaba dentro de una niebla gris; los hombres conocían el camino y se daban prisa. Ina Olders sabía bien lo lejos que estaba todavía. El viento sacudía los portillos. Uno de ellos se había desprendido; iba a sujetarlo de nuevo y vino a caer en la puerta. Y entonces percibió claramente, a lo lejos, que un coche se había desviado del camino de ladrillos hacia las cabañas de junto al dique. Por un momento le pareció bien que el coche llegara. Pero entonces sintió la brisa de la mañana en su frente y el viento que venía bramando del mar. Presá de angustia, dióse cuenta de repente del tiempo que llevaba ya esperando a los pescadores. Se puso a escuchar otra vez. De detrás de los sauces

que había en el camino del dique llegaba próximo un rápido chasquido de ruedas. Con un grito apagado se echó un pañuelo y corrió al dique. Vió cómo la balandra echaba el ancla tras la niebla, y cómo los hombres se echaban sobre popa en el borde del bajo y saltaban luego. Corrió, aterrorizada, el camino de la escalera del dique primero y el camino de guijarros luego a todo vuelo, y sesgó la senda de la playa.

Kai Moller fué el primero que le salió de entre la niebla. Aun resonaban las voces de los hombres, pero sin vérselos. “¡Kai!”, gritó ella sin aliento, y se agarró a su brazo. El gigantón dejó caer la red que traía al brazo. “¿Qué ha pasado?” “Viene”, gritó Ina Olders. Y señalaba, con la respiración entrecortada, hacia atrás en la niebla.

El rostro del pescador quedó un momento aturdido, asustado; luego se despejó, como si hubiera llegado la mañana.

“¿Tú quieres quedarte aquí?”

La muchacha sintió el escalofrío de una voz dura, de un rostro encendido y conminatorio. Se adueñaba de ella el pánico del agotamiento.

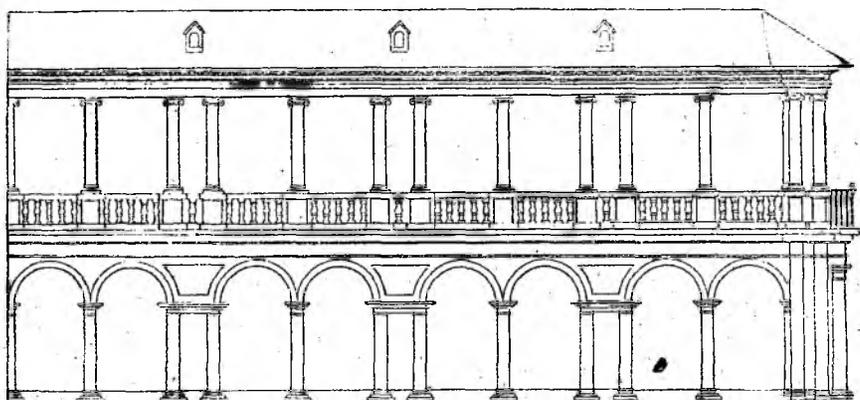
“Tú no me abandonas, ¿verdad?” —imploró ella y se echó contra él.

El hombre sacudió la cabeza con una risa ancha.

“Lo mismo que uno viene —gruñó— tiene que volver a irse.”

Y lanzó un grito hacia el bote, en medio de la niebla, del que surgían como sombras las figuras de los pescadores.

(Traducción de H. R. S.)



Notas y Libros

- NOTAS:** *De Focio a Stalin*, por Pedro Cantero; *La crisis de la conciencia europea*, por Emiliano Aguado; *Una edición de Gil Vicente*, por Rafael Ferreres. —
- LIBROS:** *La revolución portuguesa (De D. Carlos a Sidonio Paes)*, de Jesús Pabón; *Valéry en quintaesencia*, y *Rilke en España. Historias del Buen Dios*.

NOTAS

DE FOCIO A STALIN

LA Santidad de Pío XII en la primera encíclica de su pontificado ha estampado estas palabras transidas de esperanzas: "Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo; tal, que no puede ser mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación, cuya eficacia supera a toda refutación teórica" (1). Europa ha perdido su unidad espiritual, y hoy, a través de los desgarrones sangrientos de la actual conflagración, aparece en las conciencias de todos los europeos conscientes la necesidad de restaurarla sobre una cimentación que resista los embates de los siglos y de los hombres. La unidad europea ha sido y es en el fondo una unidad cristiana. Este es el nudo del problema. Vamos a estudiar las posibilidades históricas de su resolución, comenzando por el punto de arranque de la división entre el Oriente y el Occidente de la Europa cristiana: el cisma de Focio. En las manos de Dios están las riendas de la Historia. Los pueblos se mueven, pero Dios conduce providencialmente sus movimientos. Quien prescinda de esta acción providencialista, cae indefectiblemente en el error dogmático e histórico; pero quien prescinda, también, de la influencia de la libertad humana en la marcha de los acontecimientos, se expone a recibir sorpresas desconcertantes. Al fin y al cabo, Dios conduce ordinariamente a los hombres y a los pueblos mediante las causas segundas. ¿Cuáles han sido éstas en el rompimiento de la unidad entre el Oriente y el Occidente europeos? ¿Qué rumbos históricos han seguido? ¿Qué posibilidades nos brinda la actualidad para llegar a la unidad religiosa entre el Oriente y el Occidente? He aquí el contenido de este artículo, que dividiré en cuatro apartados para mayor

(1) Encíclica *Summi Pontificatus*, sobre la Unidad, Caridad y Justicia entre todos los hombres. 20 de octubre de 1939.

claridad y precisión. A saber: primero, El cisma; segundo, La disgregación; tercero, La esclavitud; cuarto, Conclusiones.

I

EL CISMA.

En el año de gracia 330 surgió a la vida de la Historia la ciudad de Constantinopla con la capitalidad del Imperio Romano. Su fundador, Constantino *el Grande*, la llamó *Nueva Roma*, colmó de privilegios a sus habitantes e instituyó un Senado parejo en dignidad —y también en impotencia— al Senado romano (2). La razón principal que determinó la voluntad del vencedor de Magencio para este cambio metropolitano, fué de tipo político y, señaladamente, estratégico militar. Constantino había restaurado la unidad política del Imperio frente a la tetrarquía establecida por Diocleciano. Su genio militar comprendió nítidamente que el peligro en aquella sazón para el Imperio ya no partía del Rin y de los Alpes, sino del bajo Danubio y del Eufrates. La metrópoli de los césares augustos estaba entonces desplazada del futuro campo de operaciones navales y terrestres, y Constantino elige el golfo angosto y profundo de la antigua Bizancio para base de una escuadra que vigilara las costas asiáticas y las europeas del mar Negro, mientras el grueso del ejército imperial acampaba cerca de las tiendas nómadas de los bárbaros del Danubio y del Asia.

Roma era no sólo la vieja capital y residencia de los césares: era, también, la sede eterna de los papas, de los sucesores del Pescador en el episcopado romano y en el primado de la joven Iglesia. Constantino, entonces, quizá más por miras políticas que por sentimientos religiosos, respetó la independencia espiritual de la Iglesia y de los papas, y con la independencia respetó la capitalidad cristiana de la *Urbe* y del *Orbe*, Roma, centro de la unidad eclesiástica y sede natural e históricamente legítima del Pontificado. No perdamos de vista que el nuevo emperador, siguiendo el camino de su padre, se había apoyado en la nueva orientación religiosa de la sociedad imperial para conquistar su corona, y veía en las legiones de su ejército la preponderancia comba-

(2) Cfr. *Historia de Roma*, por Francisco Bertolini. Tomo III, pág. 367. Madrid, 1889.

tiva y numérica de soldados cristianos (3). Era, ante todo, un soldado; mas a pesar de su famosa donación legendaria en favor del Papa Silvestre, no previó el alcance y la necesidad de la continuidad del desenvolvimiento histórico. El traslado de la capitalidad política del Tíber al Bósforo llevó consigo los gérmenes de la división política en el Imperio Romano y, a la vez, del cisma en la Iglesia católica. La fuerza mágica y evocadora de Roma —*caput mundi*— ya no pudo encender en las torres del Capitolio la antorcha de la unidad de un Imperio universal; ni el esplendor tímido de Constantinopla, por destinos de la Providencia, que rige las leyes de la vida y de la Historia, podría jamás representar el principio de universalidad y libertad espiritual que late en la entraña misma de la Iglesia y del Pontificado romano. En la Historia es rara, por no decir imposible, la improvisación.

Constantinopla en el siglo IV vino a ser la ciudad de las camarillas políticas de un Imperio decadente, de los funcionarios nuevos, más amantes del incensario que de la espada, con mentalidad más burocrática que dinámica, obtusa a las perspectivas universales e idealistas de una misión imperial. Este ambiente psicológico y social de los habitantes, unido al engrandecimiento urbanístico oficial de Constantinopla, forzosamente tenía que producir un fenómeno de emulación hacia la vieja Roma de los césares, quiritaria y labriega, bajo el signo de un estrecho y negativo nacionalismo. Nacionalismo limitado en un principio a la lucha más o menos larvada entre ciudad y ciudad —Roma y Constantinopla—, y que, más o menos pronto, había de rebasar el marco localista para extenderse al ámbito de Oriente y Occidente. La invasión de los bárbaros y la formación posterior del Sacro Romano Imperio —que ni fué sacro, ni imperio, ni romano— precipitarían los acontecimientos y ahondarían el foso que hasta la fecha aun no se ha rellenado.

Un fenómeno paralelo a estas divisiones políticas surge en el campo religioso. Recordemos que la Iglesia, por constitución divina, es una monarquía *sui generis*, una y única, con plenitud de soberanía en su cabeza, el Papa, y universalidad de subordinación en sus miembros. El sujeto de la soberanía eclesiástica es Cristo, Dios y Hombre, y es El quien directa e inmediatamente la delega en su vicario, el Romano

(3) Cfr. Lactancio: *De mortibus persecutorum*, cap. XLVI.

Pontífice, elegido por el Colegio Cardenalicio. La unidad de fe y unidad de *régimen* es una nota fundamental, dogmática, de la Iglesia católica (4), contra la cual no han prevalecido las herejías y los cismas que brotan al paso de la Historia. Podrán perturbar esta unidad; pero destruirla, jamás.

El tirón separatista, cismático, de Constantinopla se observa primeramente en tendencias, después en hechos sintomáticos, y más tarde en escisiones desgarradoras. Teodosio muere el 17 de enero del año 395. Al morir divide el Imperio entre sus hijos Arcadio y Honorio. Catorce años antes de esta división, en el 381, se celebró el II Concilio ecuménico de la Iglesia, y en él aparece ya el primer brote oficial de las tendencias escisionistas de Oriente respecto al Occidente. Observemos respecto a este II Concilio universal: 1.º Su celebración en Constantinopla, cincuenta años después de su fundación (330-381). 2.º En la convocatoria hecha por el emperador de Oriente, Teodosio, sólo se invita a los obispos orientales. 3.º El Papa no interviene en el Concilio. 4.º El canon 3.º del Concilio dice así: "El obispo de Constantinopla debe tener el primado de honor después del de Roma, porque su ciudad es la Nueva Roma." 5.º Precisamente, con motivo de este famoso canon 3.º, los Patriarcados de Antioquía y Alejandría no reconocieron al Concilio de Constantinopla hasta setenta años después, en el año 451, fecha de la celebración del IV Concilio universal de Calcedonia. La Iglesia latina tampoco lo reconoció hasta el siglo VI. Es decir: cuando en Constantinopla habíase erigido tan sólo un Obispado, ya el obispo, influído y amparado por la Corte, pretendía no independizarse, pero sí colocarse en el segundo puesto de la Iglesia universal, frente a los venerables Patriarcados de Antioquía y Alejandría. He aquí el primer brote.

En el año 451, el emperador bizantino Marciano, contra la voluntad del Papa San León, convoca el Concilio de Calcedonia. El Papa, por fin, accede a la convocatoria y envía como representantes pontificios el presbítero Bonifacio y los obispos Pascarino y Lucencio, con órdenes de que presidieran las sesiones. En la sesión 15.ª, aprovechando la ausencia a dicha sesión de los representantes y legados del Papa, se aprueban veintiocho cánones, y en el último de ellos —ca-

(4) Cfr. Concilio Vaticano, Const. *Dei Filius*, cap. III, y Const. Pastor, *Aeternus*, cap. I.

non 28— renuevan el canon 3.º del Concilio de Constantinopla, y constituyen la sede constantinopolitana en Patriarcado, con derecho patriarcal sobre el Asia Romana, la Tracia y el Ponto. Dicho canon 28 reza así: “Con razón han concedido los Padres a la Silla de la antigua Roma sus privilegios, porque era la ciudad reinante, y por igual motivo los 150 obispos del Concilio de Constantinopla juzgaron que la Nueva Roma, que está condecorada con el Imperio y el Senado, debe gozar de las mismas prerrogativas en el orden eclesiástico, y ser la segunda en grado; de manera que las tres provincias del Ponto, del Asia y de la Tracia, y los obispos dependientes de ellas, que están en territorio de los bárbaros, sean consagrados por el obispo de Constantinopla después de haber sido electos convenientemente en sus iglesias; pero que cada uno de estos metropolitanos ordenará a los obispos de su provincia, asistido de sus sufragáneos con arreglo a los cánones” (5). De esta manera Anatolio, obispo de Constantinopla, conseguía de los Padres conciliares la aprobación del canon 28, en el que se erige el Patriarcado de Constantinopla con autoridad y jurisdicción sobre la mitad del Imperio de Oriente. Otro paso más. Al enterarse, los legados pontificios protestan en la siguiente y última sesión del Concilio. El Emperador pidió más tarde al Papa la confirmación del canon 28, y no la obtuvo. Segundo brote.

En los umbrales del siglo VI, el obispo de Constantinopla ya no se limita a titularse patriarca, sino que Juan *el Ayunador* comienza a llamarse patriarca *ecuménico*, título que, para no despertar recelos y suspicacias, los patriarcas bizantinos daban también al Pontífice de Roma, y que los papas no admitieron jamás ni para sí ni para los sucesores. San Gregorio Magno (590-604) rechaza semejante título con estas palabras: “Por el Santo Sínodo de Calcedonia se ofreció este nombre de universalidad al Pontífice de la Sede Apostólica... Pero jamás ninguno de mis predecesores consintió en usar esta palabra profana.” Tercer brote (6).

La invasión de los bárbaros ahondó la división entre Oriente y Occidente. Desde entonces los emperadores bizantinos consideran a los

(5) Richard: *Los sacrosantos Concilios generales y particulares*, tomo II, pág. 226.

(6) *Per sanctam Chalcedonensem synodum. Pontifici Sedis Apostolicae ... hoc universalitatis nomen oblatum est. Sed nullus unquam praedecessorum meorum hoc tam profano vocabulo uti consentit.* (San Gregorio Magno, Ep. 5, núm. 43. Ed. Maur.)

papas como esclavos de los reyes bárbaros, sin caer en la cuenta de que si el Palatino había sido trasladado a Bizancio, el fuego sagrado de la civilización permanecía cobijado y encendido en el Vaticano. Surgen dos civilizaciones, y con ellas se enfrentan dos grandes nacionalismos: el Oriente y el Occidente. Cuando Carlomagno, en la noche de Navidad del 800, recibe la corona del Imperio de Occidente de manos del Papa León III, entre los vítores del pueblo romano que grita: "Carolo Augusto a Deo coronato, magno et pacifico Imperatori Romanorum, vita et victoria", los ecos triunfales del héroe del Medioevo llegan a la capital suntuosa del Bósforo con resonancias de ilusiones perdidas. El cisma existía ya en el espíritu bizantino. La ambición desmedida de los hombres, el orgullo nacional, los posos de la contienda iconoclasta y las pretensiones cesáreo-papistas de los emperadores orientales, que llegaron con León Isáurico a titularse *Imperator sum et Sacerdos*, amontonaron la leña para el cisma de Oriente. Focio se encargaría de encender la pira.

Focio nace en Constantinopla en el año 820. Su ambición, servida por un gran talento y no menor cultura, logra que el emperador Miguel III *el Beodo*, destierre y destituya de la Sede patriarcal a Ignacio, monje austero, enérgico y virtuoso. Focio, simple lego, capitán de la Guardia imperial, primer secretario de Estado, se hace ordenar y consagrar por un obispo que estaba *suspense*, y es nombrado patriarca de Constantinopla. La Corte imperial ve en Focio el instrumento dócil para sus planes y se esfuerza para obtener el consentimiento del Papa Nicolás I para este nombramiento. El Papa envía legados para informarse del asunto, y éstos, por medio del dinero, de embustes y amenazas, se dejan sobornar, y en un sínodo celebrado en la misma Constantinopla es depuesto Ignacio y reconocido Focio. Ignacio apela al Papa, y éste, en el año 863, declara como verdadero obispo a Ignacio, depone a Focio, le priva de todas sus dignidades eclesiásticas y suspende a sus propios legados. Focio y la Corte hacen de este asunto la causa común de todo el Oriente; deponen al Papa Nicolás I, convocan un conciliábulo y resumen las razones de su separación en los cargos siguientes contra el Papa y contra el Occidente: a) que con el traslado de la capitalidad del Imperio se había también trasladado el Primado de la Roma a Constantinopla; b) que los latinos habían falseado el Símbolo de la Fe con la adición del *Filioque*, enseñando que el Espíritu Santo

procedía no sólo del Padre, sino también del Hijo (7); c) que la Iglesia latina no admitía la validez del Sacramento de la Confirmación administrado por un presbítero; d) que los clérigos latinos se rapaban la barba, y los fieles ayunaban el sábado y comían lacticinios en la primera semana de Cuaresma.

En el fondo, la causa eficiente y final del cisma de Oriente, llamado también cisma de Focio, era —y sigue siendo— un punto de vista histórico. Desde el momento en que los orientales cismáticos admitieran la unidad de *régimen* de la Iglesia bajo la autoridad del Papa, es muy probable que también admitiesen la unidad de *fe*. El cisma oriental fué un engendro de la política imperial de Bizancio.

II

DISCREGACIÓN.

“Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (8), dijo Jesús a las puertas de la ciudad imperial de Cesárea de Filipo. Desde entonces, Pedro y sus sucesores en el Primado romano habían de ser, por voluntad positiva de Jesucristo, no por mera evolución histórica, la piedra fundamental y el corazón de la Iglesia católica. Consecuentemente, las iglesias cismáticas, ramas desgajadas del tronco vital, se agostarían en la arena de la discregación, o se asfixiarían entre los barrotes de la esclavitud. La Historia, maestra de la vida, viene confirmando la verdad de la divina promesa.

Por una férrea ley histórica, vemos que en los pueblos las mismas

(7) La controversia sobre el *Filioque* acerca de la *procesión* del Espíritu Santo es una de las discrepancias dogmáticas que aun separan a la Iglesia Oriental cismática de la Iglesia Católica Romana. El Símbolo Nicenoconstantinopolitano decía acerca de la procesión del Espíritu Santo: *Qui a Patre procedit*. Ya en el siglo iv era creencia común en la Iglesia que la Tercera Persona de la Santísima Trinidad procedía de Padre y del Hijo-*Filioque*. Se expresó primeramente en nuestros Concilios Toledanos que la añadieron al Símbolo Nicenoconstantinopolitano y después al Atanasiano. En Francia fué añadida en tiempo de Carlomagno. Esto agrió la cuestión. Para pacificar a los griegos, el Papa León III aconsejó omitir en el Símbolo la partícula *Filioque*, aunque profesando la doctrina.

(8) San Mateo, XVI, 18.

cosas producen los mismos efectos. No fué la teología, sino la política la causa principal del cisma de Oriente. Bizancio se apartó y se independizó de Roma, porque los intereses políticos, comerciales y culturales, unidos a viejas rivalidades de raza, enredaron una madeja que la espada de los emperadores cortaron, dando comienzo al cisma. Más tarde, otros pueblos y otras razas se apartarían e independizarían de Constantinopla por los mismos e idénticos motivos. Y es que Jesucristo hizo a su Iglesia *una y católica*; su unidad descansa en la roca de Pedro, anclada al mismo trono de Dios, y fuera de esta roca, las confesiones cristianas se disgregan en un mosaico abigarrado de iglesias autócefalas, raciales o nacionales, sin unidad y sin catolicidad. Esto, ni más ni menos, ha sucedido a las iglesias cismáticas del Oriente. Focio sembró la cizaña de la dispersión frente a la unidad, del imperialismo frente a la catolicidad, y Stalin recogería los frutos de perdición de aquella sementera.

En la actualidad, las iglesias orientales, llamadas a sí mismas *ortodoxas*, comprenden unos 150 millones de cismáticos (9). Iglesias nacionales e independientes entre sí, no mantienen mutuas relaciones esenciales. La única soldadura entre ellas es el rito. Al brillo del rito y de una aversión fanática y apriorística contra Roma, han intentado los bizantinos dar unidad dogmática y jerárquica a todo el espíritu religioso del Oriente; pero el rito común, si no se cimenta en el dogma, no tiene fuerza vital para unir las mentes. El odio y los prejuicios tampoco dan consistencia a la unión de los corazones. Así vemos un mosaico de sectas e iglesias en el Oriente cismático, desparramadas en nacionalidades de los ritos siguientes: *Rito griego o bizantino*, con seis millones de fieles bajo el patriarca de Constantinopla. *Rito sirio*, con 300.000, en los Patriarcados de Alejandría y Jerusalén. *Rito rumano*, con doce millones, bajo el patriarca de Bucarest. *Rito búlgaro*, con cuatro millones, en un Exarcado.

Aparte de las iglesias cismáticas autónomas de Georgia, Polonia, Estonia, Albania, Finlandia y Checoslovaquia, a principios de siglo la Iglesia oriental más numerosa era la Iglesia rusa. De la evolución y situación de ésta trataremos en párrafo aparte.

Tal es la disgregación en que ha venido a parar aquella gloriosa

(9) Cfr. *L'attuale stato religioso del mondo e la Chiesa*. Unione Missionaria del Clero en Italia, págs. 168-169. Roma.

cristiandad del Oriente, santificada e iluminada por la galería magnífica de los Crisóstomos, Basilios, Gregorios y Atanasios, columnas de la fe y campeones de la unidad y libertad de la Iglesia de Cristo. La política las apartó de Roma, y la política de los emperadores bizantinos intentó por dos veces volverlas al seno maternal de la Iglesia romana. Mas los intereses políticos son contingentes y transitorios, y efímeras fueron las uniones logradas. En efecto; allá por el 1261, Miguel Paleólogo conquistó Constantinopla, y para afianzar su posición prometió la reconciliación de los griegos con Roma, si ésta le prestaba su apoyo. En el año 1274 acude al II Concilio de Lión —14.º entre los ecuménicos—, y su gran canciller Jorge Acropolita pronuncia en nombre del emperador el siguiente juramento: “Yo abjuro el cisma por mi soberano y por mí; creo de corazón y profeso de boca la Fe Católica Ortodoxa y Romana que acaba de leerse, y prometo seguirla siempre sin apartarme jamás de ella. Reconozco el Primado de la Iglesia de Roma y la obediencia que le es debida, y lo confirmo todo mediante mi juramento” (10).

Pocos años después desapareció el peligro y se deshizo la reconciliación. Dos siglos más tarde aparecen los turcos hambrientos de gloria y de conquista. Tesalónica cae en su poder en 1430, y ante el peligro evidente que se cernía sobre todo el imperio bizantino, el emperador Juan IV Paleólogo busca de nuevo el apoyo del Occidente con la promesa formal de unirse definitivamente a la Iglesia romana. En 1439 se reúne el Concilio de Ferrara-Florenia, en cuyo orden del día figura, entre otros puntos, la unión del Oriente con el Occidente. El mismo emperador y el patriarca de Constantinopla, acompañados de una caravana digna de las tradiciones fastuosas de la antigua Bizancio, acuden a las sesiones. Después de infinitas negociaciones, ante los apremios del emperador, se consigue redactar, el 6 de julio del año 1439, el “Decreto de Unión”, que firman todos los obispos griegos, a excepción del de Efeso. El Papa, emocionado, publica la bula *Laetentur coeli et exultet terra*; pero estas palabras jocundas y augurales del Padre de todos los cristianos —*tristitia rerum*— se desvanecen, como la nieve en el barro, ante la dependencia espiritual de unos hijos esclavos de los intereses políticos del cesarismo oriental.

A partir de esta fecha, punto culminante de los intentos medievales

(10) Cfr. Richard: *Op. cit.*, tomo VI, págs. 19-20.

para llegar a la unión, las iglesias cismáticas del Oriente han ido no sólo disgregándose, sino decayendo en espiritualidad, más que por los ataques exteriores de los árabes y turcos, por el gusano interior que los corroe. El Occidente ha sufrido invasiones mucho más numerosas y violentas. La Roma de San Pedro a todas las venció, transformando a los invasores en cruzados, a sus lanzas en ojivas, y a las milicias bárbaras en Ordenes militares. La promesa divina de Jesús sigue iluminando, como una estrella, la ruta del antiguo *Pescador* de Galilea.

III

ESCLAVITUD.

Si Focio y sus sucesores, ante la coronación de Carlomagno por el Papa León III, afirmaron que Roma era esclava de los emperadores bárbaros de Occidente, los rusos, al caer Constantinopla en manos de los turcos —1453—, dijeron también que el patriarca *ecuménico* de Bizancio era otro esclavo de los infieles. Nace el Patriarcado de Moscú, en 1589, con humos de independencia, y sus titulares, ayudados por la Corte, especialmente por el ministro Boris Godounof, extienden su jurisdicción por todo el pueblo ruso. Del mismo modo y por idéntico motivo que Constantinopla quiso reemplazar el imperio de Roma, Moscú pretendió en el siglo XVI sustituir al imperio de Bizancio. Otra vez el cesáreo-papismo oriental intenta servirse de la religión como *instrumentum regni*. Pronto surgiría la lucha inevitable entre la Iglesia y el Estado; mas una Iglesia como la rusa, que jamás manejó libremente la espada de la espiritualidad, forzosamente había de sucumbir en la pelea. Así sucedió.

El 15 de octubre de 1700 muere Adriano, patriarca de Moscú, y Pedro el Grande no nombra sucesor, sino tan sólo un “un guardián del trono pontifical”. Este fué el primer paso para la esclavización de la Iglesia en Rusia. En 1720 desaparece el Patriarcado y es sustituido por el Santo Sínodo, cuyos miembros serían nombrados por el zar entre los obispos más blandos a las pretensiones y caprichos de la Corte. Bajo la jurisdicción de los metropolitanos de Kiev, de San Petersburgo y Moscú dependían 80 millones de fieles, a los cuales hay que agregar otros 20 millones de *raskolniki* —cismáticos— pertenecientes a diversas

sectas. De esta suerte la Iglesia rusa obtenía un régimen de favor, pero perdía con su libertad el espíritu vital y el prestigio ante el pueblo. Amarrada al carro de los zares, la Iglesia en Rusia seguiría los mismos vaivenes del régimen político, y el odio del régimen acompañaría el odio a la Iglesia. Cuando cae el Imperio de los Romanof, y el gobierno de Kerenski se tambalea ante la presión revolucionaria del soviét, algunos patriotas rusos creyeron encontrar en la iglesia *ortodoxa* una fuerza para restablecer el orden. El 28 de octubre de 1917 se reúne un Concilio nacional, se restablece el Patriarcado, cuyo nombramiento recae en Mons. Tykon, metropolitano de Jaroslav y Rostov, y aunque predica al pueblo y al clero la resistencia a la revolución comunista, el Estado y la Iglesia rusa corrieron la misma suerte y fueron arrollados por el bolchevismo.

El triunfo de los soviets trajo aquella persecución oficial religiosa en la que fueron atormentados y fusilados 28 obispos y 1.200 sacerdotes y centenares de miles de fieles. Otros fueron desterrados y encarcelados; masas inmensas apostataron de la fe de sus padres; los tesoros de las iglesias fueron saqueados, y los templos convertidos en centros destinados a usos profanos. Con la destrucción del Imperio zarista surgieron tendencias separatistas en el campo religioso. La Iglesia de Georgia se independizó, en 1918, y en 1921 siguió este mismo camino la Iglesia panukraniana. El patriarca Tykon se somete al soviét y muere en el año 1925, dejando desgarrada la unidad religiosa de su patria entre la Iglesia *patriarcal*, la *sinodal*, la *iglesia libre de los trabajadores*; la del *Renacimiento*, la *ucraniana*, la de la *emigración* e infinidad de sectas, como el *Raskol*, la de los *místicos*, la de los *saltadores* y la de aquellos que se llaman a sí mismos *palomas blancas*. Ante esta disgregación y esclavitud, los únicos que sacaban partido eran las Ligas de los "Sin Dios". Según los datos últimos oficiales, contaban con 115.477 células y 8.450.182 miembros. Masa relativamente pequeña si se atiende al conjunto del pueblo ruso; pero sus conquistas iban aumentando, dados los medios poderosos con que contaban. Baste indicar que en el plazo de doce años, 1928-1940, la editorial atea del Estado ruso publicó 1.832 obras, con un total de 140 millones de ejemplares.

L'Osservatore Romano, con fecha 23 de noviembre de 1939, publicó una información tomada en Londres a dos abogados polacos que huyeron de la Polonia Oriental, invadida por el ejército rojo. Entré otras manifestaciones, dijeron que la central de los "Sin Dios" había lanzado

el siguiente manifiesto: "La duodécima hora de la lucha contra la religión en Polonia Occidental ha sonado. El victorioso ejército rojo ha entrado en Polonia. Nuestras tropas continuarán su marcha y llevarán con orgullo la bandera del movimiento atea. La lucha contra la fe entra en una fase decisiva. Al lado del ejército rojo, los militantes del movimiento de los "Sin Dios" avanzan hacia la gran hora de la victoria en la Europa Occidental y del Sur. Proseguirá la marcha más lejana hacia Occidente, porque nosotros consideramos el territorio del Reich nacionalsocialista como un campo de paso para los "Sin Dios". En efecto: Estonia, Letonia, Lituania y las regiones rumanas de Besarabia y Bucovina, invadidas por las hordas soviéticas, conocen el espíritu satánico que ocultan la hoz y el martillo. Iglesias en ruinas, sacerdotes fusilados y desaparecidos son las huellas demoledoras del ejército rojo, enemigo de la idea de Dios y de la Europa cristiana. La *Santa Rusia* se ha convertido en una manada salvaje. El Cristo de Tolstoi ha sido sustituido por los iconos del soviét. En las masas la ignorancia religiosa es tan grande como su opresión. Las declaraciones de los voluntarios de nuestra heroica División Azul nos revelan la degradación del pueblo ruso, envenenado y atemorizado por los comisarios políticos del Kremlin.

IV

CONCLUSIONES.

Del desarrollo histórico del cisma de Oriente podemos deducir las siguientes conclusiones: 1.^a La causa eficiente y final del cisma ha sido de carácter netamente político. 2.^a El mantenimiento del cisma de Oriente se debe, más que a razones graves, de tipo dogmático, a puntos de vista históricos, cimentados en prejuicios de intereses nacionales o raciales. 3.^a Fuera de la roca indivisa e indivisible de San Pedro, las iglesias cismáticas orientales se han disgregado en un mosaico de grupos nacionales sin fuerza para oponerse a las tendencias usurpadoras del cesarismo. 4.^a Tras la disgregación ha surgido la esclavitud del espíritu, al menos en la Rusia soviética.

Los pueblos no pueden vivir fuera de Dios. El sentimiento religioso no se estirpa tan fácilmente en pueblos con una solera cristiana milenaria. Se observa el hecho del retorno a la creencia en las ciudades y al-

deas rusas conquistadas por las fuerzas militares del Reich; en los Balcanes, los mismos patriarcas *ortodoxos* empiezan a comprender no sólo el prestigio moral del Pontificado romano, sino también la maternidad universal de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Ven ya que la única *vía triunfal* de la unidad cristiana ha de arrancar de Roma. Por otra parte, los papas de los últimos tiempos han procurado crear un clima de comprensión, de atracción y de amor, cuyo exponente es "El día del Oriente cristiano", que anualmente se viene celebrando. "Los bloques desprendidos de una piedra aurífera son también auríferos", ha dicho bellamente Pío XI. Por eso, Roma ha mostrado tal respeto a los ritos y costumbres de las cristiandades orientales, que hasta prohíbe severísimamente la mera invitación para hacer cambiar a un creyente de rito a otro distinto, del oriental al latino. A Roma no le interesa la "latinización", ni la uniformidad externa del vestido y de las ceremonias rituales, sino el *cor unum et anima una*. (Act., IV, 32.) La variedad es un signo de la universalidad católica.

Ante estas perspectivas orientales que se presentan en el nuevo orden europeo, hoy no podemos, ciertamente, afirmar que haya sonado la hora del retorno a la casa solariega de la unidad cristiana. *Non est vestrum nosse tempora vel momenta*, dijo un día Jesús. Lo que sí podemos asegurar es que la atmósfera y la ocasión son propicias para una comprensión cordial. La religión católica no es una barrera, sino un vínculo; su credo y su amor rebasan las fronteras y las razas, y la piedra fundamental del Primado Romano es la piedra angular de todo verdadero cristianismo. La historia moderna viene a confirmar la necesidad de aquellas palabras testamentarias de Cristo, Rey de los siglos: *Ut omnes unum sint* (Juan, XVII, 20), que todos sean una unidad. Quiera Dios que el Oriente y el Occidente, de rodillas ante un mismo altar, vuelvan a entonar para siempre el himno fraterno de la bula *Laetentur coeli et exultet terra*.—PEDRO CANTERO.

LA CRISIS DE LA CONCIENCIA EUROPEA

EN poco más de un año se han traducido cuatro o cinco libros buenos de historia; casi todos se ocupan en desentrañar esos momentos de transición en que, borrándose una época o insinuando otra sus rasgos más esenciales, es preciso sorprender con fina sensibilidad

un juego de matices que se despliega ante nosotros como envuelto en la luz desmayada de una tarde de otoño. Estos libros en que se nos describen peripecias y cambios de aspiraciones, de modos de creer y de modos de esperar, son los que nos hacen falta en estos días que corren, tan propicios a soluciones simplistas que a la larga nos desazonan por no encontrar acomodo íntimo, y al cabo se nos revelan como las únicas que, buenas o malas, no son posibles a estas alturas de la Historia ni a estas horas tan menesterosas de sinceridad y de afanes personales. Lo que está pasando a nuestro alrededor es demasiado grandioso para entenderlo, aunque nos propongamos con seriedad soltar ese lastre de ideas y creencias que no sirve más que para encerrarnos en una angostura cuyas fronteras ni logramos ver con claridad. Por eso nos hacen tanta falta esos libros de historia que se están traduciendo a nuestra lengua, y por eso los leemos con tanta avidez y tantas esperanzas.

Este de Paul Hazard, en que se estudia una de las crisis de la conciencia europea, que se ha publicado hace ya algunos meses, tiene, sin contar ahora con sus calidades innegables, un interés primordial para todos los lectores españoles: con la precisión, la probidad y la competencia que nadie puede negar a su autor, se nos conduce, al través de una maraña de ideas y vislumbres de la agonía de un mundo de reposo y de perfiles bien acusados, al nacimiento de otro mundo lleno de convulsiones y de perfiles sinuosos, como los estados de ánimo de sus habitantes, que van a acabar convirtiéndose con el paso de un siglo, en ley suprema de todas las cosas. Las excursiones que Paul Hazard nos invita a hacer a lo largo de temas y peripecias de nuestro pasado, aparte el hechizo de su frescura y su riqueza, tienen el valor inestimable de ofrecernos en obras e ideas unos cambios que luego se nos van a mostrar a la plena luz del día, y más tarde a dar el sentido y el impulso a la vida entera de Europa y del mundo. Entre el siglo XVII, ordenado, en sosiego y penetrado de ideas permanentes y vistas como algo que está más allá de las decisiones de la voluntad, y el siglo XVIII, perturbado por presentimientos, esperanzas indecibles, impulsos mundiales de ordenación y de perfeccionamiento del corazón humano y del Estado, Paul Hazard ha acotado treinta y cinco años, de 1680 a 1715, en que se revelan esos cambios con todo rigor y con ese dulcísimo balbuceo de todas las creencias que acaban de llegar y se insinúan como los primeros rayos de la aurora.

Lo cierto es que este tránsito aparece en el libro de Paul Hazard con abundancia de hechos y doctrinas. Lo cierto es que todas las aspiraciones importantes de la vida, del pensamiento y de la política están reflejadas con fidelidad y sentido humano. Lo cierto es que después de haber leído con atención este libro nos preguntamos si la crisis de la conciencia europea, la que estamos viviendo ahora, tiene alguna relación íntima con la que ocurrió en las postrimerías del siglo XVII o si es de signo contrario. Una obra tan meditada y tan llena de hechos como la de Paul Hazard nos brinda demasiadas sugerencias para que seamos pasivos, con esa pasividad destinteresada que requiere la comprensión; pero es que, por otra parte, me parece más que discutible el que un libro como éste pueda ser entendido en su intención más esencial sin que nos convirtamos en uno de esos hombres que pugnaban por la pervivencia de las ideas en que se habían sustentado a lo largo de su vida, o en alguno de los que combatían con denuedo y esperanza por que triunfaran las creencias que se les aparecían como fuerzas creadoras de un mundo ancho y profundo como una mañana de primavera. También me parece más que discutible que este libro de Paul Hazard se hubiera podido entender hace medio siglo. ¿Pueden comprenderse estos momentos azarosos de tránsito en días de fe recia y de ideas bien trabadas? Para mí no tiene duda la respuesta.

¿Hemos dejado de creer de veras en las cosas fundamentales que nos enseñó el siglo XVIII? Lo que menos importa es contestar en seguida de cualquier manera; lo importante es que nos hagamos la pregunta, más que con el propósito de contestarla, con el de comprender su hondura y su gravedad. Porque despachar sin más todas las cosas que nos ha traído el siglo XVIII es, por de pronto, una ingenuidad, de tal suerte que, aun acertando en todo, no aprovecharía gran cosa a nuestra vida. No se trata de sustituir una idea por otra, como si fueran trajes o sitios de tertulia; lo que importa es, metiéndose dentro de una idea o una creencia, respirarla y, si luego nos sentimos dotados de poder bastante, echarnos fuera de ella o echarla fuera de nosotros. Y el libro de Paul Hazard, que describe con prolijidad y con plenitud de sentido lírico esa transición tan delicada y tan culminante en la historia de las crisis de la conciencia europea, nos está haciendo desde sus primeras páginas un enjambre de preguntas que nos fuerzan a confesar algo muy sencillo: sin partir de la situación histórica

en que estamos metidos es imposible entender nada de ese tránsito ni de las épocas que lo condicionan.

Otra de las cosas que encontramos en el libro de Paul Hazard es que, describiendo el paso de una época que se expresa en convicciones cerradas y en esas actitudes humanas que delatan dependencia de instancias superiores, y cuyo sentido conocemos con la palabra deber, a otra época en que el hombre y la razón se van a erigir en dueños del mundo y de la vida, y cuyo sentido se expresa en la palabra derecho, describiendo esta transición, digo, nos asalta esta pregunta: ¿ocurrirá todo esto porque se está desplegando la personalidad en toda su inmensa variedad de resortes y disposiciones? Los hechos, a primera vista, parecen responder de manera afirmativa. ¿Y después de las tremendas experiencias a que hemos asistido en estos últimos decenios, creeremos lo mismo?

Porque bien pudiera ocurrir que el desarrollo de la personalidad, que tan egregias figuras humanas ha dado en las postrimerías del siglo XVIII, fuera una conquista de esos siglos en que se vivió con devoción, con disciplina, con la conciencia de que todas nuestras aspiraciones han de acomodarse a leyes infrangibles, y con la mirada siempre puesta en las ayudas celestiales, que son las que prestan hondura a las decisiones del hombre y, aunque parezca extraño, a las cosas de la vida en apariencia más alejadas de su voluntad. Si esto fuese cierto, el libro de Paul Hazard nos habría descrito una situación en que el alma humana, cargada de fuerza y de entusiasmo, se rebela contra todo lo anterior para hacer frente sin más que con sus propios recursos a los enigmas del mundo y de su destino en la vida y en la muerte. La situación que se nos revela en este libro sería de plenitud y de desbordamiento, como la que vive el muchacho que recoge de pronto una herencia fabulosa y no hace más que esforzarse en desembarazar su camino para vivir sin otra ley que la de su antojo. ¿Ha ocurrido así?

Si, por el contrario, alojados en las ideas que flotan sobre el mundo europeo desde Dilthey, creemos que las creencias, las maneras de sentir la política, el arte, la ciencia y el mundo, son formas en que cuaja ese inefable poder de expresión y de captación que hay en el alma humana, de suerte que, a la manera de plantas, se desarrollan, dan frutos y se marchitan, si creemos esto, digo, el libro de Paul Hazard tiene otro sentido bien distinto. La situación que describí es de crecimiento, de desarrollo vital y anímico y de acomodación a un sis-

tema de relaciones y de posibilidades que no tiene nada que ver con el antiguo; sería una situación en que el hombre europeo, cobrando la conciencia de que las ideas y las creencias que tiene en su mente y en su corazón no le sirven ya para responder a las demandas más inaplazables que le pone ante sí el mundo, se ve en la precisión de cambiarlas por otras. Lo importante en este caso sería el entusiasmo con que se entrega a la obra; la probidad con que coteja lo que consigue con lo que antes tenía por inalterable, y la alegría con que acepta esa crisis en que apenas sabemos qué creer ni qué esperar y qué hace tomar caminos extraviados a la mayoría de los hombres. Por lo que yo entiendo, no es cosa fácil quedar a solas consigo mismo y tener que afanarse día a día en dar respuesta a preguntas que no permiten ni paliativos ni dilaciones; y digo que me parece cosa poco fácil por que he encontrado pocos hombres que de verdad sepan quedarse solos. No se incida en la ingenuidad de creer que entre los solitarios del siglo pasado fué oro todo lo que relucía; hubo demasiada estética en aquellos afanes de soledad, y no es difícil advertir que las ideas no andaban tan escasas, ni mucho menos tan vagorosas como fuera de esperar de aquellos ademanes y de aquellas invocaciones tan denodadas.

Es bien que se traduzcan con frecuencia libros tan ilustres, tan serios, tan hondamente humanos como este de Paul Hazard; yo estoy persuadido de que harán más beneficios en estos días tan recios que nos han cabido en suerte, que nada de lo que pudiéramos hacer para dejar un sello de comprensión en las cosas que más verdaderamente nos interesan. Pongámonos en claro con nuestra vida y con nuestro tiempo; porque si es tremenda la zozobra que se adueña de nosotros cuando vemos que las ideas no se acomodan a las cosas más íntimas que nos salen al encuentro, es sacrílega la actitud del que mira sin pena ni devoción tanta sangre como se está vertiendo en todos los puntos de la tierra por un mundo mejor, y tantas vidas llenas de vigor y de ensueño como desaparecen todos los días dejando frío y sombra en campos y en talleres, en fábricas y Universidades, en la tibieza de esta entrañable camaradería que ha tejido el peligro de la muerte, y en la quietud caliente y silenciosa del hogar.—EMILIANO ACUADO.

UNA EDICION DE GIL VICENTE

CON la deliciosa *Tragicomedia de Don Duardos*, de Gil Vicente (1), inaugura Dámaso Alonso la *Biblioteca Hispano-Lusitana* que ha creado el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En la introducción a los *Romances velhos em Portugal*, la ilustre investigadora D.^a Carolina Michäelis de Vasconcelos se quejaba de la falta de un interés cultural intenso por parte de los portugueses ante los modernos trabajos científicos que se desarrollan en España. Una actitud semejante a la de D.^a Carolina, pero de sentido inverso, y más constantemente repetida, era la del genial Miguel de Unamuno. Sólo una serie de estudios hechos con la seriedad de este que nos ofrece Dámaso Alonso harán que desaparezca la ignorancia mutua entre ambos pueblos, ya que éste es el único camino para conseguir un acercamiento científico y un conocimiento claro y total, sin la poca eficacia de la palabrería vana o de esos juegos florales que no dejan ni una brizna de huella.

Muchos son los escritores portugueses que han empleado la lengua española en sus obras (2); pero entre todos ellos la figura que tiene mayor encanto para nosotros es la de Gil Vicente. Interesa por varias razones. En primer lugar, por ser un maravilloso creador de insospechadas bellezas; después, por haber escrito muchas de sus obras maestras en español o mezclado con el portugués. Las obras dramáticas bilingües y castellanas de Gil Vicente pasan de veinte. Con tal número hay motivos más que suficientes para que nuestro poeta ocupe un lugar destacado entre los dramaturgos anteriores a Lope de Vega, y esta atención por Gil Vicente se hace más palmaria si tenemos en cuenta sus geniales condiciones de dramaturgo, su recogido y trémulo lenguaje poético, que en ocasiones compite con el de los clásicos del siglo áureo en mostrarnos un abundante e íntimo paisaje espiritual y físico.

A pesar de lo que representa en los comienzos del drama hispano

(1) Dámaso Alonso: *Tragicomedia de Don Duardos*, por Gil Vicente. Editada por el Instituto Nebrija del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1942.

(2) Véase el *Catálogo razonado biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano*, de D. Domingo García Peres, doctor en Medicina y Cirugía. Madrid, 1890.

y de la importancia que tiene en las letras españolas (piénsese su influencia en algunos poetas recientes, para no citar a Vélez de Guevara y otros), repasando la bibliografía que nosotros aportamos sobre tan excelso portugués nos encontramos con una pobreza apenas igualable a la de los escritores más ramplones y anodinos de nuestra literatura. Tan sólo hay que destacar el penetrante y bello estudio de don Marcelino Menéndez Pelayo —como todos los suyos, cuando se enfrentaba ante una auténtica personalidad— en el tomo VII de su desgraciadamente inconclusa *Antología de poetas líricos castellanos*, y los capítulos que Angel Valbuena Prat le dedica en su *Literatura dramática española* (Labor, Barcelona, 1930) y en su *Historia de la literatura española* (Barcelona, 1937). Y esto en cuanto a crítica, porque tocante a ediciones no existen más que el breve *Auto de San Martinho*, acogido en la densa y voluminosa Biblioteca de Autores Españoles. El *Auto de la sibila Casandra*, al cuidado de A. Giráldez (Suárez, Madrid, 1921), con pulcro texto y breve prólogo; el *Auto de los cuatro tiempos*, publicado en una revista estudiantil, y con mejor intención que resultado, y la de los *Autos portugueses* (Madrid, 1922, edición facsímil), a cargo de D.^a Carolina Michäelis de Vasconcelos, de gran servicio para investigadores, pero poco apta, aparte de su elevado precio, para el corriente lector. Este olvido imperdonable en que se ha tenido a Gil Vicente hace que para muchos lectores sea todavía un dramaturgo inédito y sorprendente. Dámaso Alonso —siempre dispuesto a reparar las injusticias paladinas y olvidos en que tenemos a nuestros verdaderos clásicos—, en la simpática edición que hizo de las *Poesías líricas castellanas* de nuestro poeta (*Cruz y Raya*, 1934) —breve y feliz primicia de esta que comentamos—, llamó la atención hacia la obra vicientina, llena de una belleza casi intangible y alada, y de la que sólo Dios sabe la razón por la cual ha brotado de ciertas almas privilegiadas. Sin embargo, estos poemas breves, de calidad excepcional, casi todos ahincados en el espíritu más finamente popular de nuestra raza, no nos descubren plenamente la obra total de Gil Vicente. Si intentamos abarcarle en todo lo que nos permitan nuestras fuerzas de captación, en todo lo que nos sea posible, tendremos que acudir a su teatro, en donde da su alma entera, su ideología, su rica personalidad, y, además, es en su obra dramática donde descansa —firme y portentosa basa— la perfección técnica y de matiz que aportan los que le siguieron en la ruta dramática.

¿Qué representa Gil Vicente en la literatura española? Vamos a seguir a Dámaso Alonso en su atrayente y agudo prólogo. El drama vicentino es el de un primitivo con aciertos y destellos de clásico; tiene “una técnica imperfecta, llena de encantos en su imperfección, muy distante de la seguridad de nuestros genios teatrales, pero libre de aquella mecanización de la intriga, que ya está en Lope y que nos estropea (en parte) el gusto de creaciones tan portentosas como *La vida es sueño*. Sí: un arte dramático inicial, potencializado por una sensibilidad poética tan delicada, tan llena de emoción y de jugo como no la hemos de encontrar después, que se difunde por todo el ámbito de la obra y llega hasta los últimos entresijos de la acción. Con otras palabras: Gil Vicente es uno de los mayores representantes hispánicos de la “poesía dramática” en el sentido riguroso de esta expresión. En él encontramos de modo constante lo que tal vez Calderón y Lope — a pesar de su enorme genio, a pesar de su mucho mejor oficio— no nos dan sino entrecortadamente: una genuina e insobornable captación del vario, del hondo mundo y vertiginosas simas de belleza (interior y exterior) en que anegar nuestra alma. “Quedéme y olvidéme.” Olvidar para comprender mejor, para perdonar todo, para amarlo todo. Y salir saciados, chorreantes aún del tenue flúido, hacia la vida (tan bella y tan dura)”.

Gil Vicente fluctúa entre la temática e ideología medieval y la que con poca concreción imprimen en sus albores los tiempos renacentistas. “Renacimiento revuelto con medievalidad.” Y este “agridulce sabor de fruta temprana” que da el estar montado sobre dos épocas, sobre dos climas espirituales distintos —bien deslindados desde nuestra lejanía de siglos—, es uno de los aspectos que hace que nuestros clásicos se distinguan de los de otros países, como ha notado Dámaso Alonso en su ensayo sobre *Fray Luis de León y el Renacimiento en España*. Si exceptuamos, casi completamente, a Garcilaso de la Vega y a algún otro escritor, podemos comprobar y hacer regla general que el renacentista español, aunque apasionado por la nueva forma y concepción de vida y de cultura que le ofrece el Renacimiento, no dejará nunca, por propia voluntad o por condiciones peculiares de la raza, no volverá jamás las espaldas a la rica tradición medieval. El renacimiento que hay en Gil Vicente le lleva a la “estimación del hombre”. La jerarquía no será debida exclusivamente a razones de nacimiento, sino más bien a la que concede la condición humana de cada hombre. Esto que hoy nos parece tan

evidente y justo, para los tiempos en que vivía Gil Vicente era de un sentido revolucionario. Para Gil Vicente, ante el amor —como ante la muerte— todos los hombres somos iguales. He aquí —destaca Dámaso Alonso— la honda respuesta que da Don Duardos a una dama de Flérida cuando por encargo de ella quiere saber cuál es su categoría social:

*Quien tiene amor verdadero
no pregunta
ni por alto ni por bajo
ni igual ni mediano.
Sepa, pues,
que el amor que aquí me trajo,
aunque yo fuese villano,
él no lo es.*

Pero la lectura de esta tragicomedia vicentina no se presenta sin obstáculos que vencer para el lector que se halle más compenetrado con el drama moderno que con el inicial, y no carecen de importancia. “En primer lugar, lo poco ponderado de su trabazón dramática... Mas es el lenguaje quien con más espinas defiende el tesoro: un léxico reducido —al fin obra de un no castellano—, en donde unas pocas rimas, y no ricas, se repiten a lo largo de la cadencia quebrada de las coplas manriqueñas, una gran cantidad de versos defectuosos —ya cortos, ya largos— y de portuguesismos...” Claro que lo que muchas veces son defectos graves desde un punto de vista preceptivo rígido, contemplados y saboreados por el lector se convierten en algo extraño y al mismo tiempo familiar, en algo que añade belleza y originalidad a la obra: “¿Hasta qué punto estragan la lectura lusismos vicentinos? Si el lector siente —y no necesita para ello un sentido nítido filológico— las relaciones entre las lenguas peninsulares, los portuguesismos de Gil Vicente no le han de repeler, no le pueden sonar a extranjería. Porque por encima o por debajo de su no castellanidad está su evidente hispanismo. Parece que van a unirse, a enraizarse en el milenarismo tronco peninsular, antes de la fragmentación de los dialectos hispánicos. No se hallan, pues, enquistados en un medio hostil, sino tan próximos que sin repugnancia los acoge. Para mí hasta llegan a realzar ese regusto agraz del arte dramático vicentino...”

El primer problema que se plantea Dámaso Alonso, y el lector, es

considerar si estos aspectos defectuosos del castellano vicentino son debidos a la ignorancia del escritor portugués o están usados deliberadamente. El editor opina de manera aproximada a la de los que anteriormente a él se preocuparon de esta cuestión (D.^a Carolina Michælis de Vasconcelos y Gonçález Viana), que creen que “los defectos del castellano de Gil Vicente no nacieron de ignorancia, sino de un espíritu de comodidad, de indiferencia ante “peros” de poca importancia, por aquella “licenciosidad” poética con la que también trata la lengua latina”. Sin embargo, cabe pensar, basándose en hechos actuales, que Gil Vicente no podría abandonar su lengua materna, el portugués, en los momentos en que escribía en castellano, y más aun la fonología lusitana —casi todos los defectos esenciales que señala Dámaso Alonso atañen al léxico y no a la sintaxis—; de esta cuestión se percata cualquiera que pertenezca a una región bilingüe. Creemos también que Gil Vicente pudo haber dado a su castellano ese peculiar matiz que tiene no por “espíritu de comodidad”, sino, como insinúa Dámaso Alonso, por deliberado y consciente deseo de lograr un lenguaje de un sentido estético no acostumbrado. ¿No podría aceptarse en Gil Vicente una actitud parecida —salvando, claro está, distancias de todo orden— a la que tuvo Gabriel Miró al incorporar valencianismos de tipo semántico y morfológico a su español? El que encontremos un encanto especial, una novedad seductora en el lenguaje vicentino bien puede inclinarnos a pensar en que ésta fué la intención que movió a su autor a escribir así.

El desconocer casi completamente la vida de nuestro genial dramaturgo nos hace permanecer, en muchas cuestiones de su obra, en puro interrogante; en formular tan sólo una pregunta, que cuando más, tiene una hipótesis por respuesta. ¿Cuando comenzó Gil Vicente a estudiar el español? Si, como está acreditado, en Portugal hubo una larga e intensa tradición castellanizante debida a causas políticas y culturales, bien pudiera haber comenzado Gil Vicente a estudiar nuestra lengua desde niño. El dominio que tiene del español parece inclinarnos a esto. Sin embargo, hay hechos que nos dejan en plena vacilación. Gil Vicente comienza su carrera dramática imitando a Juan de la Encina y a Lucas Fernández, y usando el lenguaje conocido por el *saya-gués*, o sea el que se pone en boca de los rústicos pastores en nuestras comedias, y que corresponde al dialecto leonés. En este aspecto, Dámaso Alonso hace una aportación nueva al lenguaje vicentino, pues

muchos de los que juzgamos puros lusismos caen dentro del área del leonesismo. Cree el editor que Gil Vicente comenzó su estudio del castellano bajo la influencia de los dos poetas antes citados, y de los cuales no tomó solamente la inspiración dramática, sino también su lenguaje. Las pruebas que aduce parecen contundentes. Hacía falta estudiar el castellano de otros portugueses (y a ser posible que no hubieran tenido ningún contacto con el drama) de aquel tiempo para comprobar de forma clara si estos rasgos que parecen leonesismos —sabido es que el leonés tiene alguna semejanza con el portugués— son debidos a esta causa o comunes a todos ellos. El problema, tal como está planteado por Dámaso Alonso, es de sumo interés y de atractiva investigación.

Otro factor que interviene en el castellano no sólo vicentino, sino de todos los demás escritores que usaron esta lengua, es que “en Portugal se había fraguado una tradición, digamos trovadoresca, una especie de castellano convencional, fruto de una continuidad literaria autóctona...”; algunas “formas se han originado, cada una de ellas, por lusismo independiente, se han sostenido luego por tradición literaria”.

No pocos de los lusismos que achacamos a Gil Vicente le son bien ajenos, como demuestra el autor de la *Lengua poética de Góngora*. Toda una serie de falsas formas son debidas a los impresores o a las copias que se utilizaron para imprimir sus obras.

Ante todo, el lenguaje vicentino nos produce la sensación de algo no seguro, no completamente cuajado, lejano de toda la firmeza relativa que tiene siempre la lengua, aun en su estado definitivo; “ocurre, sin embargo, que en Gil Vicente (y lo mismo en los poetas del *Cancioneiro Geral* de Resende) ofrece vacilaciones no sólo su castellano, sino también, aunque en menor grado, su portugués”; y hasta entre nuestros escritores clásicos de esta época hay no pocos titubeos en el uso.

Brevemente y con premura hemos comentado este estudio de Dámaso Alonso, descubridor de aspectos lingüísticos vicentinos vírgenes en nuestra bibliografía y no tocados con acierto tal en la forastera. De las abundantes notas, en las que se apura todo lo posible cada uno de los pasajes o palabras que ofrecen duda o plantean problemas de la *Tragicomedia de Don Duardos*, no nos ocupamos; tan sólo destacamos su gran valor y su rigor, su seriedad y su claridad, que hace posible, sin duda alguna, el poder emprender una edición crítica, hasta ahora llena de escollos difíciles, de este “delicioso idilio”, que nos llega a nos-

otros asombrándonos, y que todavía tiene la frescura de la flor lozana, ya que —como dice el autor de *Poemas puros y de la ciudad*— hay en Gil Vicente “una autenticidad de voz delgada, delicada: voz del primer tercio del siglo XVI, diríamos. Es esa lisura irreductible, esa vibración íntima —con otros medios y otro sentido— de la voz de Garcilaso. Y que luego en vano buscaremos en nuestra literatura clásica. ¡Gil Vicente, voz portuguesa, voz española, tan dulce, que suena tan dulce a través de los siglos”.—RAFAEL FERRERES.

LIBROS

La revolución portuguesa (De D. Carlos a Sidonio Paes), por Jesús Pabón. Espasa-Calpe. Madrid, 1941.

Portugal y España durante siglos han mantenido una comunidad de destino impuesta por su historia y su geografía. Unas veces, como en la época gloriosa de los grandes descubrimientos, españoles y portugueses forjaban la nueva geografía universal; otras, como en los tiempos de Carlos V, el Emperador, una mujer portuguesa —Isabel— compartió las horas de las grandes victorias del Imperio y vivió en amorosa unión con el Emperador, dando por fruto al monarca de El Escorial. Después, muchos años de incomprensiones y de falta de mutuo conocimiento, alejaron, por recelos más o menos motivados, la cordial relación que siempre debió existir entre dos pueblos fraternales. La sombra de Felipe IV era un caso de lamentable supervivencia, y, sin embargo, se proyectaba siempre que se trataba del tema hispano-portugués. Hoy ya, por ventura, se han disipado prejuicios y nieblas, y Portugal y España, dueñas cada una de su propio destino, se enlazan a través de su historia y de su cultura. Estudiarse en su pasado es comprenderse y amarse, sintiéndose cada vez más firme la personalidad de cada uno. Los recientes tratados de amistad con el pueblo portugués, la visita de hace unos meses de Oliveira Salazar a Sevilla para entrevistarse con el Caudillo de España, Generalísimo Franco, son acontecimientos que revelan claramente que los siglos y la voz de la Historia tienen una fuerza de eternidad. Coincidiendo con estos acontecimientos, ha publicado un libro el profesor de Historia contemporánea de la Universidad Central, Jesús Pabón, que constituye el mejor homenaje que España puede rendir a la hermandad hispano-portuguesa.

El libro narra los acontecimientos de la historia de Portugal en el periodo comprendido entre el rey D. Carlos y Sidonio Paes. Todo el largo y doloroso proceso de la revolución portuguesa es estudiado en las cuatro partes que integran la obra. Las dos primeras están de-

dicadas al estudio de los diferentes episodios de la historia portuguesa hasta el derrumbamiento de la monarquía en octubre de 1910. El proceso de descomposición y la actuación de la serie de fuerzas negativas que contribuyen al desmoronamiento monárquico son analizados con exactitud y precisión: el pensamiento del Derecho nacional llama, acertadamente, el Sr. Pabón a este proceso: desorden contra el inglés, desorden contra el rey, desorden contra la Iglesia. Este desorden alcanzaría a toda la existencia de Portugal, y tuvo una triple representación, según la frase acertada de Ribeiro Lopes: "Un filósofo, un poeta, un historiador."

El filósofo fué Teófilo Braga, que encontró en el positivismo, más que una solución a los problemas de su inteligencia, un sistema en armonía con su especial manera de ser. El Sr. Pabón, que estudió hace unos años en su tesis doctoral, *Positivismo y Propiedad*, la vida, doctrina y discípulos de Augusto Comte, sintetiza la significación de Braga como el pensador del Positivismo y el filósofo de la República.

El poeta, Anthero de Quental, propagandista revolucionario, que hablaba a la luz de la luna o alumbrado por bujías, envuelto en un pesimismo demoledor que le llevó al suicidio en 1891. Y el historiador, Oliveira Martins, el autor de la conocida y famosa *Historia de Portugal*, que narró los acontecimientos de su patria con un pesimismo criticista, "con la exaltación y la certeza de un vidente que contempló las sombras de otro mundo".

La lógica consecuencia del desencadenamiento de todas estas fuerzas fué el 1 de febrero de 1908, día en que perecieron asesinados el rey D. Carlos y el príncipe. Con razón la reina D.^a María Pía pudo decir, dirigiéndose a Joao Franco, señalándole los cadáveres: "Vuestra ebra, señor presidente." Después nadie se preocupó de intentar buscar a los responsables del crimen. La desidia por parte de los poderes públicos fué tan enorme, que parecía se quería dar la razón a los regidas. A partir del crimen de febrero de 1908, el nuevo monarca D. Manuel II tenía, en realidad, contados sus días. Tan contados que el 4 de octubre de 1910 terminaba. Y acabó la monarquía portuguesa no con una batalla que decidiera una contienda entre dos bandos rivales, sino como la "lógica ejecución de un pleito ya dirimido". El ímpetu revolucionario apenas existió, y, sin embargo, fué el propio gobierno de la llamada "Monarquía nueva" el que tomaba la iniciativa para el total derrumbamiento. Era jefe del Gobierno Teixeira de Sousa, a

quien cúpole el triste destino de asistir a la catástrofe ayudado por la torpeza, la cobardía y la falta de lealtad de los elementos monárquicos. La torpeza de Teixeira fué tan inaudita que cuando, pasados varios años, alguien preguntara al que fué ministro de Asuntos Extranjeros, José de Azevedo Castello-Branco, si creía en la posible traición de su antiguo presidente, contestó: "No; foi burro..."

El 3 de octubre de 1910 se celebraba en Lisboa un banquete de despedida al Presidente de la República del Brasil, en el Palacio de Belem, que hubo de acabar rápidamente, incluso suprimiendo algunos platos, ante los graves rumores que llegaron al Gobierno de ser inminente le revolución. Efectivamente, los revolucionarios, al poco tiempo, se hacían dueños de la situación, mientras el Gobierno se refugiaba en casa de su presidente. El día 4, los cruceros portugueses *San Rafael* y *Adamastor* comenzaron a bombardear el Palacio de las Necesidades, donde se izaba el pabellón real, y donde efectivamente todavía se encontraba D. Manuel II, pero que al poco tiempo se vió obligado a abandonarlo y salir para Mafra. El día 5 se había proclamado la República en Lisboa.

Las dos últimas partes del libro están dedicadas al estudio de la República, desde el 5 de octubre de 1910 al 14 de diciembre de 1918. La historia de este período turbulento encuentra en las páginas del libro del profesor Pabón un historiador exacto y apasionado. La difícil labor de resumir en unas cuantas páginas un período tan dramático y agitado ha sido bien lograda. Alfonso Costa, Pimenta de Castro, Bernardino Machado y Sidonio Paes nos son presentados con una agilidad de pluma y una documentación tan minuciosa que difícilmente puede ser superada. Y es que se han reunido tres cualidades en el autor de este libro: la pasión de la historia, pasión en su más noble sentido, y que él mismo confiesa en el prólogo al reconocer sus simpatías por determinados personajes; la documentación, reflejada en la completísima bibliografía que acompaña a cada capítulo para justificar las numerosas citas del texto y completarla, y las excepcionales cualidades de periodista, que permiten una síntesis tan acabada y perfecta.

Portugal ha reconocido recientemente el excepcional mérito de este libro otorgándole el premio "Camoens", reñidísimo, al que han acudido, como siempre, numerosos autores extranjeros, y, sin embargo, ha conseguido la victoria esta obra de un joven universitario de Es-

paña. Victoria que debe enorgullecernos a todos los españoles porque revela que Portugal ha sabido captar todo el gesto de comprensión y cordialidad para su historia que encierran las páginas de *La revolución portuguesa*.—CAYETANO ALCÁZAR.

Valéry en quintaesencia. “Las Quintaesencias”. Ed. La Gacela.

Ya es difícil quintaesenciar a Valéry más de lo que él mismo, el más *científico* de todos los poetas modernos, ha quintaesenciado su poesía. Pero aquí —el segundo gran nombre europeo indiscutible que aparece en esta colección, entre el de Chesterton y el de Rainer María Rilke— no se trata de su poesía, sino de un abundante y bien escogido muestrario de su pensamiento intelectualista, en el que aparece su señera personalidad como una pura conciencia pensadora, o vigilante, sobre sí misma —donde la palabra quisiera estar protegida de su existencia temporal—, que en su mismo rigor encuentra su trascendencia.

Aunque... ¿Bien escogido este muestrario? ¿Bien hecha la selección? Sí, desde un punto de vista puramente intelectual, o racional, también, como el adoptado por su autor, Luis Ignacio Beltrán, en las claras y ceñidas páginas que le sirven de prólogo.

Cabe preferir el Valéry que *canta* en la prosa —sobre todo en la prosa— al que habla simplemente. Y entonces le encontraremos casi ausente de estos sus más quintaesenciados pensamientos...

Rilke en España, Historias del Buen Dios. Col. Selene y “Las Quintaesencias”. Ed. La Gacela.

Primero fueron unos versos, o un pequeño fragmento de prosa epistolar que nos supo a tan poco, o una de las cartas a un joven poeta, tal vez la más cargada de madura y esencial sabiduría. Así, poco a poco, muy callada, fervorosa e íntimamente, iba siendo conocido por sus obras —un escaso anticipo, más bien— el nombre de Rilke en España.

Vinieron, después, páginas admirables de otro artista cuyo nombre había sido consagrado por el propio Rilke: Jacobsen. Y tuvimos, en primer lugar, un "librillo" con tres cuentos breves, de los que ya nos ocupamos hace algún tiempo, y, en seguida, una segunda edición de su novela *Niels Lyhne*, que nos cuenta la vida dolorosa, tal vez por demasiado ociosa y vana, de un artista sin obras..., y que se publicó por primera vez traducida al español, en versión más correcta y completa que la actual, con el título: *Realidad y ensueño*, hace ya unos cuantos años.

Y, por fin, llegó un libro entero y verdadero de Rilke, que no debiera haber sido el primero, pero que ahí está, en su incorrectísima traducción castellana: *Historias del Buen Dios*. Es un libro desigual, entre lírico y narrativo, a veces muy brillante y a veces muy profundo, que da pena leerlo escrito en un español tan deficiente.

Y cuando apenas si ha sido traducida su obra, y, desde luego, muy poco de lo más importante y representativo que hay en ella, nos llega en "quintaesencia" su primer antología, que descubre una tierra virgen al lector español. Acierto de su autor, Jaime Bofill, ha sido no limitarse a la prosa, ni mucho menos al aspecto más intelectual de ella, sino, por así decirlo, cargar la mano sobre el verso y ofrecernos las riquísimas intuiciones que atesora la entrañada calidad de sus poemas. En cuanto a la versión castellana, los fragmentos en prosa nos parecen magníficamente traducidos. Pero en los fragmentos en verso no ha acabado de granar la sintaxis española, resultando, en algún momento, casi imposibles de entender. De todos modos, ha sido hecha con un amor y un cuidado tan suficientes como excepcionales.

Esperemos, ahora ya, lo mejor traducidos posible, los libros fundamentales de Rilke, en prosa y en verso. Y sus cartas.

C H O K O

**Casa de FELIX
RESTAURANTE**

Carrera de San Jerónimo, 5

Teléfonos 20913-22129

M A D R I D

Temporada de Verano 1942

**GRANDES TERRAZAS PARA
EL SERVICIO DE LA NOCHE**

Joaquín Costa, 3. Teléf. 45485

Victorino Huerta

Ofrece a Vd. su nuevo establecimiento de

**PAPELERIA Y OBJETOS
DE ESCRITORIO | ESTAMPAS
IMPRESOS DE TODAS CLASES**

EN LOS MEJORES PRECIOS

En Cachilleros, 14 y 16.

TELÉFONO 11746

Talleres: NUNCIO, 7. Teléf. 71272

M A D R I D

ENVIOS A PROVINCIAS

MAQUINAS PARA ESCRIBIR

VENTA Y REPARACION

DE TODAS LAS MARCAS

CINTAS, PAPEL CARBON

Y ACCESORIOS EN GENERAL

SMITH PREMIER

A. Periquet y C.^{ÑA}



Av. de Calvo Sotelo, 12

Teléfono 50870

M A D R I D

Cervezas MAHOU

**FABRICAS DE CERVEZA,
HIELO Y MALTA**

LA MEJOR CERVEZA

NO ES PROPAGANDA

LOS BEBEDORES LO PROCLAMAN

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

Domicilio Social: MADRID.—Alcalá, 14.

370 Sucursales en la Península y Marruecos

Capital autorizado..... 200 000.000,00 pesetas.

Capital desembolsado..... 100.000.000,00 —

Reservas..... 90.528.661,56 —

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales.

Está especialmente organizado para la financiación de asuntos relacionados con el comercio exterior.

SUCURSALES URBANAS EN MADRID:

Glorieta de Bilbao, 6.

:::

Glorieta de Atocha, 8.

Conde de Romanones, 6.

:::

Velázquez, 29.

LOS MEJORES HOTELES DE ESPAÑA

ABIERTOS TODO EL AÑO

MADRID.....—**EL RITZ**

HOTEL DE GRAN LUJO

EL PALACE

EL PREFERIDO EN ESPAÑA

SAN SEBASTIAN.—**CONTINENTAL PALACE**

CON SUS NUEVOS SALONES
Y RESTAURANTE — VERANEIO IDEAL

SEVILLA.....—**EL ANDALUCIA PALACE**

SEMANA SANTA

— FERIA

Primavera y otoño en el clima andaluz.

Lea Vd.

ESCORIAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALFONSO XII, 26

MADRID